



Universidad de Chile  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Antropología



**La Comunidad Realizada:  
Las Ferias libres de Santiago  
Como Lugares De Valor Patrimonial**

Memoria de Título de Antropóloga Social

Margarita Browne Ciampi

Profesor Guía:

José Isla Madariaga

Enero de 2012

## **Agradecimientos**

*A todos quienes en la feria me recibieron y conversaron conmigo.*

*A Catalina y Fernando, por las fotos y la compañía de siempre.*

*A mis hermanas, por seguir creyendo en mí.*

*A Macarena – tú sabes -, por estar presente y ser indispensable en cada paso de este recorrido.*

*A José Isla, por señalarme hacia dónde y cómo mirar.*

*A mis padres, porque todo lo escrito aquí no pudo venir más que de ustedes*

# Índice

<b>Presentación</b> .....	<b>3</b>
<b>Capítulo I: Presentando Preguntas e Inquietudes</b> .....	<b>4</b>
1.    Lo que ocurre .....	4
2.    Perplejidades, temores y demandas.....	8
3.    La pregunta .....	14
4.    Nuestra Perspectiva .....	17
<b>Capítulo II: Del Patrimonio a la Feria</b> .....	<b>20</b>
1.    El tiempo en la feria .....	22
2.    El sitio y el entorno de la feria .....	29
3.    Itinerarios e identidad.....	38
4.    ¿Quiénes somos?, ¿Cómo somos?.....	50
<b>Capítulo III: De la Feria al Patrimonio</b> .....	<b>65</b>
1.    Preguntas al Patrimonio.....	65
Pregunta por la expresión material .....	66
Pregunta por la identidad consensuada y homogénea.....	68
Pregunta por el alcance del valor patrimonial .....	70
2.    En busca de la comunidad.....	72
Principio de Reconocimiento.....	72
Principio de Inclusión .....	79
3.    Comunidad y lugar .....	83
Valor local .....	83
Comunidad real.....	86
Vocación de ser lugar .....	90
4.    Un tipo especial de patrimonio.....	97
El valor etnográfico .....	98

<b>Capítulo IV: Conclusiones</b> .....	<b>106</b>
1. Sobre el método.....	106
2. Sobre los conceptos.....	108
Patrimonio.....	108
Comunidad.....	111
3. Sobre la Feria.....	113
<b>Bibliografía</b> .....	<b>117</b>

## Presentación

El contenido del texto que presentamos a continuación resulta de un acercamiento etnográfico al mundo de las ferias libres de la ciudad de Santiago. Nuestra aproximación configura una reflexión acerca del modo en que manifestaciones del vivir cotidiano, como la feria, se insertan en las consideraciones que modelan el concepto de patrimonio cultural. Esto a partir de un ejercicio que busca comprender lo que ocurre dentro de la feria día a día.

El primer capítulo expone nuestros intereses y preocupaciones iniciales. Introduce a la feria como un fenómeno significativamente relevante para la ciudad y sus habitantes y, desde ahí, señala el camino hacia las preguntas que guían nuestro trabajo y nuestra mirada. Estas preguntas configuran el camino que recorrerá nuestro relato: uno que intenta ahondar en la relación entre la feria y el patrimonio, de modo que cada uno sirva para ampliar nuestras posibilidades de comprensión del otro.

El segundo capítulo: *Del patrimonio a la feria*, intenta una descripción interpretativa de la realidad cotidiana de las ferias libres en función de ciertos elementos que se encuentran detrás de las nociones de patrimonio, consideradas en un sentido amplio.

El tercer capítulo: *De la feria al patrimonio*, en tanto, vuelve sobre la noción de patrimonio, a la luz de la caracterización del tipo de valor patrimonial que hemos podido reconocer para las ferias libres, y del modo especial en que éste se constituye. Además revisa los alcances de una propuesta etnográfica a la hora de aproximarnos y trabajar sobre temas como éste.



## Capítulo I: Presentando Preguntas e Inquietudes

### 1. Lo que ocurre

Una o dos veces a la semana - siempre y cuando no sea día lunes - es día de feria para los habitantes de Santiago. Probablemente ha sido así toda su vida y lo ha sido también para sus padres. De seguro sus abuelos fueron a la feria igualmente. Muchos tendrán recuerdos de aquellos días en que, siendo niños, acompañaban de la mano a los adultos entre puestos cargados de frutas y verduras, carritos armados artesanalmente en distintos materiales y gente caminando en una y otra dirección. Y es que, cuando es día de feria, todo el mundo sale a la calle. Aquel espacio de tránsito que llamamos vía pública se llena de negocios transportables, con estructura de fierro, tableros de madera y toldos de colores bajo los cuales los vecinos compran y venden productos para el consumo semanal. Alrededor de este núcleo de comercio florece un universo de actividad.

En la feria hay golosinas y globos de colores; juguetes y tesoros amontonados sobre paños en el suelo. Nunca falta quién al niño guiñe un ojo mientras le alcanza desde su puesto una de las manzanas ordenadas minuciosamente sobre el tablero. En la feria hay tantas cosas. Hay puestos y puestos, colocados uno al lado del otro. Hay alimentos que se ofrecen a la vista. Hay ropa, carteras, zapatos, ollas, chucherías, herramientas y películas. También hay un montón de gente

distinta, y un millón de voces se oyen al mismo tiempo. Hay gritos y música. Así como se suceden los puestos, uno tras otro, sobrevienen diferentes aromas: pescado, motor de autos, perejil, algodón de azúcar. La exuberancia de estímulos y novedades parece hacer a la feria inabarcable, y no sólo para la curiosa mirada infantil. También es un desafío para los sentidos de un adulto incorporar en una sola idea la avalancha de vida que ocurre en un mismo lugar y en un mismo tiempo. Para quién hoy recorre la feria a la que ha ido desde pequeño, ésta concentra, además, un conjunto de sensaciones intensas e íntimas. La feria es tan natural y cotidiana como inmensa y significativa. Cuesta hablar de ella como de algo excepcional, pues nada es más habitual que su instalación semanal. Sin embargo, para nadie es la feria insignificante (sin importancia y/o carente de significación), menos aún para quienes la han visitado toda su vida. Tampoco lo es para aquellos de naturaleza inquisitiva, que inventan preguntas y elucubran respuestas en su empeño por conocer los modos de vida particulares de los habitantes de una ciudad como esta. Pues una mirada a vuelo de pájaro nos lleva a reconocer que existe en las ferias una condensación de contenido expresivo y significativo, que se encuentra íntimamente asociado a la biografía de los habitantes de Santiago.

Pero, ¿cómo es que una calle silenciosa y poco transitada se ha convertido, de pronto, en este centro de vida y actividad? ¿cómo es que, cuando cae la tarde, vuelve la calle paulatinamente a ser lo que era?

Con lo anterior entramos ya en la definición de la misión y labor de los feriantes. Así como sus padres y sus abuelos, en muchos casos, el feriante se despierta antes de que salga el sol. A eso de las cuatro de la madrugada ya ha llegado con su camioneta al Terminal Lo Valledor, donde saluda como tantas mañanas a sus proveedores, que lo esperan como siempre. Se trata de una experiencia especial, pues mientras todo afuera duerme, el centro de distribución capitalino bulle de luz y movimiento. A este espacio y a esta hora no entra cualquiera: hay que saber recorrerlo y hay que saber comprar. Sólo mujeres valientes con pantalones (en el

doble sentido literal y figurado) se atreven a visitarlo. El feriante examina y escoge los productos, los carga en su camioneta y *está de vuelta* a las cinco o seis de la madrugada. Otros feriantes han llegado también a la cuadra donde ese día toca vender. Sin apuro arma su puesto y descarga la mercadería de su vehículo mientras conversa con los demás o toma desayuno. Nunca falta algo en que entretenerse. Las primeras ventas ocurren como a las ocho de la mañana. A las tres de la tarde ya es hora de guardar y desarmar. Como a las cinco o seis llega el feriante a su casa a almorzar. Otros, que no tuvieron que madrugar pues comercializan productos que no obtienen en los terminales de abasto, no llegan a su casa hasta después de las siete, ya que han tenido que ir a abastecerse en horas de la tarde, después del trabajo en la feria.

En general, este esquema configura una forma particular de hacer negocios (literalmente, un modelo de negocios), para la que se reconoce una condición de semi-formalidad, que registra la posibilidad de formalizarse en ciertos aspectos y mantener su informalidad en otros, al mismo tiempo que negocian activamente con los gobiernos centrales y locales la implementación de normas regulatorias. Efectivamente, las autoridades han regulado parcialmente las ferias, aunque la formalización de estos mercados es incompleta, ya que los vendedores utilizan el empleo familiar y contratos verbales, y usualmente no pagan impuestos sobre las ventas o seguridad social (Stillerman y Sundt, 2007). Alrededor del núcleo de feriantes que trabajan de este modo se desarrolla un vasto universo de actividad comercial informal constituido por los llamados *coleros*, personas que se acercan e instalan espontáneamente en la cola de la feria a vender todo tipo de productos.

Y es que, tal y como las conocemos hoy, las ferias libres han configurado su existencia a partir del desarrollo del comercio callejero informal, del cual han heredado mucho de su carácter. Así también los feriantes actuales son herederos del oficio tradicional de los *regatones* o peones urbanos y rurales que compraban productos hortofrutícolas y ganaderos para revenderlos más tarde en la naciente



ciudad de Santiago y que, con el tiempo lograron un nivel importante de arraigo en sus barrios populares y periféricos (Salazar, 2003).

Teniendo esto en cuenta, no resulta curioso constatar que, así como las ferias constituyen una parte relevante de la biografía de quienes las usan, también constituyen un fenómeno relevante para la ciudad en su conjunto: están instaladas en sus procesos, en su fisionomía y en su historia. En relación a los procesos, la feria participa diariamente, en la distribución de los productos que llegan a la ciudad, conectando efectivamente a las personas en su cotidiano con el flujo de la vida económica y pública de la urbe. Además, se instalan tomando parte en los procesos de desarrollo y cambio que la afectan, pues determinan un modo de organizar la ciudad y la vida cotidiana de sus habitantes en aspectos tales como los desplazamientos, los encuentros, el uso y apropiación de los recursos y los espacios. También está instalada en su fisionomía, ubicándose en forma estratégica y coherente con las necesidades a nivel local, determinando centralidades y espacios de convergencia<sup>1</sup>. Además forma parte del paisaje cotidiano de Santiago, dentro del cual es reconocida con sus características visuales y de funcionamiento. Por último, está instalada en su historia. Para llegar a ser lo que son hoy, las ferias se han ido transformando y adaptando a la ciudad misma con sus procesos de desarrollo. En sí, se han ido configurando como expresión de un tipo de comercio urbano y, más aún, como expresión de una forma de vida que adoptan los habitantes de la urbe. Al mismo tiempo, la historia de las ferias refleja la historia de los lugares específicos en que se encuentran emplazadas, naciendo junto con las poblaciones y los barrios, expandiéndose mientras la ciudad se expande, colonizando nuevos espacios desde que éstos comienzan a pensarse como parte de la ciudad.

---

<sup>1</sup> Desde la perspectiva del desarrollo urbano, las Ferias Libres han sido caracterizadas como *focos de Centralidad Transitoria* (o centralidad local) en los barrios donde operan, en base a la enorme capacidad de atracción que tienen sobre los habitantes de la ciudad y a su localización menos rígida que la de las centralidades formales. Desde aquí se infiere carácter potencialmente complementario de ambos tipos de centralidad. (Troncoso, 2008)

## **2. Perplejidades, temores y demandas.**

A partir de esta primera caracterización podríamos identificar varias razones para fijar nuestra mirada en la feria libre. Ya sea desde la perspectiva biográfica del vecino del barrio, o desde el interés general por acercarnos a la comprensión de la vida en una ciudad como la nuestra. La feria aparece como un punto de partida legítimo para desentrañar los misterios de la vida social directamente en su contexto, es decir, etnográficamente. Nuestro interés en ella obedece un poco a aquello, y también es guiado por una apreciación instintiva que nos lleva a pensar que, si aceptamos el desafío de reflexionar acerca de la feria, entraremos en el terreno de las cuestiones que guían el pensamiento social actual. Esto no sólo a nivel académico sino que también atendiendo a las preocupaciones de los hombres y mujeres de la calle, a la hora de preguntarse por las características del mundo y la sociedad en la que viven. Y es que, en este contexto, realidades como la feria libre merecen especial consideración, debido al componente tradicional y vocación de innovación que expresan. Dicha consideración guarda relación con su capacidad de poner sobre relieve ciertas distinciones que animan las controversias a las que nos vemos enfrentados cuando ensayamos respuestas a preguntas sobre quiénes somos.

En diferentes instancias se ha documentado el hecho de que una de las características de nuestro tiempo tiene que ver justamente con la dificultad para dar respuesta a este tipo de preguntas identitarias, mientras que su búsqueda se hace cada vez más fundamental y genera reacciones marcadas por un fuerte componente emocional en distintos niveles. Se trata de la naturaleza paradójica del mundo actual: mientras más extensamente podemos percibirlo – en el sentido de acercar a nuestras vidas imágenes e historias distantes - menos podemos abarcarlo. Mientras más global, se trata de un mundo más dividido (Geertz, 2002: 250) La posibilidad de asomarnos a lo que ocurre en cualquier lugar del mundo desde nuestra propia casa a través de imágenes, o bien de visitar lugares lejanos, nos da la sensación de que habitamos en un planeta que se hace cada día más

pequeño. Al mismo tiempo, cuando queremos reconocer el lugar que ocupa cada persona en este universo –y el lugar que dentro de él nos toca a nosotros - nos encontramos con una profunda diversidad de modos de pertenencia y de ser que dificulta la tarea. En otras palabras, en un mundo como el nuestro, las respuestas de las personas a la pregunta por ¿quiénes somos? o ¿qué somos? no forman una estructura ordenada ni estable (Geertz, 2002: 220) Al mismo tiempo, las condiciones del mundo actual parecen traer aparejada la necesidad cada vez más urgente de dar respuesta a preguntas como ésta. De esta manera, la superabundancia espacial y de acontecimientos, característica de lo que M. Augé denomina la *sobremodernidad*, implica menos que el mundo carezca de sentido, y más que experimentemos explícita e intensamente la necesidad cotidiana de darle alguno (Augé, 2000:36).

El reconocimiento patente de estas urgencias y cuestionamientos tiene lugar en diferentes instancias de la vida de una persona. Existen, en este sentido, ciertas experiencias y manifestaciones de nuestro mundo que inducen en nosotros la reflexión sobre estos temas más fuertemente que otras. Creemos que la feria es una de ellas. Una aproximación a la feria, en mayor o menor medida, nos situará en medio de estas sensaciones y preguntas características del habitar urbano de nuestro tiempo. Sólo basta con profundizar un poco. La experiencia de la feria hoy en día nos obliga a preguntarnos por su lugar en un mundo como el nuestro y una ciudad como la que habitamos.

Desde dentro de la feria el mundo se percibe a partir de una perspectiva especial. Si es que la feria como fenómeno está tan fuertemente enraizada en la realidad de la ciudad de Santiago, tanto el feriante que en ella trabaja desde pequeño, como quien de niño la recorría junto a sus padres, han observado *desde* la feria cómo ha cambiado la ciudad y han observado como esto ha incidido *en* la feria. La comprensión de la feria tiene un punto de partida útil considerando el uso particular que hace del espacio urbano, a partir del cual puede ser – y es – definida. De hecho, desde la perspectiva de su funcionamiento y desarrollo, las

Ferias Libres han sido consideradas como un fenómeno de carácter eminentemente territorial y urbano por los principales estudios sobre el tema, realizados desde las ciencias sociales y otras áreas, los cuales incluyen la perspectiva espacial como eje de su análisis<sup>2</sup>.

También el reconocimiento de nuevas características para el mundo actual – que abren nuevas preguntas – tiene mucho que ver con una concepción particular del espacio, que es propia de la *sobremodernidad*. A la feria le ha tocado quedar en el centro de este contexto y verse afectada por él en diversas formas. Lo que antes eran barrios periféricos, en cierta medida aislados o desconectados - y que, en consecuencia, se pensaban como poseedores de características propias y singulares - hoy se encuentran perfectamente conectados con el resto de la urbe a través, por ejemplo, de la extensión de la red del metro. Atendiendo a estos cambios, en muchos casos el sector de instalación de una feria deja de ser un universo cerrado para el que se asumía la presencia de un grupo invariable de gente. Hoy la diferencia entre el habitante del sector y el visitante ocasional es imperceptible a primera vista por el alto grado de movilidad dentro de la ciudad que el transporte urbano moderno permite. Al mismo tiempo, desde cada uno de los barrios es posible enterarse, fácil e instantáneamente, de lo que ocurre en el otro extremo de la ciudad. Así, las noticias y comentarios que tienen lugar en la feria no son las mismas que antes. Más allá de estas transformaciones generales en el modo de vivir la ciudad, las ferias han sido testigos directos de las transformaciones aceleradas que han sufrido diferentes barrios de Santiago. Muchas veces estas transformaciones han implicado incluso la desaparición de los mismos - al menos en relación al carácter propio que tenían - por el decaimiento del comercio especializado en algún rubro que en ellos ocurría o por el fin de una industria tradicional particular que en ellos se desarrollaba; por la desaparición de espacios públicos y de construcciones características o el reemplazo de las mismas por la construcción de edificios en altura; etc. Muchas calles poco

---

<sup>2</sup> Entre ellos encontramos a Stillerman (2006), Troncoso (2008), Salazar (2003), Muñoz (2004)

transitadas se han convertido en grandes avenidas o incluso autopistas urbanas, teniendo las ferias que las ocupaban que adaptarse a estas nuevas condiciones. Las nuevas concentraciones de población han implicado la llegada de nuevas personas a las ferias o bien la instalación de nuevas ferias en nuevos sectores. La construcción de altos y densos edificios de departamentos han modificado la forma en que las ferias se relacionan con su entorno inmediato. Además se ven afectadas por modificaciones físicas considerables del paisaje y los usos de la ciudad, de los que pareciera que ni el rincón más recóndito de la misma pudiese escapar. Ya hemos mencionado, en este sentido, a la extensión de la red del metro y la construcción de autopistas urbanas, a esto se suma la proliferación de centros comerciales y supermercados.

Todo aquello ha impactado a la feria y la impacta hasta hoy. Desde la feria estas nuevas formas de habitar el espacio en la ciudad no pasan desapercibidas, provocando muchas veces la sensación de que una parte de nuestro mundo parece ser arrancado de nuestras manos, mientras observamos cómo es que mucho de lo que ocurre a nuestro alrededor tiende a reemplazar usos y formas comunes por otros usos y formas novedosas<sup>3</sup>. La organización de los feriantes, en los últimos años, de hecho, ha sido orientada principalmente a desarrollar estrategias enmarcadas en una competencia por el derecho de uso del espacio de la ciudad (Stillermann, 2006) y su principal lucha se centra en evitar la relocalización o minimizar su impacto. Además, se encuentran desarrollando medidas que sean útiles en la difícil tarea de adaptarse a las nuevas condiciones, todas enmarcadas en los procesos de modernización de las ferias libres. Estos procesos apuntan hacia la transformación de las ferias “*libres*” actuales en las

---

<sup>3</sup> Desde una perspectiva más general, este tipo de transformaciones se han conceptualizado a partir de la noción de superabundancia espacial del presente como concepción del espacio en la *sobremodernidad*. Ésta se expresa en los cambios en escala, en la multiplicación de las referencias imaginadas o imaginarias y en la espectacular aceleración de los medios de transporte y conduce concretamente a modificaciones físicas considerables, concentraciones urbanas, traslados de poblaciones y multiplicación de los “no lugares” (Augé, 2000:40, 41)

denominadas ferias “*modelo*”, más ordenadas y mejor atendidas<sup>4</sup>. Por supuesto, una tarea como esta no está exenta de dilemas y contradicciones. Se basa en la premisa de adaptarse o morir.

Nos interesa destacar aquí el hecho de que para las ferias – y para otras realidades como ellas – exista esta percepción, según la cual su existencia en el mundo actual está condicionada por la necesidad imperativa de adaptarse, o buscar otro modo de sobrellevar el impacto que sobre ellas ejercen las fuerzas que movilizan la ciudad en el presente. Si adaptarse o morir es la consigna, entonces asumimos que existe en la naturaleza de la feria algo que hasta ahora la ha hecho nadar contra la corriente. Se relaciona con un peligro latente incluido en las formas de concebir la realidad del mundo actual. Aquí y allá surge a veces el miedo de que pronto no quede nada del mundo tal como lo conocemos. Y ese peligro incluye la posibilidad real del fin de las ferias, al menos en lo que es su definición esencial. En otras palabras, nos encontramos bajo la impresión de que instancias como las ferias van quedando cada vez menos en la ciudad que habitamos, cuyo desarrollo pareciera implicar justamente un reemplazo de este tipo de formas de hacer comercio, de ocupar los espacios y de relacionarnos entre los ciudadanos. Desde la feria pareciéramos estar observando el actuar de una energía que disuelve las diferentes formas de vivir, en un afán homogeneizador y utilitarista, frente al cual habría que resistir(nos).

En este punto emerge una pregunta clave: ¿Por qué sería de interés que la feria resistiera frente a estas presiones? En otros términos, ¿Qué implicaría para las personas que acuden a la feria que esta se disolviera en las formas

---

<sup>4</sup> Esta transformación implica, entre otras cosas, el mejoramiento de la imagen comercial de las ferias a través de mejorar y uniformar la infraestructura de los puestos y la imagen del feriante; el fortalecimiento de las organizaciones de ferias libres; la capacitación y formación de comerciantes y dirigentes y su instalación en espacios públicos multiuso. <http://www.asof.cl/organizaciones/index.php/noticias/asof/662-un-nuevo-concepto-de-modelo-de-feria-libre-en-el-ano-del-bicentenario> (visitada el 3 de Octubre de 2012)

estandarizadas, pero perfectamente útiles, de los supermercados y los centros comerciales?

Y es que, efectivamente, no sólo desde los feriantes nace un clamor por hacer explícito el valor de la feria para la ciudad y para los usuarios. También estos últimos demuestran tener perfecta conciencia de que la feria constituye una parte importante de sus vidas, aunque muchas veces su existencia se dé por sentado. La gran mayoría de quienes la visitan perciben a la feria como un lugar valioso y destacable, dato que ha permitido visibilizar el importante nivel de arraigo de las ferias en los barrios y comunas en que se localizan<sup>5</sup>.

En este sentido, nos atreveremos a decir que el miedo a que formas como la feria se disuelvan en la similitud de los espacios de nuestra época, coincide con el miedo a que algo de nosotros mismos se disuelva, a dejar de ser lo que somos. Y de este modo el interés por hacer visible el valor de la feria forma parte de las actitudes propias de los hombres y las mujeres actuales en su afán por definir y aferrarse a *lo propio*, en definitiva, por responder a la pregunta sobre ¿quiénes somos? Clamores como éste se observan para distintas realidades y han surgido aquí y allá, en diferentes partes del mundo y por parte de distintos grupos humanos, siempre asociados a la necesidad de valorizar – y, por lo tanto, proteger– ciertas manifestaciones importantes.

Por supuesto, este interés tiene su correlato tanto a nivel institucional como académico. Bajo su alero han surgido conceptualizaciones que permiten dar un tratamiento, político y epistemológico, específico a la necesidad de identificar las expresiones de *lo nuestro*. El concepto de patrimonio, en estos procesos, ha pasado a ocupar un lugar central y ha llegado a constituirse como una de las principales herramientas de que disponen los grupos y sociedades actuales para

---

<sup>5</sup> Según encuesta realizada a clientes de todas las ferias del Gran Santiago, por el observatorio de ciudades y el Centro de Estudios Urbanos de la Universidad católica de Chile a fines de 2010, el 96% de los encuestados reconoce a la feria como lugar valioso y destacable. (IEUT & OCUC, 2010:105)

el tratamiento de sus especificidades y características concretas. Es decir, la idea del patrimonio – y específicamente de su variante cultural – ha surgido como un recurso necesario frente a la urgencia de las personas por dar respuesta al *¿quiénes somos?* en el contexto actual. Nos interesa destacar aquí, una vez más, que en este proceso influyó la necesidad de reconocer un valor específico a ciertas manifestaciones de la vida social o del mundo natural que tenían un papel relevante en la vida de las personas. Creemos que similar consideración merecen las ferias libres para los habitantes de Santiago.

Con el pasar de los años, la idea del patrimonio se ha ido llenando de contenido específico. Sus límites se han ampliado especialmente a partir de la labor de UNESCO, institución que se ha dedicado a definir y tratar el tema a través de la identificación de aquellas manifestaciones específicas que componen el Patrimonio de la Humanidad, así como las medidas para su salvaguardia.

### **3. La pregunta**

En base a las inquietudes, a los temores y a las urgencias que hasta aquí hemos identificado, se puede observar el papel que cumple en nuestras sociedades un concepto como el de patrimonio y su variante cultural. Hemos desarrollado un camino atendiendo al cual una realidad como la feria y un concepto como el de patrimonio se encuentran y se hacen preguntas. Sin embargo, esta constatación no basta para declarar una identidad entre ambos fenómenos (las ferias y el patrimonio): que las ferias libres se encuentre posicionadas en la realidad social de manera tal que su consideración preliminar como fenómeno nos guie hacia el mismo conjunto de inquietudes profundas que se encuentran detrás del concepto de patrimonio cultural, no significa de inmediato que la feria sea patrimonio. Mucho falta por decir en relación a la feria y mucho en relación al patrimonio para poder dar cuenta de dicha afirmación. Pero lo que sí permite esta constatación es dar lugar a la pregunta por el valor patrimonial de las ferias, si es que éste existe.



Teniendo esto en cuenta, corresponderá enfocar el texto que sigue hacia aquello que falta por decir en relación a ambos conceptos.

Partiremos nuestro recorrido, equipados de una pregunta estratégica: *¿Cuál es el valor patrimonial que pueden reivindicar las Ferias Libres de Santiago?*

Nos parece fundamental, en este punto, dejar en claro ciertas consideraciones dignas de tener en cuenta cuando nos enfrentamos a una pregunta de éstas características. Pudiese parecer que nuestra intención surge frente a la seguridad de que la feria cumple con un conjunto de requisitos válidos para ser incluida en la categoría del patrimonio cultural. Si ese fuera el caso, nuestra labor aquí consistiría en identificarlos y enunciarlos lo más claramente posible. En cambio, la decisión que hemos tomado, al plantearnos la pregunta por el valor patrimonial de las ferias, obedece a nuestra sospecha de que ésta pregunta nos impondrá el desafío de intentar una comprensión más amplia e intensiva, tanto del fenómeno de las ferias libres como de lo que se entiende por patrimonio cultural. Y nos parece que esto ocurre, justamente, en función de la inmediata constatación de que la relación entre ambas realidades no aparece inmediatamente definida ante nosotros. Así como no podemos afirmar inmediatamente que la feria sea patrimonio, tampoco podemos descartar de plano que lo sea. Y a la luz de esta doble constatación se nos abre un universo de preguntas para ambas realidades. A la feria, por dar algunos ejemplos, podremos preguntar por el tipo de relación que genera con los habitantes del barrio y, de qué forma pasa ésta a ser para ellos valiosa y significativa. También podríamos preguntarle qué es lo que la hace diferente a otras manifestaciones que se asocian más fácilmente al patrimonio cultural de una ciudad o de un país. Al patrimonio, en tanto, podremos partir preguntando qué significaría que una realidad como la feria fuese incluida entre las manifestaciones que lo componen. También cabría preguntarle por su contenido y sus límites.

Y es que el concepto de patrimonio, aunque ampliamente reconocible en la actualidad, no resulta fácil de definir. Podemos, por supuesto, admitir como punto de partida las definiciones que al respecto emanan de UNESCO. Para esta institución, el *“Patrimonio Cultural de un pueblo comprende las obras de sus artistas, arquitectos, músicos, escritores y sabios, así como las creaciones anónimas, surgidas del alma popular, y el conjunto de valores que dan sentido a la vida, es decir, las obras materiales y no materiales que expresan la creatividad de ese pueblo; la lengua, los ritos, las creencias, los lugares y monumentos históricos, la literatura, las obras de arte y los archivos y bibliotecas.”*<sup>6</sup> Una versión más actual que incluye el componente intangible de las expresiones patrimoniales plantea que el Patrimonio Cultural Inmaterial (PCI) incluye *“los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas -junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes- que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana”*<sup>7</sup>

Una mirada a vuelo de pájaro sobre estas definiciones que componen la versión institucional oficial respecto del patrimonio cultural nos alerta sobre la necesidad de profundizar atendiendo a las diferentes aristas desde las que un concepto como éste puede ser enfocado. Pues, más allá de la enumeración de los diferentes tipos de entidades posibles de incluir en las listas de patrimonio, pareciera hacer falta una reflexión acerca de los principios desde los que emana

---

<sup>6</sup> Definición elaborada por la *Conferencia Mundial de UNESCO sobre el Patrimonio Cultural*, celebrada en México en el año 1982.

<sup>7</sup> Definición elaborada por la *Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial*, celebrada en París en el año 2003 y ratificada por el Congreso chileno en marzo de 2009.

esta posibilidad. De hecho, desde hace algunas décadas los procesos de definición institucional del patrimonio han sido acompañados de una revisión crítica del concepto elaborada desde las ciencias sociales. Por nuestra parte, comenzaremos diciendo, una vez más, que con la introducción de realidades como la feria libre a la reflexión sobre el tema, nos veremos obligados a considerar una serie de elementos que nos guían hacia las bases conceptuales detrás de las definiciones expuestas.

En definitiva, lo que nos interesa destacar respecto de la pregunta que guía este texto, es su capacidad de poner en relación dos conceptos de modo tal que cada uno de ellos arroja luz sobre el otro, permitiéndonos ampliar nuestra comprensión de ambos. En otras palabras, la idea de patrimonio nos permitirá ensayar una comprensión profunda de la feria libre y del lugar que manifestaciones como ésta ocupan en el mundo social actual, mientras que nuestro paso por la feria nos permitirá ampliar nuestra comprensión del patrimonio cultural.

#### **4. Nuestra Perspectiva**

El desafío que plantea la problemática anteriormente desarrollada debe implicar, en definitiva, un ensanchamiento de nuestra comprensión de las Ferias Libres. En la medida que tengamos presente nuestra intención de ampliar la comprensión de las ferias y que, por consiguiente, exista en nuestro trabajo una reflexión acerca de lo que esto significa, lo que podamos decir sobre ellas adquirirá sentido como conocimiento válido. Nunca está de más poner sobre relieve, en este punto, la necesidad de tener siempre en cuenta la pregunta por el tipo de conocimiento que proponemos desarrollar aquí. Comenzaremos diciendo, en este sentido, que las respuestas deben buscarse en la naturaleza del enfoque etnográfico: ese enfoque holístico, humanista, principalmente cualitativo y fuertemente artesanal de la investigación social (Geertz 2002: 48).

Lo que nos ha llamado la atención de la feria es tanto su naturaleza local y cotidiana, así como su intensidad significativa. Ambas características contribuyen a posicionarla como un fenómeno fuertemente instalado en la biografía de quienes la utilizan. Nuestro interés por entrar en aquel tupido mundo-de-la-vida y desentrañar el valor que tiene para cada una de las personas que dentro de él se encuentran, nos invita a intentar mirarlo desde lo más profundo de su experiencia. Estas consideraciones nos hacen sospechar que nuestro intento debe apuntar a observar la feria desde aquel sitio que deja ver las conexiones que dan sentido a cada palabra pronunciada en ella, a cada grito, a cada imagen y a cada gesto. Por supuesto, un paseo por la feria, una mirada superficial, no bastaría para cumplir dicho objetivo. Fue teniendo en mente consideraciones como esta, que el presente trabajo fue planificado como un acercamiento etnográfico a las ferias libres de Santiago.

En el contexto de trabajos y aproximaciones previas, he tenido la posibilidad de recorrer un gran número de ferias, en varias comunas de Santiago y de hablar con sus dirigentes. Desde este acercamiento previo, fue posible distinguir las problemáticas que enfrentan los trabajadores de las ferias libres pero, sobre todo, reconocer a éstas en su dimensión significativa. Para acceder a este entramado de significados, fue necesario, sin embargo, proponerme desarrollar una aproximación más intensiva a la cotidianidad de las ferias: necesitaba, hasta donde fuera posible, vivir en ellas. De este modo, la descripción de las ferias libres que el presente texto intenta desarrollar, aparece como el resultado de seis semanas de vida y trabajo en la feria, durante los meses de invierno del año 2011. Por supuesto, una aproximación como esta incluyó visitas diarias a la feria, seis días a la semana y desde temprano en la mañana –cuando la feria aún se está instalando– hasta el momento en que ésta fuera retirada. Este esquema requirió acompañar a los feriantes en su recorrido semanal por las distintas ubicaciones que ocupan dentro del sector en el que operan.

Para seleccionar los recorridos que incluiría el trabajo de campo, se recurrió al criterio de antigüedad. Se visitaron, en consecuencia, las ubicaciones que forman parte del itinerario de tres de las ferias más antiguas de la ciudad de Santiago, para las que se reconoce una permanencia en el sector que actualmente ocupan, igual o superior a 50 años.

Como ocurre a menudo en la investigación antropológica, nuestra reflexión sobre el objeto resulta inseparable de una reflexión sobre el método. En este sentido, consideraciones sobre el aporte y los alcances de la perspectiva etnográfica en la comprensión de los temas y problemáticas hasta aquí planteados, forma parte integral de las intenciones que guían este texto. Dichas consideraciones serán, en consecuencia, desarrolladas en los siguientes capítulos como componente ineludible de nuestra descripción de las ferias libres de Santiago.



## Capítulo II: Del Patrimonio a la Feria

No es la feria un lugar al que sea difícil entrar. De hecho, las ferias se definen por encontrarse en el espacio público y son, en consecuencia, un lugar abierto por naturaleza. Para entrar a ellas basta ir caminando por la calle, sin ser siquiera necesaria la intención concreta de visitarlas. Pero mi intención es *entrar* en ellas de un modo diferente, y el hecho de que sean tan asequibles, y que aparezcan tan cómodamente integradas al paisaje habitual de la ciudad en la que he vivido toda mi vida, me dificulta la tarea. Durante el trayecto diario que realizaba por la ciudad, camino hacia las ferias que habría de visitar, era necesario preparar una cierta disposición mental que me diera una guía para entrar en ellas, que me ilustrara por dónde podría comenzar a buscar. Teniendo en cuenta el objetivo que me he propuesto para este estudio, mi entrada en ella debía ser una entrada desde el patrimonio.

El valor patrimonial pareciera remitir a un valor considerado en términos amplios, pero no se trata de cualquier valor. En otras palabras, no basta con que la feria sea considerada valiosa para que sea considerada una expresión patrimonial. Fue necesario, entonces, considerar una suerte de fórmula o esquema previo que llevar bajo el brazo, uno que me ayudara a observar en función de ciertas directrices. Esta fórmula tiene la forma de una definición del patrimonio a grandes rasgos, delineada a partir del modo en que éste es producido. En otras palabras, se trata de una alternativa de respuesta a la pregunta acerca de cómo es que una

manifestación cultural, cualquiera sea su naturaleza, transforma su valor en valor patrimonial.

Siguiendo este esquema diremos que, para hacer aparecer –si es que es posible– el valor patrimonial de la feria, es necesario tener en cuenta las siguientes consideraciones generales respecto de lo que el patrimonio cultural significa, en términos de los elementos que comprende:

En primer lugar, **la transformación del valor de las expresiones culturales patrimoniales se da en función de su condición de herencia**, como elemento base, lo que implica un procesamiento de la dimensión temporal de la cultura y de su doble naturaleza de cambio y permanencia. Mis primeras preguntas al campo deberían, de este modo, abrirse a consideraciones acerca de la forma en que se vive el tiempo en la feria, a partir del trazado de su historia.

Por otra parte, **para la transformación del valor cultural en valor patrimonial es también indispensable la dimensión de las pertenencias y su correlato en las adscripciones espacio-territoriales**, en función de la distinción entre quién se encuentra dentro y quién se encuentra fuera. En consecuencia, se hace necesario considerar el comportamiento territorial de la feria como una manifestación cultural específica, con la intención de dilucidar dónde es que ésta se encuentra situada, tanto en el “espacio físico” como en el “espacio cultural”.

En tercer lugar, tendremos en cuenta que **el valor patrimonial surge del procesamiento conjunto de ambas dimensiones –territorial y temporal-, como recurso identitario**. Nuestra observación requerirá, por lo tanto, un intento de leer la experiencia de la feria y lo que en ella ocurre según las claves de la identidad.

Pero pareciera ser que el valor patrimonial no está completo hasta el momento en que - a nivel del discurso - **se reconoce la eficacia del elemento patrimonial en**

**tanto símbolo y a la vez se le escoge como recurso para definir una determinada identidad** y, en este sentido, se le da un uso como instrumento político. Entonces, una descripción de la feria hecha desde la idea de patrimonio, debe incluir la forma en que la feria nos estaría informando acerca del vínculo que existe entre las personas que la incorporan como parte de su vida cotidiana. Así como, esta descripción debería ayudar a caracterizar al agregado humano que con este vínculo se constituye.

### **1. El tiempo en la feria**

Teniendo en cuenta que la idea de patrimonio parte de una consideración diacrónica, nuestras primeras preguntas una vez dentro de la feria, apuntaron a su dimensión histórica y a sus inicios.

Las ferias libres que hoy en día operan en Santiago y en todo Chile no corresponden a una actividad surgida recientemente. Para comprender de dónde vienen es necesario considerar la historia social y económica de la ciudad y del país. Su historia debe buscarse en la historia del comercio popular en general (Salazar, 2003). Se ha documentado que las ferias, tal y como existen hoy, son el resultado de un largo y complejo proceso de expansión, a través del cual el comercio local, libre y entre ciudadanos, ha ido conquistando espacios para su desarrollo (Salazar, 2003). Un recorrido por la feria nos invita a preguntarnos (y preguntar a la gente) cómo se vinculan sus características actuales con imágenes y formas de hacer propias del pasado; de qué manera de estas formas pasadas determinan lo que hoy reconocemos en el paisaje ferial. Y, por supuesto, en qué medida y de qué manera éstas influyen en la percepción actual de la feria y su valor.

La misma feria nos responde excluyendo el quiebre entre el pasado y el presente: no existen fechas en su historia. Nadie la inventó y nadie la fundó. Sus límites



temporales, en este sentido, se desdibujan, posibilitando pensarla en una profundidad temporal ilimitada, que permite concebir la idea de que, de una u otra manera, **la feria siempre ha existido**. Como producto de la historia, la ciudad la heredó, heredándola también sus habitantes.

Para quienes participan de una feria, el momento en que ésta nace como tal se encuentra en un pasado remoto e impreciso en términos de una fecha o momento exacto. La pregunta por la antigüedad de la feria casi nunca es respondida en términos absolutos sino en referencia a una cantidad incontable de años o a un período general de la historia de la ciudad. Y esto se da especialmente para el caso de las ferias visitadas en el contexto de este estudio, pues se trata de las ferias de mayor antigüedad de Santiago. Los feriantes que en ellas trabajan nos hablarán en términos de una antigüedad *mayor a*, por ejemplo, 50 o 60 años. El momento en que se funda una feria no es recordado o no se encuentra precisado en su memoria. En otras palabras, no suele haber una historia asociada al proceso de creación de una feria específica, especialmente cuando se trata de ferias antiguas. En estos casos, la respuesta a la pregunta por el inicio de la feria puede remontarse a los años en que las ferias libres nacieron formalmente<sup>8</sup> o se puede homologar su inicio al nacimiento de la comuna donde se instala. Incluso tiene sentido, para referirse al nacimiento de una feria en particular, remitirnos a la época colonial, cuando los campesinos llegaban a lo que es hoy el centro de Santiago a vender sus productos.

Llegar a concebir que la feria siempre ha existido es coherente con una concepción de su pasado que, como hemos mencionado, no procesa los quiebres temporales sino que sitúa a la feria en la continuidad. Desde la perspectiva del patrimonio, el recurso al pasado afirma, justamente, la idea de continuidad, pues imaginado desde el presente ayuda a satisfacer la necesidad de conectar a ambos –pasado y presente - al situarlos como partes de una trayectoria ininterrumpida.

---

<sup>8</sup> Este hecho se remonta hacia finales de la década de 1930, con la promulgación del Reglamento de Ferias Libres y la ratificación definitiva de las mismas como subsistema de abasto (Salazar, 2003)

(Graham et.al., 2000:18) La semejanza con el pasado valida, de este modo, las acciones y actitudes presentes. Opera, entonces, la idea de valores y linajes perpetuos (Graham et.al., 2000:40). En el corazón de la idea de patrimonio se encuentra entonces, la convicción de que quien habita el presente hereda el pasado. En este sentido, hablar de patrimonio es hablar de la continuidad de la vida y de la historia. Pero, ¿hasta qué punto estas nociones están contenidas en la experiencia de la feria? El pasar de los días en terreno y el fluir de las conversaciones, fueron revelándome un esquema de significados con respecto a lo que la feria es y lo que en ella se vive, dentro del cual **las ideas de continuidad y herencia se encuentran en el corazón de la comprensión del fenómeno.**

De hecho, estas ideas ya deben ser tomadas en cuenta cuando, en un primer ejercicio de comprensión, ponemos ante nosotros la pregunta ¿Qué es una feria? Ella nos remite a la posibilidad de identificar a *una feria* como unidad discreta, en relación a sus límites con el resto de las ferias. Desde un comienzo, pareciera que esto nunca llegase a estar perfectamente claro, situación que nos ilustra cómo es que las nociones de continuidad y herencia emergen, en todo momento, como hebras de sentido.

En general, la definición de los límites de la unidad de feria a la que nos referimos en una conversación debe ser especificada o definida según el contexto. Se puede hablar de *una feria* en referencia a varios niveles. Una feria puede ser, en primer lugar, una ubicación, un punto de feria. Por ejemplo: *la feria* de Martínez de Rozas, *la feria* de Santa Elena o *la feria* de Augusto Matte. Si, conversando con alguien en la feria ubicada en Arturo Prat (comuna de Puente Alto) pregunto por la antigüedad de *esta feria*, probablemente me dirá que existe desde mediados de los años 80. Pero si, a la misma persona, le pregunto por el nombre de la feria donde trabaja, probablemente me dirá que es parte de la *Feria Grande* de Puente Alto. En este último caso, *una feria* corresponde a un recorrido semanal, del cual es parte la ubicación de Arturo Prat (para los días domingo) pero que incluye otras cinco ubicaciones correspondientes al resto de los días de la semana en los que

hay feria. La *Feria Grande*, como tal, tiene una antigüedad mucho mayor a los 25 años reconocidos para la ubicación en Arturo Prat. Como se trata de la feria más antigua de la comuna, sus inicios, según hemos apuntado, pueden remontarse - en la memoria de los feriantes - al pasado remoto de la comuna. En el fondo, nos dicen, la feria siempre ha estado, es decir, existe desde que hubo gente viviendo en el territorio aledaño a la plaza de Puente Alto. Comenzó en algún momento cuando los chacareros se acercaron espontáneamente a vender sus productos a la plaza. Don Luis, dirigente de la *Feria Grande*, nos comenta también que en un principio, esta actividad no se llamaba feria, sino que se referían a ellos simplemente como los Comerciantes de la Plaza. El nombre de Feria Libre se adoptó varios años después, cuando se legalizó la labor. Desde ese momento y hasta el día de hoy, la historia de la *Feria Grande* se va a estructurar en base a los cambios en el recorrido semanal. Este recorrido es compartido por un grupo más o menos estable de feriantes.

Y es que la historia de las ferias es también una historia de expansión en el sentido de que, así como los primeros comerciantes de Puente Alto habrían sido un grupo pequeño que abastecía a un grupo pequeño de personas, hoy en día los feriantes y las ferias se han multiplicado para abastecer a la población de la comuna que se ha multiplicado. De este modo, de la primera feria de Puente Alto, cuya ubicación única correspondía a la plaza de la localidad (que más tarde pasaría a ser comuna), fueron surgiendo las nuevas ubicaciones que completan el recorrido semanal que sigue hoy en día. Además, la feria fue creciendo en función del número de comerciantes que la componía de modo que, de un sindicato único, nacieron otros tres. Además, las ferias antiguas se reconocen como *ferias madres*, pues de ellas nacen las ferias más nuevas, que van colonizando nuevos sectores a medida que surge la necesidad de llegar a más personas. Esto ocurre cuando un grupo de feriantes decide y pide permiso para trabajar en ubicaciones nuevas. En estos casos las nuevas ubicaciones configuran nuevos recorridos, independientes de la feria mayor. Siguiendo con el ejemplo de las ferias de Puente Alto, encontramos que la Feria de *Los Chacareros* (que corresponde a un

recorrido) nació hace alrededor de 25 años. Don Luis recuerda que este nacimiento resultó de la separación de un grupo de comerciantes de la ubicación de Santa Elena (parte del recorrido de la *Feria Grande*) que decidió formar su propio recorrido en un sector nuevo de la comuna, donde, según ellos visualizaron, era necesaria una feria. Del mismo modo, la mayoría de las ferias son hijas de otras ferias y ocurre que, en alguna medida, las primeras heredan la historia y antigüedad de las segundas. Por el hecho de encontrarse emparentadas se consideran parte de un mismo proceso y cabe destacar la importancia de este proceso a la hora de hacer ver la legitimidad tradicional de las ferias: aunque se trate de una feria nueva, el derecho a ocupar un determinado territorio está dado porque las ferias han existido mucho antes de que existiera todo lo demás.

En la comuna de Puente Alto existen hoy nueve ferias (o nueve recorridos), cada una de las cuales es identificada por su nombre. Entre ellas, la *Feria Grande* es reconocida como la feria “madre” o como el “hermano mayor” de las demás.

En otros casos la unidad de feria constituida por un recorrido no corresponde a una realidad tan clara. Esto ocurre, por ejemplo, para el caso de la feria visitada en la comuna de Santiago. En este caso, el recorrido que hacían los feriantes (y que, por lo tanto, hacía también yo en mis visitas) no estaba asociado a un nombre. Lo que incluye a los diferentes puntos de esta feria como parte de un recorrido, tiene que ver más bien con el grupo de personas que lo realizan. Este grupo es básicamente el mismo para las ubicaciones de Martínez de Rozas y Esperanza (los días miércoles y domingo), pero para el resto de los días la feria se divide en dos ubicaciones distintas. Sin embargo, no es raro ver que algunos de los feriantes remplacen alguna de estas ubicaciones por otra ajena a este recorrido. Para el caso de Santiago, era común trabajar también en la ubicación de San Camilo (sector sur-oriente de la comuna) o en la de Coquimbo (sector sur de la comuna). Vemos que, en este caso, los recorridos son menos estables o reconocibles como unidad fija y cabe la posibilidad de que cada feriante acomode para sí un recorrido propio. En estos casos es también más difícil rastrear la

historia de una feria o de una ubicación, pues existen menos registros de cómo se llegó a la configuración actual de puntos de feria para la comuna. La historia y la antigüedad de estas ferias se funden mucho más en la historia general del comercio y se remontan más fácilmente al pasado remoto de la ciudad.

De este modo, y como habíamos apuntado más arriba, el trazado de las historias de las ferias y de la forma en que se relacionan unas con otras nos muestra que el fenómeno es percibido en la forma de un continuum que es, al mismo tiempo, temporal y espacial (territorial). Esta continuidad se hace patente cuando se considera que, de un modo u otro, **todas las ferias forman parte de la misma unidad** al estar emparentadas entre sí. Y **todo lo que ocurre en las ferias - que puede identificarse como parte de su historia - es siempre parte de un movimiento que ya se viene desarrollando.**

Esto último no sólo puede apreciarse en relación a la forma, anteriormente descrita, en que las ferias se expanden a través del territorio, sino que también, y especialmente, en la historia de cada feria. Su consideración pone de manifiesto el profundo carácter hereditario de la realidad ferial: el movimiento de las ferias concuerda con el paso de las generaciones y, en este sentido, **nada en la creación y expansión de las ferias emerge de la nada.** Existen muy pocos puestos de la feria que hayan surgido de manera espontánea, de un día para otro o, sin relación previa con la historia de la feria. Cada porción de la feria – ya sea un puesto, una nueva ubicación o un nuevo recorrido – nace de la feria previa. Cuando un nuevo puesto se instala, éste generalmente va a estar emparentado con otros puestos de la feria. Generalmente, esta relación de parentesco es literal, pues el nuevo puesto es producto del deseo de independizarse del hijo, hermano o sobrino en una familia de feriantes. En otro caso puede tratarse de un matrimonio de feriantes que decide poner un segundo puesto y trabajar cada cónyuge por separado. Pero también suele ocurrir que una persona que ha trabajado de empleado en un puesto durante un buen período de tiempo se decida, finalmente, a trabajar un puesto propio. Por último puede ocurrir que un

colero o un grupo de coleros en una feria consigan permiso para trabajar como parte de la feria establecida. Lo que nos interesa relevar con esto es que de una u otra forma, quienes se instalan con nuevos puestos y participan de la expansión de las ferias casi siempre son personas que han formado parte de la misma feria anteriormente. Es posible, y de hecho ha ocurrido, que personas que disponen de un cierto capital y que nunca han formado parte de la feria intenten poner un negocio en ella. En estos casos la mayoría de los nuevos feriantes fracasan, y este es un fenómeno muy conocido y comentado por los antiguos feriantes: no cualquier persona puede instalarse y trabajar en la feria. Vemos, también en estos casos, como la realidad de la feria es reacia a admitir interrupciones abruptas a la continuidad de la dinámica ferial, a tolerar inclusiones que aparezcan de fuera, espontáneamente y que no sean parte del encadenamiento temporal y social que conecta a las ferias con las profundidades del pasado distante, con el estar allí desde siempre.

Este enraizamiento profundo de cada elemento que compone a la feria como la conocemos hoy, en las profundidades del tiempo continuo y heredado, les confiere una cualidad que va más allá de lo que son hoy en el presente: son parte de algo más que sí mismos. Contienen al pasado. Es por esto que no resulta fácil imaginarse la posibilidad de renunciar a la existencia de la feria, pues no sería fácil desechar el pasado. La idea de la feria, construida a partir de las nociones de continuidad y herencia, incluye una profundidad temporal significativa que va más allá de la feria misma, y que nos obligaría al menos a conferirle una especial consideración.

Así mismo, el patrimonio se define en función de una consideración especial necesaria. En ambos casos, esta necesidad se hace patente cuando reparamos en la exigencia de conservación o preservación de determinadas manifestaciones, asociada indisolublemente a la reflexión sobre el patrimonio cultural. De hecho, el concepto de patrimonio cultural no surgió como una categoría vacía esperando ser llenada de elementos. Por el contrario, surgió de la necesidad de dar un

tratamiento especial a ciertas manifestaciones con el fin de asegurar su preservación. De este modo, y desde mediados del siglo XX, la institucionalidad internacional, así como diferentes estados, han incorporado a su quehacer políticas tendientes a la conservación y protección de un conjunto de elementos cuya desaparición, según se establece, constituiría una pérdida lamentable para algún agregado humano o para la humanidad en su conjunto. En una lógica similar, descubrimos que la feria es *algo más*, al darnos cuenta, justamente, de que su pérdida significa perder *algo más* que la feria tomada por sí misma.

El descubrir que las ferias son significativas para el presente en función de su conexión con el pasado, significa de inmediato una consideración del fenómeno en relación al futuro. Este ejercicio perceptivo es el que agrega valor a las ferias. Cuando reconocemos su profundidad temporal y advertimos que instala a nuestro presente dentro de una continuidad, le agregamos un valor con miras al futuro. Este valor implica asegurar su existencia en el futuro a través del resguardo y la preservación.

## **2. El sitio y el entorno de la feria**

Si la feria tiene un valor en los términos anteriormente descritos, el siguiente paso sería preguntarnos por su alcance, es decir, intentar descubrir quién lo reconoce como tal. Pues el valor es una cualidad que debe ser siempre concedida por alguien. Del mismo modo, el patrimonio es siempre patrimonio de alguien o para alguien. En la discusión sobre el tema, esta consideración va aparejada al reconocimiento de que el valor patrimonial no es un valor intrínseco que poseen las manifestaciones culturales que integran su repertorio, sino que se trata de uno que éstas adquieren cuando alguien lo reconoce en ellas. El patrimonio, por tanto, es algo construido y producido (Kuutma, 2009), por lo que, para comprender su naturaleza, es necesario dirigir la mirada hacia lo que se ha llamado procesos de *patrimonialización* (Prats, 2005).

La definición del agregado humano que, a través de este proceso, reconoce y promueve un bien cultural como patrimonio, se encuentra, tradicionalmente y en la mayoría de los casos asociada a una unidad geográfica. De hecho, la referencia a una manifestación como parte del patrimonio, generalmente incluye una indicación acerca del tipo de patrimonio del que se trata en términos territoriales, para informar en qué nivel se le está reconociendo como tal. Así, el patrimonio puede ser, por ejemplo, mundial, nacional, regional o local. En el caso de las ferias, tendríamos que preguntarnos de quién son las ferias – o para quién tiene la feria ese valor del que hablamos -. La respuesta a esta pregunta, aunque no sea única y clara, puede ser construida también en base a la dimensión espacial.

A partir de la pregunta sobre lo que es una feria, que mencionamos anteriormente, se nos va abriendo un camino que nos conduce a situar a la feria en general – como fenómeno- y a cada feria en particular dentro de un marco espacial propio y específico. Hemos visto cómo es que la ubicación de cada feria se determina en relación al comportamiento espacial –y temporal – del conjunto de las ferias, como si entre todas compusieran un trazado. Cada feria se nombra y especifica en función de las coordenadas dentro de las que se mueve por la ciudad y éstas están integradas dentro de porciones mayores de la misma (comunas, territorios, etc.). De esta manera forman parte, a su vez, del conjunto de ferias de la ciudad e incluso del país. De hecho, el comportamiento y desarrollo de las ferias libres, las caracteriza como un fenómeno de carácter eminentemente territorial y urbano. Y no sólo porque su historia se encuentra ligada a las formas de planificación y utilización de la ciudad por parte de sus habitantes, sino también porque la feria se caracteriza por el uso particular que hace del espacio y porque funciona en base a la relación que genera con su entorno vecinal. El alcance de estas apreciaciones se va haciendo patente a medida que avanza mi trabajo en la feria y en la exploración del modo en que ella se encuentra situada.



Nuestras tres ferias forman parte de las, aproximadamente, 925 que existen en Chile. La mitad de las ferias de Chile se encuentra en la Región Metropolitana y 394 de ellas se ubican repartidas entre las comunas que componen el Área Metropolitana de Santiago (AMS). En casi todas estas comunas funcionan las ferias, aunque el número de ferias en cada comuna varía en forma bastante apreciable. Como ya hemos bosquejado, las ferias visitadas para este estudio se encuentran en distintos lugares de la ciudad. La primera funciona en el centro, en el sector nor-poniente de la comuna de Santiago. La segunda, denominada *Feria Grande*, funciona en el sector céntrico de la populosa comuna de Puente Alto - bastante lejos de la primera -, en el sector sur de la capital. Finalmente encontramos la *Feria N°1 de Quinta Normal*. En Santiago y Quinta Normal existen 14 y 16 puntos de feria respectivamente, mientras que en Puente Alto existirían más de 50 hacia finales de 2009. Se trata de la comuna con mayor número de ferias registradas dentro del AMS, situación que contrasta con algunas comunas que no tienen más de dos puntos de feria dentro de su territorio (como es el caso de Vitacura y Lo Barnechea). La variabilidad respecto al tamaño de las distintas ferias de Santiago es también bastante amplia. La Feria Grande puede llegar a ocupar más de 20 cuadras, mientras que la feria de Santiago y la Feria N°1 nunca llegaron a ocupar más de seis cuadras, aunque su tamaño se extendiera hasta más del doble los días en que había mayor concurrencia de vendedores informales o *coleros*. De hecho, un factor determinante a la hora de considerar los datos acerca del tamaño y el número de puestos de cada feria es representado por el comportamiento dinámico y poco estable de los *coleros*, que hace variar día a día las dimensiones reales de cada feria. Sin embargo, podemos decir que la mayoría de las Ferias de Santiago (76%), se ubican por su tamaño en un rango que va entre una y ocho cuadras. Nuestras tres ferias, así como la mayoría de las ferias de la ciudad (85%), se ubican en todas sus posturas ocupando la calzada. Además, las tres se ubican en sectores residenciales, aunque en una de las ubicaciones de la *Feria Grande*, ésta se emplaza en un sector de fuerte carácter comercial cercano al centro de la comuna, a un par de cuadras de la plaza de Puente Alto. Cabe destacar que el 60% de las ferias de Santiago se encuentran

ubicadas en calles residenciales. Esto implica que la actividad de la feria deslinda directamente con las casas de quienes habitan la calle donde se ubica y como veremos, esto conlleva una relación directa de los feriantes con sus vecinos directos, o sea, con los que ocupan la casa delante de la cual ubican su puesto cada semana. Esta relación no siempre es llevadera. Pero lo cierto es que el paisaje desde la feria incluye como telón de fondo las fachadas de las casas con sus puertas y ventanas muchas veces abiertas hacia la calle o con personas sentadas en las escalinatas de entrada de alguna vivienda de alto.

Esta forma en que las ferias se instalan y organizan dentro del esquema urbano resulta de vital importancia para descubrir su naturaleza y responder a las interrogantes que guían este apartado. Desde un principio, llama la atención la vehemencia con que los feriantes y sus dirigentes defienden las ubicaciones que ocupan y no es difícil escuchar de ellos historias acerca de cómo una feria ha resistido la relocalización, aunque ésta implicara moverse sólo un par de cuadras. Dentro de los principales problemas que enfrentan hoy los feriantes, la competencia por el espacio de la ciudad juega un papel fundamental y el rol de sus representantes consiste principalmente en crear estrategias para sobrellevar los conflictos que se generan en relación a este tema (Stillermann, 2006). Nos parece que, dentro de los criterios que influyen en la distribución de las ferias en cada comuna, resulta fundamental el hecho de que cada una de ellas se encuentra integrada al *espacio caminable* de las personas. Esto quiere decir que la gran mayoría de los visitantes llega a la feria caminando<sup>9</sup>. Las ferias se ubican de tal manera que congregan en el espacio de un par de cuadras a lo largo de las que se instalan, a un conjunto de personas que pueden llegar a ella caminando. Para cada una de estas personas, **la feria se encuentra integrada a su espacio propio**, a un espacio que para ellos es naturalmente accesible, fácilmente abarcable, fácilmente vivible. La feria, entonces, se ubica en un nivel de experiencia o conocimiento específico de la ciudad, donde se encuentran las

---

<sup>9</sup> Según encuesta realizada a usuarios de las ferias, del total de personas encuestadas (3.854) cerca de un 85% llega al lugar a pie, una proporción considerablemente inferior del orden del 9,2% llega en automóvil particular y sólo el 3,5% lo hace en bicicleta (IEUT & OCUC, 2010)

intensas imágenes y las actitudes que una persona adquiere de su entorno inmediato en el curso de la vida cotidiana (Tuan 2007: 259). Se trata de la idea del vecindario o barrio, que puede ser reconocida en relación a una cierta intimidad que se atribuye al espacio: “el vecindario es el lugar en donde uno se siente como en casa” (Tuan 2007: 290). Es decir, se trata de aquello que uno considera su casa fuera de su casa (en relación a la ciudad como universo).

Esta característica define a tal punto a la feria, que mientras más se le conoce, más se reconocen sus alcances. En ella encontramos un punto de partida para comenzar a delinear a quién pertenece la feria, de dónde es, para quién es valiosa. Sobre todo nos permite presentir algo muy importante: virtualmente todas las personas que van a una feria tienen algo en común, que está dado por compartir su entorno de vida, el vecindario y/o el barrio. En la feria es común utilizar los términos vecino y vecina para referirse a las demás personas que se encuentran dentro. Estas constataciones nos permiten conjeturar que la feria, de alguna manera, “pertenece” a los vecinos o, más bien, al barrio donde se instala. Pero esta apreciación implica, en el caso de la feria, una conexión mucho más vasta de lo que pareciera a primera vista. No se trata tan sólo de la relación entre un grupo de vecinos compradores y un grupo de feriantes vendedores. La relación de cada feria con el entorno en el que opera es mucho más profunda que eso, y la experiencia de la feria, poco a poco, va haciendo explícita la forma en que ésta se integra a los barrios en los que funciona, y hasta qué punto se hace parte de ellos. Para empezar, no sólo entre personas que van a comprar a la feria es usual llamarse vecino, sino que es común incluir dentro de esta denominación a personas que no parecen estar cumpliendo el rol de clientes. De hecho, a partir de una observación de las diferentes actividades que realizan las personas que se encuentran en la feria, podemos comprender cómo es que la relación de la feria con el barrio en modo alguno se agota en una relación vendedor/cliente.

Desde un primer momento, la variedad de tareas que es posible identificar en la feria llama la atención y nos inclina a intentar descubrir cuál es la que desempeña

cada uno. Y es que la feria congrega y acoge a un amplio universo de actividad económica informal, que en muchos casos parece tan simple y pequeña que apenas puede ser llamada de subsistencia, pero que en todos los casos tiene un carácter sustancialmente local. El ejemplo más visible y evidente de éste tipo de actividad es la que desarrollan los *cachureros*<sup>10</sup>. A estos se suman los vendedores de golosinas, desayunos y otro tipo de productos (cuyo público muchas veces está constituido principalmente por los propios feriantes) pero también admite el trabajo de ayudantes, *tiradores*<sup>11</sup> y *cargadores*<sup>12</sup>. Por último, existe otro tipo de prestaciones de servicios - ya sea ofrecido a los feriantes o al público - entre los que podemos encontrar el de guardado y armado de puestos, cuidado de autos, acarreo de la compra en pequeños carritos y hasta el de los cantores populares o artistas callejeros que llegan a la feria. Vemos entonces, cómo es que el desarrollo de actividades comerciales y laborales informales que florece alrededor del núcleo de la feria - o *feria matriz* - no sólo remite a la realidad de la *cola*.

El ejemplo más extremo de micro actividad comercial en la feria es aquella que realizan los vendedores de rifas. Los vi por primera vez en la feria de Puente Alto, y es en esta misma donde la actividad pareciera estar más extendida, aunque también es reconocida como algo común por los feriantes de los otros sectores visitados. Se trata de personas que cada día acuden a la feria para rifar ciertos artículos - un pollo asado, una caja de detergente o un tarro de café y un kilo de azúcar - entre los feriantes. Cada número cuesta \$100 o \$200 y los feriantes los adquieren en el momento en que quién los vende simplemente pasa por su puesto. Esta interacción llama la atención debido a que el número no se ofrece públicamente en ningún momento, sino que un saludo basta para que el feriante

---

<sup>10</sup> Se llama *cachurero* a un determinado tipo de *colero*, que se caracteriza por trabajar siguiendo una lógica de recolección, pues obtiene sus productos sin hacer ningún tipo de inversión en mercadería. Una descripción en profundidad de este tipo de actividad puede encontrarse en Márquez, 2004.

<sup>11</sup> Personas que tiran los carretones de mano en los que se traslada la mercadería y se transportan los puestos desarmados de los feriantes.

<sup>12</sup> Personas que cumplen la tarea de cargar y descargar los camiones con mercadería que llegan a la feria.

alcance una moneda al encargado de la rifa. Aparece como si fuera – y de hecho lo es – algo que ocurrirá día a día. En mi observación, por supuesto, esta interacción no me permite dilucidar por mí misma qué tipo de intercambio se está llevando a cabo y con quién – como a menudo ocurre en la feria –, y por lo tanto debo recurrir al feriante para que me explique. Comentan que ellos participan de la rifa más que nada por ayudar, que es una buena opción para gente con necesidad y descubro que siempre se trata de personas conocidas previamente por los feriantes. Se trata, por ejemplo, de la hija de un feriante que ha perdido su puesto y que ellos conocen desde pequeña o de cualquier persona relacionada a la feria que esté pasando por un momento difícil y necesite recurrir a esta estrategia.

Quienes trabajan en la feria reconocen, en base a estas experiencias, el aporte que significa la existencia de un lugar que ofrece este tipo de posibilidades a su entorno. Sabido y consabido es el hecho de que las ferias ayudan a sobrellevar y combatir la cesantía. Esto es cierto no sólo, según vemos, por proveer a las personas sin trabajo de un sitio donde instalarse a vender cualquier cosa o a ayudar en lo que sea necesario, sino que sobre todo, porque les permite aprovechar económicamente su inserción en una red de relaciones locales a largo plazo. Esto tiene sentido si consideramos que nadie llega a hacer algo de dinero en la feria siendo un perfecto desconocido. El vínculo más común de la feria con quienes a ella llegan para trabajar corresponde a la proximidad territorial. En otras palabras, quienes realizan alguna actividad económica en la feria habitan, por lo general, en las proximidades del área abastecida por la feria, es decir, son parte del barrio. Y esto vale también para gran parte de los feriantes establecidos, que viven en el mismo sector donde trabajan o al menos pertenecen a sectores próximos de la comuna. En todo caso, esto es especialmente válido para quienes en la feria desarrollan actividades más informales o esporádicas. De este modo, y al igual como veíamos en el ejemplo de las rifas, una vecina que queda cesante puede decidirse a recolectar algunas cosas y llevarlas a la feria donde normalmente compra para venderlas. Seguramente, alguna otra vecina conocida suya se encuentre en la feria haciendo lo mismo y le ayude a conseguir un buen

lugar para instalarse o se harán mutua compañía. Además, serán sus mismos vecinos y caseros quienes, se espera, le compren y colaboren. Otro vínculo previo de la feria con quienes a ella llegan a trabajar –y que muchas veces se da como complemento de la proximidad territorial– corresponde a la relación de parentesco o amistad (proximidad social) con alguien que trabaje ya en la feria. Ya hemos hablado de la posibilidad de los feriantes de emplear a parientes o conocidos para que le ayuden con el funcionamiento del negocio. Quienes trabajan como empleados en un puesto de la feria pueden complementar sus ingresos aprovechando de instalar un pequeño negocio propio en la misma feria. Por ejemplo, es posible que alguien que trabaja en el puesto de su padre compre una pequeña cantidad de mercadería por su cuenta y la instale a un costado o en el piso frente al puesto, para venderla en forma simultánea. También suele ocurrir que quienes trabajan en la *cola* acudan por un momento o durante alguna jornada a ayudar en el puesto de algún feriante que así lo solicite.

En algunas ferias se observa una marcada diferencia entre lo que es la *feria matriz* y lo que es la *cola*, o el sector informal, la *feria alledaña*. Es el caso de las ferias visitadas en Quinta Normal y Santiago Centro. En ambas es posible determinar, sin ningún problema, hasta dónde llega la feria matriz propiamente tal. Desde ahí los *coleros* se ubican ordenadamente frente a sus mantos llenos de cachivaches o en pequeñas y rudimentarias instalaciones que les sirven como puestos. En estos casos, además, es difícil percibir la interacción cotidiana entre feriantes y *coleros*. En la feria de Puente Alto, en cambio, la distancia y diferenciación entre ambas realidades es mucho menos tajante. En términos físicos, se hace difícil establecer cuáles puestos pagan patentes y cuáles no. Y es que en el extremo de la cola sí es posible observar el despliegue de la mercadería en el suelo, sobre un paño o manta pero, casi de inmediato, si avanzamos hacia dentro de la feria, comenzarán a aparecer, en forma intercalada con los anteriores, puestos con estructura más firme y de mayor tamaño. Aunque, bastante más adelante, aparecen puestos de fruta y verdura más grandes y mejor abastecidos –lo que nos indica que ya nos encontramos en plena feria– aún es posible encontrar entre aquellos o en el

medio del pasillo central, un manto en el que alguien ofrece algún tipo de cachureo. Aquí la interacción entre quienes atienden uno y otro tipo de puesto es evidente, siendo bastante extendida la situación, descrita más arriba, de que alguien trabaje en ambos simultáneamente.

Además de un mayor grado de tolerancia por parte de los feriantes hacia los coleros, la indiferenciación visual en términos de ocupación del espacio entre feriantes y coleros, tiene que ver con el hecho de que el proceso de crecimiento de la feria de Puente Alto se ha dado en la forma según la cual un grupo de coleros se organiza en un sindicato y consigue autorización municipal para trabajar, con el consecuente pago de su patente. Luego de eso se forma una nueva cola que, tiempo después, consigue lo mismo. Así es como hoy en día la Feria Grande está compuesta por cuatro sindicatos distintos, además de la cola actual. Esto genera una configuración que nos permite reconocer a los feriantes instalados hacia un extremo como los más antiguos y hacia el otro a los más nuevos. El descubrimiento de este tipo de procesos viene a ilustrar, una vez más, la idea según la cuál la feria nunca surge de la nada, o de lo ajeno, sino que su creación y expansión siempre proviene de la feria misma.

Nos interesa recalcar aquí la idea que hemos querido ilustrar con el relato correspondiente a este apartado, y que tiene que ver con la forma dinámica y poco rígida - horizontal, si se quiere – en que se configuran los diferentes roles o los diferentes quehaceres en el contexto de la feria. Alguien que es cliente de una feria puede pasar a ocupar en la misma el rol de vendedor en la cola e incluso, con el tiempo, podría pasar a tener un puesto establecido. Del mismo modo puede suceder que quien alguna vez tuvo un puesto en la feria hoy se dedique a trabajar de ayudante o vendedor ambulante, incluso quienes han dejado de trabajar en la feria pueden volver a ella sólo a comprar o a visitar de vez en cuando. Por supuesto, los feriantes se compran y venden mutuamente, así como a los otros personajes de la feria. De este modo, da la impresión de que la feria funcionara como si se tratase siempre del mismo grupo de personas, aunque los límites entre

los roles de cada uno tendrían un grado importante de dinamismo y permeabilidad. En este punto resulta interesante resaltar un aspecto del lenguaje propio de la feria que resulta coherente con esta lógica: en la relación entre un vendedor y un comprador que se da en la feria, ambas partes reconocen al otro como *su casero* (o *casera*). No existe, en este caso, una diferenciación explícita que fije a priori el rol de cada una de las personas que participan de la interacción. La denominación es la misma hacia uno y otro lado, recíproca.

Como la feria no está formada internamente por grupos cerrados y roles rígidos, configura un tipo de relación con el barrio que, según nos parece, es fundamental para entender su valor local. En función de esta relación, la feria es permeable al barrio, es abierta hacia su entorno y permite que éste forme parte, literalmente, de ella. En definitiva, resulta imposible hacer una diferenciación dentro del lugar constituido por la feria, entre lo que es la feria propiamente tal –que llega al barrio a ofrecer sus productos– y lo que es el barrio –que acoge a la feria y al que la feria acoge–. Ocurre más bien que, en este lugar, ambos son una misma cosa.

### **3. Itinerarios e identidad**

Nuestra noción inicial de patrimonio cultural considera que el valor patrimonial surge del procesamiento de la continuidad temporal (o herencia) como recurso para la identidad de un grupo humano, definido generalmente en términos territoriales.

Por un lado, la historia de la feria nos ha sumergido en las ideas de continuidad y herencia. Por otro lado, hemos constatado que la feria se integra profundamente al barrio, entendido como aquel espacio que las personas hacen propio, pues es el espacio en el que –literalmente- viven. La dimensión del barrio es el escenario por naturaleza de aquello que llamamos la vida cotidiana de las personas. Y no es



difícil darnos cuenta de que, en consecuencia, **la experiencia de la feria es, ante todo, una experiencia cotidiana.**

Nos parece que el hecho de que la feria se encuentre inserta en la vida cotidiana de las personas nos da una clave para indagar en la forma en que su tiempo (continuo) y su espacio (barrial) se vinculan como recurso de la identidad, pues es justamente en virtud de ese esquema que la vida cotidiana puede ser definida. La vida cotidiana ordena simbólicamente o, si se quiere, confiere un marco de sentido a los diferentes componentes de nuestra existencia en el mundo. Y se encuentra organizada en base a lugares y momentos, es decir, tiene una estructura espacial en correspondencia con una estructura temporal (Giannini, 2004). Recordemos aquí que la feria está potentemente definida en base a la conjugación de lugares y momentos particulares. De hecho, cada evento ferial corresponde a una conjugación de coordenadas temporales y espaciales. La feria no es sino algo que ocurre en un determinado momento y lugar. Pero, además, la cotidianidad es un modo de ser, un esquema simbólico, que es tanto un trayecto como un movimiento cíclico (Giannini, 2004). Y resulta que, en la experiencia de la feria, este esquema – el del trayecto y el ciclo - se hace presente constantemente para todos los que en ella participan: lo que cada feria es, está, en gran medida, determinado por su trayectoria semanal. El trabajo del feriante se identifica, en buena medida, con una labor de traslado, así como la visita a una feria se define, en términos de un recorrido. Se trata de una naturaleza móvil pero cíclica, un pasar y volver a pasar, un ir y venir. Esto determina la temporalidad de la feria y en función de este movimiento es que la feria puede ser pensada.

Muchas veces me ha tocado escuchar que las ferias son móviles y ambulantes. No son realidades fijas, en el sentido de que no permanecen en un espacio por mucho tiempo. Esto quiere decir que, a pesar del importante arraigo de las ferias en los lugares específicos que ocupan, este arraigo incluye un componente de movilidad pues la feria es algo que *al mismo sitio* llega y vuelve a llegar. En consecuencia, la feria no incluye entre sus componentes un soporte espacial

exclusivo, en el sentido de un espacio definido que exista sólo como parte de la feria. Ya hemos mencionado que una feria es nombrada/identificada en base a la ubicación específica donde se instala, sin embargo esta identificación difícilmente puede darse en forma independiente de un recorrido que incluye otras ubicaciones. Una feria entonces, más que incluir un espacio, incluye un recorrido y, en este sentido, *es un recorrido*.

Una de las características más positivas de la feria, que la diferencia de mercados y supermercados, según comentan los feriantes, es el hecho de que la feria “va a la gente”. En esta afirmación se recalca la importancia de que la feria se instale dentro del espacio propio de la gente, en el barrio, pero también nos indica que aquello no sería posible si no fuese por la naturaleza móvil de la feria. De hecho, cualquier cambio o medida que restrinja en algún grado el movimiento de las ferias contribuiría, según los feriantes, a la muerte de las mismas. Por ejemplo, la idea que habría surgido de parte de algunas alcaldías, de instalar las ferias en galpones permanentes, no es mirada con buenos ojos por parte de los feriantes, pues implicaría para ellos, más que nada, el no poder llegar a todos los sectores. Se estaría restringiendo, en el fondo, su movilidad. Coherentemente, pareciera no tener sentido la creación de espacios exclusivos para la feria. Como parte de su naturaleza móvil, la feria siempre debe ocupar un espacio que exista independientemente de ella. En consecuencia con lo anterior, dentro de los proyectos de modernización que impulsa Asociación Nacional de Ferias Libres (ASOF), se incluye la idea de implementar espacios donde éstas puedan funcionar en vez de hacerlo en la calle. Estos espacios tienen una característica fundamental: incorporan infraestructura apta para la instalación esporádica de las ferias libres y permiten que, el resto del tiempo, la comunidad los pueda usar como espacios públicos de recreación. Es decir, el espacio se planifica de modo que exista en forma independiente de la feria.

En este punto, pareciera acertado considerar que, a pesar de la tendencia de los feriantes a rechazar la relocalización y preferir el mantenimiento de sus

ubicaciones actuales (y tradicionales), éstos mismos consideran necesario mantener, en cierta medida, el poder para determinar si lo que quieren es irse o quedarse. Es un valor esencial, por lo tanto, que ellos mismos tengan la posibilidad de definir – o al menos incidir sobre - la ubicación de su feria. Ésta debe conservar cierta libertad sobre su itinerario semanal sobre todo ya que, de este modo, su instalación en una determinada ubicación aparece como dependiente de la voluntad de los mismos feriantes para llegar y servir a esa comunidad específica. La feria lucha contra la relocalización, y también contra la localización (en el sentido de fijación).

El trabajo de los feriantes se define, también, en función de la idea de movimiento constante, de desplazamiento. En este caso, el trabajo del feriante significa, sobre todo, una labor de traslado. Ellos no sólo son vendedores sino que, sobre todo, son quienes llevan a la feria consigo, los que traen “el negocio a costas”. Por supuesto, son ellos los que hacen el recorrido semanal de la feria. Son ellos los que se mueven y los que mueven a la feria. Más allá de eso, la tarea del feriante es una tarea de distribución. Ellos acercan, llevan a la gente los productos disponibles para el consumo de la ciudad. En este sentido, la definición inicial de su labor ya es la de un movimiento. Quien tiene un puesto en la feria debe asegurarse de poder llegar a algún centro de distribución capitalino, (principalmente al Terminal Lo Valledor), con el fin de abastecer su puesto, al menos dos veces por semana<sup>13</sup>. Cada día, los feriantes llevan la feria completa hacia el barrio que los espera. Cuando éste despierte, los productos ya deben estar disponibles, y por eso el feriante siempre es buen madrugador. Quienes trabajan en las ferias libres contribuyen, así, en la tarea de echar a andar la ciudad gracias a sus recorridos de amanecida. El fluir de su movilidad diaria orienta, en alguna medida los flujos locales.

---

<sup>13</sup> El feriante se refiere a esta actividad como *traer negocio*.

La relevancia de esta tarea es enorme, al punto que se encuentra en el centro de la visión de servicio a la comunidad asociada a las ferias libres. En consecuencia, la importancia de los medios que posibilitan este tipo de traslado es notoria.

Hoy en día, la mayoría de los feriantes son dueños de un vehículo. Éste corresponde generalmente a una camioneta o camión pequeño que es adquirido y mantenido con orgullo por sus propietarios. Aún es posible advertir, también, el uso de carretelas, que fueran el medio común para el traslado de la feria antes de la masificación de los vehículos motorizados. El vehículo propio es la mayor inversión de capital que hace un feriante<sup>14</sup> pues, en cierta medida, es lo que hace posible su trabajo. Sin duda existen formas de reemplazarlo, es decir, un feriante sin vehículo propio puede arreglárselas para trabajar y de hecho así ocurre. Pero hoy en día los camiones y camionetas cargadas de frutas o verduras son parte indudable del paisaje de la feria en cualquier espacio público. De hecho, los camiones estacionados alrededor de la feria completan el telón de fondo de la actividad e incluso da la sensación de que estuvieran cobijando, hasta cierto punto, al conjunto de puestos que conforman la feria. Siempre que es posible, se prefiere estacionar el vehículo justo detrás del puesto de modo que pase a formar parte del mismo, a modo de trastienda. El acceso fácil y directo a la camioneta permite usarla como bodega (de ella se van retirando las cajas para ir reponiendo la mercadería a medida que esta se acaba), como guardería o como superficie para apoyar objetos o sentarse. En estos casos el puesto se va a configurar alrededor del vehículo, cuya radio se enciende para amenizar el trabajo con música. Si no es posible estacionar el vehículo justo detrás del puesto, como ocurre la mayoría de las veces, los vehículos se agolpan en las calles que cruzan la feria y en sus extremos. De este modo, la acumulación de camiones en calles estrechas y el movimiento que se desarrolla alrededor de ellos anuncian la presencia de la feria a la distancia. La rueda es un verdadero símbolo del movimiento de la feria. Y esto no sólo alude a los vehículos motorizados, sino que

---

<sup>14</sup> Lo mismo ocurre al nivel de los *cachureros*, cuyo único capital de trabajo corresponde a un triciclo, el cual les ayuda a recolectar y trasladar los artículos que comercializan en la feria. (Márquez, 2004)

también hace de los llamados carretones de mano un elemento central en la labor de los feriantes y característico del paisaje ferial. El carretón permite el acarreo de los puestos (estructura y productos) a través de distancias más cortas. También se estacionan alrededor de la feria y son fundamentales para llegar a los lugares a los que los vehículos más grandes no pueden llegar cuando la feria está instalada. Sólo los carretones pueden circular por el medio de la feria, una vez que ésta ya está instalada.

Los carretones son el medio en que se acarrean y el soporte donde se guardan los puestos cada tarde, luego de terminada la jornada. Desde los primeros días de mi visita a las ferias comencé a preguntarme dónde iban a parar los carretones de mano, luego de que la feria se levanta. La respuesta no fue difícil de conseguir: éstos quedan guardados en algún local o sitio eriazo que esté disponible en el sector para arrendar. En Puente Alto hay habitantes del sector que se dedican a guardar los puestos y carretones en sus propias casas. En estos casos el servicio incluye el armado y desarmado de las estructuras cada día. Muchos de los feriantes optan por este servicio, que les permite llegar en su vehículo directamente a descargar los productos que serán ofrecidos ese día.

En fin, la jornada del feriante aparece así como un ir y venir de personas, productos y herramientas. Su trabajo diario es una coordinación de estos movimientos desde muy temprano en la mañana y hasta alrededor de las seis de la tarde, hora en que la feria *ya vino y se fue*. La permanencia diaria de la feria en un sector está marcada por dos etapas: la *instalación* y el *levante*. El paso de una fase a la otra no se da en forma abrupta sino que ambas se perciben como parte de un continuum que incluye un par de horas intermedias, las cuales no son parte ni de una ni de la otra fase. Esta etapa intermedia corresponde al período de mayor flujo de público en la feria, entre alrededor de las 12 y las 14 horas (aunque este horario varía levemente en relación a la ubicación específica de la feria). La instalación comienza antes de las seis de la mañana (puede incluso ser antes de las cinco) con los primeros movimientos en la calle de la feria. No todos los

feriantes llegan a la misma hora y, de hecho los últimos en llegar pueden hacerlo incluso pasadas las diez de la mañana.

La fase de instalación refiere, por supuesto, a la instalación de los puestos, proceso que se da de manera bastante relajada pero cuidadosa, pudiendo durar varias horas. La instalación no excluye, por lo tanto, la venta paralela de productos a los clientes que van llegando. De hecho me parece que la mayoría del tiempo en que la feria está en un lugar, se está instalando. La gente va llegando de a poco y la calle se va llenando de personas y de sonidos a medida que avanza la mañana. La feria va creciendo paulatinamente junto con el día, sin que uno note ni un quiebre ni un paso de una etapa a otra. Lo mismo ocurre hacia la hora del levante. No te alcanzas a dar cuenta cuando éste empieza, y de pronto resulta que hay un ánimo diferente: más movimiento en la trastienda de la feria y menos en el centro. De a poco los feriantes, sin dejar de vender y de conversar entre ellos o con sus clientes, van descolgando los ganchos con las bolsas, sacando los toldos que cubren el puesto, sacando los letreros con los precios, guardando de a poco en cajas la mercadería que, según observan, no se va a alcanzar a vender en el día. Y así, las personas que ocupaban la calle entre los puestos y que se detenían frente a uno o a otro comienzan a ser reemplazadas por los carretones de mano que se instalan enfrente para recibir una vez más al puesto que va siendo desarmado de a poco. Los motores de los camiones se ponen en marcha, se apagan las voces y el trajín que había hace algunas horas. La feria fue un movimiento y quienes de ella viven la trajeron y se la llevaron.

Al igual que como ocurre en relación a la historia de la feria, su funcionamiento diario pareciera intentar excluir todo tipo de quiebres o discontinuidades temporales. Al presentarse como un movimiento constante, la feria profundiza su vocación de continuidad y la integra al sutil y permanente encadenamiento de eventos familiares que es la vida cotidiana del barrio. Al mismo tiempo, el movimiento constante de la feria y los feriantes es también continuidad, pues la feria no sólo llega y se va, sino que – principalmente - vuelve a llegar... y se

vuelve a ir. Y quienes en ella trabajan conectan sus “ires y venires” en función del ir y venir que es la feria.

La actividad de *traer negocio* casi diariamente, como hemos dicho, ocupa un lugar central en la definición del quehacer del feriante. Antes de que el acceso al transporte motorizado se extendiera, la tarea era mucho más larga y adquiría las características de un viaje. Hace más de medio siglo, Don Raúl –antiguo feriante– siendo adolescente, demoraba alrededor de 15 horas en ir y volver entre Puente Alto y el centro de Santiago. Se trataba de un viaje en carretela que hacía con sus padres y el resto de quienes trabajaban en la primera feria de Puente Alto, dos veces a la semana. La vida de Don Raúl, quien trabaja en el rubro desde los ocho años, puede ser leída desde la perspectiva del viaje. Los distintos momentos que componen su biografía se estructuran en base a los recorridos diarios que hacía por la ciudad, ya sea en su camino a la escuela o en peregrinaciones para pedir favores a la Virgen de Lourdes, pero sobre todo, su vida es una descripción de los traslados que eran parte de su trabajo. Recuerda el recorrido exacto que hacía el *carro* (tranvía) que pasaba por su casa y aquel que hacía con su madre cuando iban juntos a trabajar a las ferias del centro de Santiago. Su vida puede verse como un ubicarse y trasladarse por distintos puntos de la ciudad.

La importancia de la condición móvil característica del trabajo del feriante, quién no se establece físicamente en un espacio propio para su trabajo sino que acarrea y lleva la feria continuamente hacia las personas, implica el reconocimiento de un esfuerzo adicional al cual un trabajador de este tipo está sometido. El trabajo en la feria es “sacrificado”, porque hay que madrugar para traer las cosas y tenerlas listas a tiempo para la clientela. También lo es porque se sufren las inclemencias del clima: las estructuras transportables con las que los feriantes arman sus puestos no los protegen completamente de la lluvia y el frío en el invierno ni del calor y el sol en verano. Además, siempre deben competir por el espacio público que ocupan y negociar las condiciones de su instalación con el municipio y los

vecinos inmediatos de la feria. Estos factores se cuentan entre las principales dificultades asociadas a su trabajo.

Su condición de movilidad, tal como ha sido descrita, nos permite concluir en este punto que la feria se realiza en base a un recorrido, a un itinerario. Nuestra vida cotidiana se realiza, también, como un itinerario que integra, por una parte, una topografía y, por otra, unidades de tiempo. La topografía corresponde a la superficie total de la vida cotidiana, determinada por la ruta, los contornos y horizontes que se suponen más o menos estables de nuestra existencia (Giannini, 2004). Las unidades de tiempo, los momentos, del itinerario de la vida cotidiana, nos permiten contar una pequeña historia para aferrar el sentido propio de la temporalidad humana, es decir, hace a ésta conmensurable. El movimiento que significa la vida cotidiana sitúa, entonces, en cada momento, a cada persona dentro de su propia historia y nos permite percibir nuestra vida como algo asimilable y comprensible. En definitiva, nos entrega un marco sobre el que podemos calcular y considerar nuestra existencia, pues sabemos lo que podemos esperar de ella. Cada evento cobra sentido en relación a los otros, pues no se trata de algo aislado sino que forma parte de “*algo*” más grande, forma parte de – una vez más- una realidad continua. Así mismo, el itinerario de la feria comprende eventos cotidianos y su naturaleza integra al barrio en un sentido común. Esto significaría que la experiencia de la feria permitiría a los habitantes del vecindario contar una suerte de historia común, para aferrar el sentido propio de sus temporalidades humanas, haciéndolas con-mensurables. Y esto no sólo en base al comportamiento de la feria y los feriantes, sino también porque las nociones de movimiento, trayecto e itinerario empapan y definen la experiencia concreta de cada persona que visita la feria, como describiremos a continuación.

Por la forma en que se sitúan los puestos que conforman una feria ubicada en la calzada, ésta siempre puede ser atravesada. Se abre en sus dos extremos hacia la calle en que está instalada y también está abierta en sus costados, en los puntos donde calles transversales la cruzan. De este modo, las vías de



desplazamiento y el flujo demarcado por el trazado de la calle no se interrumpen, más bien la feria los recoge y aprovecha.

Decimos que no se interrumpen, excluyendo, por supuesto, al tránsito automovilístico. De hecho, son los peatones y las personas que andan en vehículos no motorizados como bicicletas, quienes, al toparse en una esquina con una feria instalada, se “toman” la calzada para seguir circulando por ésta. La calzada pasará a ser, en el espacio de algunas cuadras, el corredor central de la feria. La calle por la que vamos caminando sigue estando allí, pero transformada en feria. Esta configuración contribuye a definir una característica básica de la feria y de su movilidad inherente: *por la feria se pasa*.

Quienes visitan la feria ocupan siempre la calzada, convertida en este corredor central con puestos situados uno al lado del otro y en ambos costados. Dentro del corredor no hay lugares para detenerse o para sentarse. Lo que los visitantes hacen es interrumpir su andar por la feria durante algunos minutos para comprar algo, para saludar o para tener una conversación *al paso* con algún conocido. Pero desde que uno entra en la feria, ésta te invita a recorrerla, a avanzar por el camino que configura, en la dirección que ella dispone. Durante mis primeras horas en cada feria, y en aquellos momentos en que decidía salir de los puestos para observar desde el corredor central, sentía la necesidad de recorrer la feria de un lado a otro pues me era incómodo estar detenida en el medio de la calle con la gente avanzando a mi alrededor. De aquí para allá y de allá para acá, observando lo que podía al pasar, parecía la única forma posible de *estar* en la feria, a menos que me cobijara detrás de un tablero, dentro de un puesto. Y es que así se da la dinámica en la feria. Desde los puestos, sitio de los feriantes, se espera y se observa el flujo: *lo que pasa*. A través del corredor, sitio de los visitantes, se camina, se recorre, se pasea: -una vez más- se está en movimiento.

Caracterizar esta movilidad de los visitantes es fundamental para entender la forma en que configuran su experiencia de la feria. Las personas que van a la feria

cada semana realizan, como base de esta actividad cotidiana, un recorrido. Cada persona, cuando visita la feria de su barrio, tiene un recorrido propio. Este recorrido está configurado por los puestos específicos que cada semana se va a visitar y que dependerán de las relaciones de *casería* que establezca. Así, cada persona tiene, por así decirlo, una rutina de la feria. Se entra a la feria por un mismo lugar cada vez y se *pasa* por los puestos de, por ejemplo, el casero de las verduras y la casera de las frutas. En este mismo recorrido se integran los puestos de otros rubros a los cuales se pasa según la necesidad de comprar o simplemente para saludar. Se puede incluir también un paseo por la *cola* para *cachurear un rato*, entre otras cosas. El recorrido regular que los visitantes hacen de *su* feria tiene una dinámica de ida y vuelta. Desde su puesto cada feriante reconoce a sus clientes al pasar y conoce su recorrido, de modo que, al ver pasar a su casero o casera en una dirección, sabe que a la vuelta es seguro que pare a comprarle. Generalmente los saludos desde el corredor central de la feria hacia los caseros en sus puestos van acompañados de un compromiso de pasar a la vuelta.

También es posible que algo se compre a la ida y se pase a buscar a la vuelta, quedando mientras tanto guardado en el puesto donde se compró, que algo se pase a pagar a la vuelta o que a la vuelta se pase a buscar el cambio. Esta dinámica permite además que, por ejemplo, cuando un visitante capta una oferta o un producto que sea de su interés, pueda esperar hasta la vuelta para decidirse a comprar, dependiendo, por ejemplo, de cómo rinda su presupuesto diario o de lo que encuentre más allá. En definitiva, en cualquier feria es común escuchar frases del tipo “a la vuelta paso”, “a la vuelta se lo tengo” o “a la vuelta nos vemos”, las cuales nos recuerdan que estamos en medio de una actividad que es flujo y movimiento, y que a quienes vemos andando entre los puestos, son personas que van y vienen siempre por ese lugar.

Lo que resulta de esta serie de observaciones es que, para la gente, su experiencia de la feria es parte de su vida cotidiana y, como tal, es concebida en

términos de un recorrido o itinerario. Además, lo que cada persona observa en la feria -en la feria misma, en el trabajo de los feriantes y en las visitas de todos quienes participan de ella- son itinerarios a su vez. Como hemos expresado anteriormente, el hecho de que la experiencia en la feria comparta los esquemas propios de la vida cotidiana nos lleva a sospechar que, de algún modo, ésta incluye los itinerarios de todos quienes la integran, permitiendo a quienes viven en el barrio pensarse en términos de una historia común, de una experiencia común, de un sentido común. En otras palabras, permite a quienes integran el barrio el considerar su existencia dentro de un marco común de sentido y de una experiencia compartida.

Y poder hablar en estos términos significa que nos hemos adentrado ya en el terreno de las identidades. Significa que la feria, con las características propias de su operar, nos sitúa en la esfera de la identidad. Pues los esquemas de la vida cotidiana corresponden, en definitiva, a aquel modo de habitar el mundo en función de un salir y volver a sí, movimiento que permite la reflexividad del ser humano (Giannini, 2004), ya que un movimiento continuo, rutinario, como éste resulta en “una suerte de absorción de la trascendencia del futuro (...) en la normalidad de un presente continuo e idéntico a sí” (Giannini 2004: 42). En otras palabras, que nuestra existencia se vuelva abarcable significa que podemos pensarnos, concebirnos a nosotros mismos como una continuidad. Así mismo, las idas y vueltas que componen la experiencia de la feria incluye a quienes de ella participan, en esquemas significativos que comprenden movimientos como el de volver a sí, reflexionar sobre sí mismo, pero esta vez orientados hacia el *nosotros*, pues se trata de una experiencia común. En otras palabras, **la experiencia de la feria nos sitúa, literalmente, en la reflexión y el diálogo sobre la identidad colectiva**. Se trata de una suerte de dialogo inmediatamente situado respecto de la identidad del lugar.

#### **4. ¿Quiénes somos?, ¿Cómo somos?**

La reflexión que genera nuestra observación en los términos anteriormente descritos nos hace, en este punto, preguntar a la feria por las características del grupo humano que se identifica con ella –y que se identifica en ella- Esto significa un intento por descubrir de qué manera la feria va configurando una idea más concreta del nosotros o, en otras palabras, cómo se configura en la feria el barrio como una comunidad. Y es que la noción de patrimonio que hemos tomado en consideración como punto de partida incluye la idea de comunidad, pues la forma en que una manifestación opera patrimonialmente implica su reconocimiento como imagen simbólica de la comunidad y, al mismo tiempo, su selección como recurso para definir su identidad. Un primer paso en esta dirección consistiría en caracterizar el tipo de relación que se construye entre los participantes de la feria.

En sus idas y venidas, la feria genera la convergencia de un importante número de personas en un mismo lugar. Y desde un primer momento nos preguntamos en qué medida, de qué forma y hasta qué punto, existe un vínculo entre ellas. Por la feria pasa mucha gente, especialmente los fines de semana, de manera que uno se encuentra de pronto perdido en medio de una multitud ruidosa y dinámica, formada por personas de diferentes edades, modos y actitudes y que además, pareciera, se encuentran realizando acciones diversas. Por el pasillo central de la feria hay gente que acarrea bolsas, carritos o cajas con productos; personas que pasan apuradas abriéndose paso entre la gente y otras que pasean pareciendo no tener un rumbo fijo; niños que corren tras sus amigos; señoras que observan con curiosidad o asombro lo que van encontrando en el camino y otras ensimismadas y sumidas en pensamientos propios; gente sola o amigos que van conversando; hombres que conversan delante de un puesto y otros que pasan por cada uno de los puestos para dar un aviso o anotar algún dato; cantantes, vendedores de golosinas, personas que parecen no estar haciendo nada en especial.

Especialmente en los horarios más concurridos, la feria adquiere la configuración sensorial propia de cualquier aglomeración de gente: en un espacio más o menos reducido confluye una gran cantidad de actividad que se presenta a cada uno de los participantes como un bombardeo de información visual, auditiva y olfativa. Entre tanta información que se nos ofrece, cada quién logra fundir y convertir en un telón de fondo la totalidad de rostros y palabras, funcionando todos ellos, ahora como parte de un contexto que exagera nuestro ánimo y nos sitúa, cualquiera sea nuestra actividad, en medio de un océano de vida y de propósitos que se extiende hasta más allá de donde pueden llegar nuestros ojos. Una primera mirada hecha en este contexto dificulta la tarea de reconocer un vínculo comunitario –o de cualquier otra especie– entre la concurrencia, pero basta familiarizarse un poco con el lugar para darse cuenta de la densa red de relaciones que se desarrolla a nuestro alrededor.

Como es lógico, el contexto de la feria configura distintos tipos de relación cotidiana entre quienes en ella convergen. La convergencia en la feria, y las relaciones a partir de las cuales se ordena y manifiesta, tienen una lógica y un propósito –primario o superficial, si se quiere– basado en el comercio o el intercambio. Pero en ningún caso describir el propósito de la gente que acude a la feria es tan simple como asociarlo sólo al comprar o vender. En primer término porque, como ya hemos descrito más arriba, la feria incluye a un número importante de personas que están ahí con motivos diferentes a la compra-venta. Pero sobre todo porque, si bien es cierto que la relación nuclear de la actividad ferial –la relación de *casería*– puede ser tipificada como una relación de compraventa, esta difícilmente se agota en dicha descripción. Y esto es así ya que la relación entre caseros es parte de un conjunto vínculos entre personas que adquieren expresión propia y sentido sólo dentro –o como parte de– el lugar constituido por la feria.

De entre todos los intercambios - ya sea de productos o de servicios - que tienen lugar en la feria, el que se da entre el feriante y su cliente es el único que adopta

explícitamente, como parte de la comunicación que implica, elementos formales propios de una negociación y acuerdo comercial. Una interacción típica en este contexto incluiría el preguntar acerca del precio -y en algunos casos sobre la calidad- de los productos, la declaración de lo que se escoge y luego, por parte del feriante, el cálculo e información del total a pagar, inmediatamente seguido por el pago y la entrega de los productos. Pero, a diferencia de lo que ocurre con este mismo tipo de interacción en otros contextos, en la feria esta negociación y acuerdo inmediatos y explícitos no agotan la relación entre las partes. Por el contrario, y como característica fundamental de la experiencia ferial, ésta interacción diaria es parte de -y está condicionada por- una negociación y acuerdo subyacentes y a largo plazo. Además, este tipo de relación incluye muchos otros factores que entran en juego, y cuya naturaleza comercial pura se desdibuja e incluso desaparece o pasa a segundo plano. Esta realidad puede ya irse adivinando cuando observamos que la interacción diaria normalmente incluye significativamente más elementos que los descritos arriba –asociados a la elección y pago de los productos– los cuales, en este caso, se alejan completamente de las formas de una interacción comercial.

Observando detenida y repetidamente los encuentros entre caseros, que conforman el núcleo de la actividad que configura la existencia de la feria, nos da la sensación de que la parte explícitamente comercial de la interacción resulta un tanto molesta para las partes, como si se tratara de un mal necesario. O más bien, nos parece que a nadie acomoda el tener que hacer explícita la naturaleza comercial de la interacción. La exacerbación de esta dimensión no es bien acogida: no es bueno preguntar mucho por el precio ni por la calidad de los productos y mucho menos mostrarse disconforme con alguno de ellos, del mismo modo no hay mucho lugar para el regateo o la discusión sobre los precios. Pero por sobre todo, entre los feriantes resulta irritante un cliente que se limita a exigir atención rápida, pagar por su compra e irse sin más, negando todo vínculo personal.

Dejemos por un momento de lado la relación de “casería” para detenernos en otro tipo de vínculo que se da en la feria, y para el cual la manifestación patente del contrato comercial informal se encuentra casi totalmente excluida de la interacción diaria. Y aquí nos referimos a la importante red de servicios de trabajo prestados a los feriantes. Una de las primeras cosas que llaman la atención cuando comenzamos a sumergirnos en las dinámicas cotidianas de la feria libre, es que alrededor de la actividad del feriante aparece una serie de personas que participan del funcionamiento de la feria. Como hemos enunciado más arriba, además de los feriantes y *coleros*, mucha otra gente se gana la vida gracias a la feria. Para empezar, y sobre todo los días de mayor afluencia de público, la mayoría de los puestos cuentan con ayudantes para la atención de público. Como es lógico, los ayudantes muchas veces son los mismos hijos o familiares del dueño del puesto, pero también pueden ser personas ajenas a la familia. Se paga a los ayudantes por jornada (con excepción de quienes son parte del hogar de los dueños del puesto). Cabe destacar, eso sí, que –en concordancia con los principios descritos más arriba– sólo se adopta como ayudante a quién tenga un vínculo previo con el dueño. Además de los ayudantes, los feriantes cuentan con personas (generalmente hombres jóvenes) que les ayudan a tirar de los carretones y armar/desarmar los puestos o a descargar y cargar los camiones. Durante las horas en que la feria está instalada, estas personas permanecen dentro de la misma y complementan sus servicios hacia los feriantes pasando recados o trayendo encargos, en fin, ayudando donde ellos consideren que es posible ayudar. No es raro entonces, que en determinado momento entre al puesto una persona –entre comillas– ajena, a saludar o conversar y que, de paso, atienda a un cliente, acomode la mercadería, se ponga a lavar el vehículo del dueño, etc. Este tipo de relaciones son extremadamente informales y familiares: jamás me tocó escuchar una negociación o un acuerdo respecto a este tipo de prestación de servicio, ni siquiera se usa ofrecerlo y si un feriante necesita solicitar un servicio especial en un momento determinado lo pide como un favor.

En la feria de Santiago, el “Chicha”, llega todas las mañanas al alba al sitio de la feria y comienza a descargar los camiones a medida que van llegando. Él sabe de antemano de qué camiones debe ocuparse y no es necesario ofrecer su ayuda a los dueños ni acordar con ellos los términos de la prestación. Asegura que esto es así debido a que *ya se conocen*. También dice que “se hace” alrededor de \$15.000 todos los días. El pago por el servicio no se realiza en forma inmediata, sino que ocurre de manera diferida y en la forma de una propina. Otro tipo de actividad muy importante en el quehacer diario de la feria corresponde a la que realizan quienes ofrecen a los feriantes servicio de desayuno. Los carros de desayuno son estructuras móviles que avanzan por el pasillo central de la feria y se encuentran artesanalmente acondicionadas para proveer de sándwiches y brebajes calientes a las personas en sus puestos. Cada feriante compra todos los días su desayuno al mismo proveedor (generalmente hay más de uno por feria). Durante el transcurso de la mañana, el proveedor del desayuno se detendrá frente a su puesto y entregará al feriante su opción preferida. Más tarde, hacia el final de la jornada, el vendedor de desayuno volverá a detenerse junto al puesto, esta vez con un cuaderno en vez de su carro, para recibir el pago por sus servicios. Una dinámica similar se da entre los feriantes y vendedores de productos lácteos que pasan también por la feria con carros llenos de mercadería. En este caso la misma persona puede volver a la feria otro día de la semana para cobrar. El pago diferido, observable en estos casos, es una constante que llama la atención, o al menos despertó nuestra curiosidad en un primer momento. Por último se observan otro tipo de actividades como, por ejemplo, la realización de las rifas diarias o la participación en pollas. Estas implican que en algún minuto del día pasará por el puesto una persona a quién, junto con saludar, se le hará entrega de algo del dinero de la caja. Una vez más no se explicita el monto o se ofrece nada. El saludo basta para que la transacción se haga. Los términos del contrato están determinados como parte de una relación a largo plazo que va más allá de la pura interacción comercial. Este tipo de relación tiene en cuenta, sobre todo, el hecho de que se trata de algo que ocurre entre dos conocidos. Y pareciera fundamental hacer que eso quede claro en la relación diaria, siendo el pago diferido una forma



de hacerlo patente. Muestra que la relación trasciende el instante mismo del intercambio, va más allá. El intercambio aparece, entonces, como algo que se da naturalmente entre las partes, o como si no pudiera ser de otro modo. Y, por supuesto, como elemento central de esta apreciación está la idea de la confianza mutua y vínculo interpersonal (la lógica del don).

La relación de “casería” funciona en este mismo sentido, aunque por razones logísticas no sea posible esconder del todo la negociación del intercambio. Al menos, y como hemos visto, se espera que esta pase a un segundo plano. De hecho, para feriantes y clientes, la interacción diaria y la relación que se crea a largo plazo entre ellos es sumamente importante, y reconocida como un valor agregado de la feria frente a otro tipo de espacios de consumo. El casero ideal, para los feriantes, no es necesariamente el que más le compra sino el que mantiene con él una relación larga y duradera. Por parte de los feriantes esta relación implica, en primer lugar, el conocimiento y trabajo sobre los gustos y preferencias individuales de cada uno de sus clientes. Esto significa un esfuerzo permanente por recordar elementos tales como el número de personas que conforman el hogar de un cliente, si tiene niños, si vive con alguien mayor de edad o con alguien enfermo, elementos que probablemente influirán en sus hábitos de compra. Es común ver que el feriante elige para su cliente la fruta o la verdura teniendo en cuenta sus preferencias: si le gusta pequeña o más grande, si la necesita madura o más verde para la semana. En Quinta Normal, específicamente en el sector donde se ubica la feria visitada, ha habido un desarrollo inmobiliario importante durante los últimos años y, por supuesto, los feriantes reconocen que llega gente nueva a comprar. Es importante para ellos, según comentan, comenzar a conocer quiénes son estas personas, para poder ofrecerles lo que necesiten. No es extraño ver que incluso los feriantes consiguen para algún casero o casera particular algún producto que no venden normalmente, pero que una vez a la semana adquiere en forma especial para él o ella. Esto constituye un beneficio reconocido por los clientes quienes incluyen entre las razones para ser fiel a su casero el que éste le dé siempre lo que le gusta. No es raro, en este

sentido, que exista como una práctica común para muchos de ellos, el exigir ser atendido siempre por la misma persona y no por cualquiera, aunque trabaje en el mismo puesto.

Pero el querer conocer sus preferencias no es la única razón por la cual el feriante tiene interés en saber quiénes son sus caseros. El trabajo en un puesto de feria incluye, como parte fundamental, el estar disponible para escuchar a la gente. Los feriantes comparan esta actividad con la del terapeuta, en el sentido de que la gente necesita desahogarse y contar a alguien sus problemas como una forma de sanación. Su deber es estar siempre ahí para escucharlos y, de hecho, si algún día no van a trabajar, esperan recibir a la semana siguiente una queja por parte de los caseros que esperaban encontrarlos. De este modo, es común que la compra se convierta en conversación, en intercambio de novedades o de consejos. En vida social y sociabilidad.

En general, entre caseros se forma una relación a largo plazo, de carácter múltiple y vinculante. Por lo mismo no está exenta de obligaciones, especialmente en lo que refiere a la fidelidad. Ésta se espera por ambas partes. Se espera que el feriante llegue, que esté. Se espera que el cliente pase a comprarle. El feriante, de hecho, exige a su casero que compre en su puesto y no permite que le “ponga el gorro”. Además, se enoja si ve que uno de sus caseros pone demasiada atención a los precios o se muestra dudoso respecto de la calidad de los productos. Por su parte, el cliente considerará una ofensa personal que su casero le imponga precios excesivos o le venda productos de mala calidad. En tal caso, no dudará en hacérselo ver la semana siguiente. Para estos casos existen las *compensaciones*, que consisten en una rebaja en el precio de algún producto en futuras compras<sup>15</sup>. Como complemento, también es muy común el intercambio de regalos y la utilización de la *yapa*. De este modo, la relación de confianza se va configurando a través del tiempo y no se juzga en base a una sola transacción. Se trata

---

<sup>15</sup> Las compensaciones se dan también entre los feriantes y sus proveedores. De hecho, la necesidad y posibilidad de implementarlas con sus clientes es consecuencia de lo que ocurre en este primer nivel.

propriadamente de una relación que deriva en un vínculo, mediada por la lógica del don y la reciprocidad. De todas maneras, una relación de este tipo admite excepciones en función de la situación particular en que se encuentre una de las dos partes, por ejemplo, si el cliente cae en desgracia y pierde la posibilidad de comprar lo que acostumbraba, esperará la comprensión de su casero y éste, seguramente, no dudará en brindarle ayuda regalándole algunos de sus productos.

Entonces, cuando la gente se encuentra en la feria, pareciera ser que existiera un esfuerzo especial por hacer explícito en cada interacción específica –sea esta entre quienes sea– el hecho de que ésta se encuentra enmarcada en relaciones que van más allá del momento específico en que ocurre cada encuentro. Así como todo en la feria, las relaciones se interpretan en función de la idea de continuidad, se encuentran enraizadas en la profundidad del tiempo pasado (incluso se heredan), vuelven a ser cada día o cada semana. Están incorporadas al tiempo y al movimiento de la feria, a la experiencia de lo cotidiano. Exigen definirse constantemente como expresión de la vivencia común, del compartir un mismo espacio, de la proximidad cotidiana y, por lo tanto, son de naturaleza comunitaria.

Ahora bien, junto con describir la naturaleza del vínculo que configura la feria, pareciera necesario asociar algunas características propias del agregado humano que, en función de este tipo de vínculo, aparece. Sobre todo si es que queremos –teniendo en cuenta las consideraciones planteadas al comienzo del presente capítulo– profundizar en las preguntas que la idea del patrimonio hace a la feria. En este sentido, nos queda referirnos a aquellas características de la feria que describen al modo de ser en la feria. Esto respondería a un afán por caracterizar, de algún modo, al contenido de la identidad a partir de la pregunta sobre ¿cómo somos?

En base a lo anterior, comenzaremos diciendo que, visitantes y vendedores incorporan la noción de que en la feria se ve de todo, pues es un espacio abierto a

la expresión humana. Básicamente, estas ideas corresponden a un reconocimiento de que, en la feria, la gente se comporta de un modo particular y, por lo tanto, habría cosas comunes de ver en el contexto de la feria y que difícilmente se verán en otras partes. Se trata de un modo particular de ser, de una forma de manifestarse, de un determinado estado de ánimo. No se trata de una forma de expresarse que sea exclusiva de la feria, pero sí de una que es característica de este lugar. Esta forma configura, a nuestro parecer, el *modo de ser* en la feria.

Parece correcto hablar, de aquella posibilidad que se da en la feria y que refiere a un complemento entre la sensación de encontrarse en medio de mil voces y mil rostros anónimos, y aquella que nos sitúa en ese mundo de reconocimiento y familiaridad de la interacción cotidiana. De hecho, un recorrido por la feria hace patente el hecho de que el anonimato que se vive ordinariamente en cualquier calle de la ciudad por la que pasemos, se debilita en alguna medida en la feria.

Consideremos, para empezar, las características físicas del lugar, que nos obligan a desfilas por delante de una o dos hileras de puestos abiertos hacia el pasillo por el que tenemos que avanzar, para llegar a nuestro destino dentro de la feria, sea éste cual sea. Esta disposición nos ubica siempre dentro del alcance visual de los feriantes, que también están ubicados de modo que entre ellos se pueden percibir, visual y auditivamente, sin problemas. Durante mis primeros recorridos por la feria -vagabundeos improvisados para curiosear, matar el tiempo o esperar que algo interesante ocurriera- me uní al resto de los visitantes que circulaban hacia uno u otro extremo de la misma. Pensé que era la estrategia perfecta para cuando quisiera observar el lugar sin que nadie reparara en mí. Luego de caminar un par de veces de ida y vuelta, me dio la sensación de que eso no era posible, al pensar que, seguramente, los feriantes habían reparado en mí al verme pasar varias veces frente a su puesto. Y es que ellos demuestran efectivamente estar siempre pendientes e integrados a lo que ocurre alrededor de ellos y en la feria en general. Desde luego, esto quedó comprobado más adelante cuando me tocó vivir la feria

desde dentro de los puestos. Más temprano que tarde, aunque te encuentres en un espacio tan público como lo es la feria, dejarás de pasar desapercibido entre la gente. Aunque lo busques, no hay un lugar para el anonimato dentro de la feria.

Y no es sólo la disposición física de la feria lo que te arranca del anonimato y te integra al contexto, sino que, sobre todo, lo es la comunicación verbal. Si estás dentro de la feria, probablemente te toque ser integrado a una conversación, o más bien a un comentario público y abierto sobre lo que está ocurriendo. En algún momento, desde algún puesto alguien hará un comentario a viva voz sobre, por ejemplo, alguna persona que va pasando: *¿Adonde vai viejo feo?, ¡Estas viejas no compran nada!, ¿Qué le pasa al niño?, ¡Tan apuradas que van las lolas hermosas!* Estos comentarios, que generalmente corresponden a bromas, provocan risas entre los visitantes y compañeros de los puestos vecinos, y, por supuesto, respuestas de los aludidos o de cualquiera que haya escuchado, una *talla* de vuelta o un saludo al reconocer a quién te ha interpelado. Este tipo de interacción es parte fundamental del ambiente acústico tan característico de la feria. A la feria se le reconoce un sonido característico que es parte del ambiente dentro de la misma. En el fondo, como en cualquier lugar al que concurre mucha gente, se trata más bien de una superposición de sonidos: un ruido de motor, una radio encendida, un perro que ladra, un niño que llora a lo lejos y un millón de voces irreconocibles que se entremezclan y confunden. Pero el sonido de la feria incorpora permanentemente a aquellas expresiones que se desenmarcan del rumor constante de la conversación privada y sobresalen provocando esto que hemos llamado el comentario público, la conversación abierta a todos en la feria. La más característica expresión de este tipo corresponde a los gritos de los feriantes, o frases especiales que cada uno de ellos adopta para llamar a la gente a comprarles. Ellos contribuyen a romper con los espacios de silencio y a integrarnos al diálogo, a la interlocución constante que es la feria.

Por lo tanto, cuando creemos estar perdidos en medio de una multitud indiferenciada y anónima, a cada minuto alguna voz se alza por sobre las demás y

nos integra en una intención común, recordándonos que estamos en la feria. El contexto de feria te obliga, tarde o temprano, a matizar el telón de fondo difuso de la aglomeración, pues, como hemos dicho también, es reacio a permitir el anonimato.

No todos, pero muchos feriantes ofrecen sus productos a viva voz y con una entonación característica e inconfundible. Los gritos de este tipo, que llaman a la clientela a comprar determinado producto, son reconocidos transversalmente como típicos de la feria (además son extrapolables al comercio callejero en general) y contribuyen como elemento central a crear el ambiente ferial. Escuchar un grito de este tipo a lo lejos o aislado de su contexto seguramente hará a los habitantes de la ciudad evocar la feria de inmediato. Y es que la feria es un lugar ruidoso en esencia, siendo parte de la misión de sus sostenedores el no permitir que nunca quede en silencio. Ya sea en la forma de una invitación a acercarse, un *piropo* o comentario amable, o recurriendo a la broma improvisada, los feriantes están permanentemente lanzando hacia delante y situando en el espacio auditivo compartido, el habla pública de la feria. Sobre todo, esto permite integrar a todos quienes escuchen, a la misma frecuencia por unos segundos. En el comentario público participan todos, pero es sostenido principalmente por feriantes y por trabajadores de la feria. Repasemos un par de ejemplos: En Santiago, la abuela María ofrece sus productos en voz muy alta diciendo “Lleve ensaladas fresquitas, son fresquitas mis ensaladas”, frente a ella pasa el *Chicha* y protesta a viva voz diciendo “¡No grite tanto señora! ¿Acaso cree que está en la feria?”. Todos alrededor reímos. La señora María le responde que mejor se dedique a trabajar. En Quinta Normal, desde hace algunos años pasa por la feria un colombiano vendiendo golosinas en un carrito. Es un día martes y el domingo anterior el equipo de fútbol de la Universidad de Chile ganó el campeonato nacional, por lo que dicho vendedor pasa felicitando a los *chunchos*. Es tan histriónico en su saludo que nadie deja de mirarlo y sonreír. De pronto agrega a sus felicitaciones el dato de que para lograr el gran triunfo, el equipo había contado con la ayuda del árbitro. Los *colocolinos* celebran esta ocurrencia mientras que los simpatizantes

del equipo ganador lo hacen callar e insultan. Todos terminan riendo mientras el vendedor sigue su camino. Esperanza, en su puesto de frutas, se queda conversando sobre fútbol con la casera a quién atendía en ese momento.

El *modo de ser* de la feria o *modo de ser en* la feria, del que hablábamos más arriba, tiene que ver con esta forma de expresión que hace aparecer constantemente al individuo *frente* a los demás, integrándolos y separándolos, de este modo, del espacio del anonimato. El modo de ser de la feria está profundamente encarnado en la personalidad del feriante. Para trabajar en la feria es necesario tener -o haber desarrollado- un tipo de personalidad. La feria no es lugar para los tímidos. El feriante es, -o al menos el buen feriante debe ser- extrovertido y ocurrente. El feriante es dicharachero, “no puede quedarse callado”. Sobre cualquier tema que uno le proponga él o ella tiene algo que decir, “y si no lo sabe lo inventa”. Una forma de ser de este tipo como propia de los feriantes, es la que hace de la feria un lugar alegre; y es que un feriante típico, además de tener “facilidad de palabra” posee también una alegría innata. Además de tener esa disposición permanente para gritar y comunicarse con todos, tiene la “talla a flor de labios” y una disposición permanente para reír y hacer reír.

Para ser feriante, entonces, hay que tener o desarrollar esta forma de ser (*habitus*). Las familias de feriantes tienen esto muy claro. Una madre o padre que trabaja en la feria reconoce en algunos de sus hijos la predisposición a heredar el oficio. Generalmente sucede que alguno de sus hijos no disfruta acompañándolo a la feria y la razón que se identifica para esta falta de motivación tiene que ver con su personalidad reservada. Para trabajar en la feria ésta tiene que gustarte, debes sentirte cómodo en ella. La comodidad que uno siente dentro del ambiente ferial es algo que se identifica en una persona desde muy joven y depende de la posesión o no de un tipo de personalidad fuerte.

A pesar de que puede ocurrir, por supuesto, que alguien nacido en una familia de feriantes pueda no tener la personalidad necesaria (y con ella la predisposición)

para ejercer el oficio de sus antecesores, también es cierto que el hecho de que tus padres trabajen en la feria es un factor determinante en el caso que decidas dedicarte a lo mismo. Para los feriantes está claro que no es para nada lo mismo haber llegado a trabajar a la feria un día, que ser “nacido y criado en la feria”. Un niño nacido y criado en la feria acompañó a su madre, a su padre o a ambos desde muy pequeño a su trabajo. Se le acomodaba para dormir dentro de canastos de verduras o cajones vacíos y siempre estuvo rodeado de gente. La forma de ser del feriante es algo que se daría naturalmente entre estos niños. De este modo, dirá Don Luís que una persona nacida y criada en la feria “tiene un carisma especial para tratar con la gente. Aprendió de guagua la talla a flor de labios, es amena y tiene chispa. Sabe aprovechar todo esto para atraer a los clientes. Nació con gracia para atraer con sus gritos y exhibir bien sus productos. Además saben regatear y estimular a las personas para que les compren”

La personalidad fuerte del feriante lo hace ser franco y abierto con todo el mundo, y por lo mismo a no restringir la expresión de sus emociones o el hacerse notar. Por eso el feriante es también atrevido y puede, en muchos casos, parecer grosero y hasta agresivo. Esta posibilidad es la que condiciona la imagen del feriante y a partir de ella se configura el prejuicio y el estigma creado hacia su labor. Según los trabajadores de las ferias, el término feriante o *feriano* ha pasado a tener una carga peyorativa y algunos prefieren el término “comerciantes de feria libre”. Y es que en la feria lo que menos se guarda es la compostura. Debido a todo esto que hemos venido detallando, en la feria no se guardan las apariencias sino que es un espacio para que la gente se exprese tal cuál es y diga lo que quiera decir. A eso se refiere la gente cuando afirma que en la feria se ve de todo: existe la noción de que para la feria no existe un código de conducta esperado. La conducta en la feria se opondría a lo que es la cautela y la moderación, como disposiciones inversas al descaro o a la imprudencia, pero por sobre todo a la exteriorización, a la asequibilidad, a la apertura.



Como decíamos al principio, la feria es un lugar que lo invita a uno a salir de sí mismo y del anonimato. Así como en la feria los feriantes expresan, dejan salir su personalidad y sus emociones, los visitantes también son invitados a salir, a encontrarse en el afuera y con el afuera. Si no hubiera feria -según nos han comentado- mucha gente se quedaría encerrada en sus hogares, especialmente en el caso de las dueñas de casa, los jubilados y los niños. La feria permite a estas personas literalmente salir de sus casas y les da la oportunidad de pasear y de encontrarse en un lugar donde el modo de ser de los feriantes incluye a todos en esta interlocución pública y permanente. De este modo, la feria te hace aparecer frente a los demás. Quien va a la feria debe estar siempre dispuesto a que le griten, a ser interpelado, a que le tiren una talla, un piropo o a que le incomoden.

Se trata de características que son reconocidas por las personas que van a la feria y que, aunque no las reconozcan como propias de su personalidad, sí las reconocen como características del ambiente que hacen suyo, como parte de sus interacciones cotidianas y saben interpretarlas y actuar en consecuencia. Responder a los piropos, no hacer caso de las burlas, tomarse con humor los comentarios o saber cuándo responderlos son formas que la gente tiene incorporadas por ser parte de la feria, y constituyen parte de la identidad porque la gente puede reconocerse en ellas.

Ahora bien, estas características, este modo de ser, son propias de la feria en general. Cuando intentamos dilucidar si cada feria representa al barrio específico donde se instala y de qué manera lo hace, nos encontramos frente a una disyuntiva mayor. En otras palabras, resulta mucho más difícil reconocer un discurso determinado sobre *lo que somos* en cada barrio, representado en su feria. A pesar del profundo nivel de arraigo entre la feria y el barrio que hemos descrito más arriba, pareciera ser que no existe un discurso en la feria respecto al barrio específico del que forma parte. Este tipo de constataciones, que aparecen como contradictorias, son las que nos llevan a reflexionar acerca del concepto

mismo de patrimonio y sus alcances pues induce en nosotros preguntas como ¿Puede ser la feria patrimonio del barrio aún cuando no configura una identidad específica para el mismo? En el siguiente capítulo daremos espacio a reflexiones como ésta, intentando una revisión de la idea de patrimonio a la luz de nuestra experiencia en la feria libre.



## Capítulo III: De la Feria al Patrimonio

### 1. Preguntas al Patrimonio

La búsqueda de lo patrimonial en la feria nos ha orientado a la hora de pensar las preguntas que hemos hecho durante el trabajo de campo. Pero el aporte de dicha guía no sólo nos ha permitido entrar en el universo de las ferias sino que nos ha situado en medio de la reflexión sobre la idea misma del Patrimonio Cultural y sus alcances. Las preguntas que hiciéramos a la feria desde el patrimonio, más que permitirnos configurar respuestas definitivas, nos han permitido abrir hacia él un conjunto de nuevas interrogantes.

De hecho, el concepto de Patrimonio – especialmente en su variable cultural y más aún en su dimensión intangible - no es uno que se encuentre definido unívocamente. Su definición ha sido acompañada, desde el inicio, por un movimiento de redefinición y reconcentración de los discursos referidos al mismo, que ha ido tomando forma en la legislación de varios países, así como en las convenciones internacionales y en el marco del debate académico sobre el tema. (García Canclini 1999:17). Esta discusión ha significado, sobre todo, un proceso de ampliación y complejización del concepto de Patrimonio. Se trata de un desarrollo teórico estructurado a partir de la apreciación, cada vez más aceptada, de que el patrimonio no puede restringirse a sus manifestaciones tradicionales. En

consecuencia, en la historia de la reflexión sobre el patrimonio cultural, su conceptualización se ha ido abriendo hacia la consideración de realidades más diversas y complejas.

Entre las manifestaciones tradicionales del patrimonio cultural encontramos un gran número expresiones arquitectónicas y monumentales, cuya realidad material no es posible dejar de apreciar y de admirar como testimonios de un pasado que encuentra, en ellas, su expresión en el presente. De naturaleza similar, encontramos otro tipo de obras del quehacer humano, como podrían ser, por ejemplo creaciones artísticas de amplio reconocimiento en el presente. En estos casos, la relación entre pasado, presente y futuro, tal y como la hemos revisado, es clara. La especificación de una dimensión de pertenencia completa la atribución de valor, constituyéndolos en símbolos de identidad nacional o regional.

Para lograr esto, una manifestación patrimonial y un agregado social se vinculan en una relación unívoca. En estos casos, el valor patrimonial pareciera incluir como requisito la reducción de la densidad de significados, pues esta implicaría necesariamente incluir incongruencias, divergencias, etc. Es decir, un bien patrimonial tangible, fácilmente identificable en base a un sustento material con características distintivas propias y límites estables, transforma su valor de modo tal que pasa a *simbolizar* a un agregado humano al cual se intenta atribuir iguales características, gracias a los procesos de *patrimonialización*.

#### Pregunta por la expresión material

La materialidad de un bien patrimonial tradicional podría resultar, según esta mirada, esencial para su uso como símbolo, pues permite condensar en ella un sinfín de significados. Pero en este sentido, la feria opera de manera inversa. Su manifestación material pareciera ser de un tipo especial, uno que aparece como reacio a ser fijado de cualquier modo. Por el contrario, la naturaleza móvil de la feria implica para ella un sustento material muy limitado. Para la feria no podría ser

de otro modo, no puede reducirse a ninguno de sus componentes ni ser representada en alguno de ellos. La expresión material de la feria no se sustenta en sí misma como un bien patrimonial, pues es inseparable de la experiencia cotidiana y concreta de la que es parte.

Del mismo modo, hoy en día el valor patrimonial no sólo es reconocido en expresiones materiales sino que se ha incluido la categoría de patrimonio cultural inmaterial (PCI) Pero, más aún, se ha reconocido que la expresión material de un bien patrimonial, cualquiera sea su naturaleza, es inseparable de su componente intangible. Esto hace a la subdivisión antes mencionada – aunque útil para organizar el tratamiento que se hace del tema – un tanto relativa y arbitraria (Kirshenblatt-Gimblett 2004; Kuutma, 2009). El patrimonio intangible es inseparable de los mundos materiales y sociales de las personas. Al mismo tiempo, el patrimonio tangible tiene una dimensión intangible, sin la cual se convertiría en una materia inerte. Incluso, en un sentido epistemológico, todo patrimonio sería intangible, ya que de este tipo es la naturaleza del valor social al que adscribe, así como su impacto social. (Smith citado en Kuutma, 2009). De hecho, según esta visión, el concepto de patrimonio en sus expresiones tradicionales estaría siendo utilizado, justamente y en definitiva, para legitimar o materializar las intangibilidades de la cultura y la experiencia humana.

Pero, el caso de la feria aparecería como la expresión por excelencia de la interrelación entre las dimensiones tangible e intangible del patrimonio cultural. Esto ya que la feria sólo puede existir si está viva, si está en movimiento. Y esto tiene como consecuencia otra característica de manifestaciones como la feria que la alejan de aquellas descritas más arriba y que tiene que ver con su uso actual. Bienes patrimoniales tradicionales como lo sería, por ejemplo, un edificio o sitio histórico, pueden existir solamente en función de su uso patrimonial. Su uso actual puede derivarse de una transformación en este sentido que se da en forma paralela a la transformación del valor y que incluye, por ejemplo, su tratamiento como atractivo turístico o destino de peregrinaje. La feria no podría ser usada en el

presente sólo como testimonio de una expresión del pasado, no podría ser usada sólo como un bien patrimonial. En otras palabras, si la feria no funcionara como tal en el presente, no podría existir como expresión patrimonial. La feria existe porque se usa, porque está viva. No puede existir sólo como testimonio del pasado.

### Pregunta por la identidad consensuada y homogénea

El requisito de reducción de la densidad de significados, mencionado anteriormente para el patrimonio tradicionalmente considerado, tampoco pareciera ser admitido por la feria. Éste se da a través de un proceso – ampliamente documentado en la literatura sobre el tema - que tiende a “maquillar” conflictos, desigualdades y fracturas sociales, imponiendo en cambio una visión homogénea y consensuada coincidente con la idea tradicional de nación (García Canclini, 1999). En este sentido, el patrimonio cultural expresaría la solidaridad que une a quienes comparten un conjunto de bienes y prácticas que los identifican, lo que implicaría incurrir en cierta simulación al pretender que la sociedad no se encuentra dividida, o al menos que la grandiosidad o el respeto acumulado por los bienes patrimoniales trascienden esas fracturas sociales. De este modo, el patrimonio cultural en su definición tradicional es genéricamente consecuente con el pensamiento moderno y su deriva en la ideología de los nacionalismos (Graham et.al, 2000). En otras palabras, el patrimonio cultural aparece como recurso de la identidad en la medida que **permite imaginar a la comunidad** que constituiría a la nación<sup>16</sup>.

Pero, según hemos visto, pareciera que el contenido de la identidad no logra consolidarse del todo en la feria. La feria pareciera reticente a construir precisiones en relación al barrio en que opera y, en consecuencia, no encontraremos necesariamente en ella una respuesta para las preguntas acerca de la forma en que el barrio es definido y caracterizado. Mis acercamientos a las personas que visitaban la feria en calidad de clientes incluían siempre una

---

<sup>16</sup> En la comprensión de la nación como una comunidad imaginada (Anderson, 1993).

pregunta por el barrio al que pertenecían: el tipo de barrio del que se trata, el tipo de personas que en él habitan y el modo en que se diferencia de otros barrios. Este tipo de preguntas representaron, en cada caso, una complicación para mis interlocutores para quienes resultaba mucho más fácil referirse al barrio – y a la feria – en términos de pertenencia y apego. Es decir, el barrio adquiriría una existencia de mucha mayor fuerza a la hora de declarar la importancia que tiene, para cada persona, el ser parte de él. Por el contrario, la realidad barrial se disuelve cuando intentamos reconocerla en un orden discursivo. Por consiguiente, la relación entre la feria y la comunidad, en estos términos, no se deja describir. Y esto nos lleva a pensar que la feria no contribuye a que cada barrio forme una idea de sí mismo en relación a sus límites y características, como se supondría de una manifestación patrimonial. Si ésta se construye en estrecho vínculo con una comunidad que se supone homogénea y consensuada, cada feria debería encontrarse asociada a un barrio determinado. Pero, según lo que hemos podido encontrar, no es fácil siquiera nombrar al barrio asociado a cada feria. En otras palabras, la feria no configura necesariamente una idea unitaria del barrio o la comunidad en términos de quienes somos o cómo somos.

La dificultad para responder a estas preguntas, sin embargo, no es algo propio de la feria ni mucho menos. Se trata de los problemas que encontramos en general para definir a la identidad en el mundo actual, cuando ésta ya “no tiene que ver con profundos acuerdos sobre asuntos igualmente profundos” (Geertz, 2002: 254) y las “respuestas de las personas a preguntas por quiénes son (qué son) no forman una estructura ordenada ni estable”. (Geertz, 2002: 220) Y en este contexto la idea de patrimonio no puede implicar un requisito de homogeneidad y consenso.

Más allá del pensamiento moderno que configuró la idea tradicional del patrimonio, la post-modernidad implica una mayor conciencia de la complejidad, subjetividad y contingencia de la historia y el patrimonio, además tiene en cuenta las repercusiones de la existencia de pasados complicados para presentes diversos.

(Graham et.al., 2000:75) Existirían múltiples capas de identidad y territorio con expresiones potencialmente conflictivas en los diferentes niveles (supranacional, nacional, regional y local), incluso fracturadas por otras manifestaciones de pertenencia como la religión o el lenguaje que no se definen necesariamente en términos de esas mismas divisiones espaciales. Inevitablemente, por lo tanto, la identidad es social y geográficamente diversa más que perfectamente empaquetada (Graham et.al., 2000:84). En este sentido, las identidades territoriales no son ni han sido nunca absolutas. En cambio se encuentran ubicadas unas sobre otras, frecuentemente incluso en forma de discursos antagónicos, siendo cada estrato definido por diferentes sets de criterios (Graham et.al., 2000:85).

#### Pregunta por el alcance del valor patrimonial

Como consecuencia de constataciones realizadas en estos términos, el patrimonio cultural se ha abierto cada vez más a admitir expresiones cuyo valor tiene alcances más particulares y específicos. Es fácil constatar, en este sentido, que resulta complicado atribuir a la feria características excepcionales o espectaculares que sean de interés para quién se encuentra más allá del grupo que acude a ella cotidianamente.

Así como ocurre con muchas de las manifestaciones para las cuales se discute hoy que exista un lugar dentro del conjunto de las expresiones patrimoniales, el valor de la feria difícilmente puede reconocerse como un valor generalizado y ampliamente reconocido. Aún así no pareciera pertinente descartar de plano la posibilidad de su inclusión como parte del patrimonio cultural, así como no se descarta la inclusión de otras manifestaciones tradicionales que pertenecerían a grupos subalternos – y que, por lo tanto, no han podido ser plasmadas en grandes obras materiales ni traducidas en conocimiento objetivado y extendido– a la negociación de valor. Estos grupos tienen menor posibilidad de realizar las operaciones necesarias para convertir sus productos en patrimonio generalizado y



ampliamente reconocido y, en consecuencia, éstos suelen ser más representativos de la historia local, y más adecuados a las necesidades presentes del grupo específico que las fabricas (García Canclini 1999:19). De este modo, nuestra reflexión sobre el valor patrimonial de la feria concuerda y va de la mano con un proceso de ensanchamiento del rango de las representaciones patrimoniales más allá de los artefactos de las elites pasadas y presentes, siendo los artefactos nada espectaculares, comunes y menos durables de los ciudadanos más humildes, demandantes más tardíos y tentativos de inclusión en el conjunto del patrimonio cultural (Graham et.al., 2000:42)

La incorporación de la categoría de patrimonio cultural inmaterial en las definiciones de patrimonio propuestas a nivel mundial, y adoptadas institucionalmente por diferentes estados, incluido el chileno, apuntan en esta misma dirección. Se asume, que al no disponer del control de los recursos materiales, las expresiones culturales relevantes de los grupos menos privilegiados tienen una expresión inmaterial, no tangible.

Nos parece que todos estos procesos de extensión o complejización del concepto de patrimonio cultural y sus alcances se pueden sintetizar en la inclusión de la dimensión local del patrimonio. Las discusiones sobre el patrimonio se han abierto a caracterizar al patrimonio a nivel local. Esto significa atender al patrimonio como una manifestación que existe en estrecha vinculación a su ubicación específica, a través de incluir dicha relación con su contexto inmediato, como parte del valor que lo define como tal. En tanto, el valor de la feria sólo puede entenderse a nivel local.

## 2. En busca de la comunidad

Las características propias del mundo en que hoy habitamos –que frecuentemente nos parecen confusas y paradójicas en lo que a construcción de identidades refiere– han permeado la idea de patrimonio hasta el punto de hacernos dudar de que exista cualquier posibilidad de especificarlo claramente. Los criterios que nos servían para definirlo parecen no tener ya validez, pues las distinciones que nos permitían pensar el nosotros no funcionan del modo en que creíamos. En este sentido, podríamos decir que se nos ha perdido la comunidad. El patrimonio, como concepto teórico, parece encontrarse en un esfuerzo por re-encontrarla o, más bien, por redescubrirla. Redescubrirla porque, aunque nos cuesta “atraparla” sabemos que está ahí, podemos sentir su presencia: la gente de la feria asegura tener un vínculo vivencial fuerte con su barrio a pesar de que le es difícil incluso nombrarlo. En este proceso de redescubrimiento, el patrimonio deja de buscar a la comunidad en sus expresiones fijas, acabadas y tangibles, y la persigue hasta su dimensión más local, más inmediata: su dimensión original. Pues es ahí donde aparece una pista, donde el vínculo comunitario se deja entrever.

### Principio de Reconocimiento

La feria es uno de aquellos lugares desde donde, creemos, es posible encontrar a la comunidad, pues –de un modo u otro– en ella tiene la comunidad una forma característica y dinámica de expresarse. Y nos adelantaremos a decir que esta es justamente la cualidad de la feria que la convierte en una expresión de carácter patrimonial. Diremos pues, en otros términos, que la comunidad existe, hoy en día y sobre todo, en realidades como la feria. Y una primera apreciación en este sentido se expresa, como ya hemos revisado, en el modo en que la feria, arraigada como está en la dimensión de la vida cotidiana, nos sitúa en la vivencia de la identidad y en la reflexión sobre lo que somos. Sus características asociadas al trayecto urbano, al ciclo cotidiano, a la interrelación entre lugares, momentos y entre trayectorias múltiples nos sitúan en la esfera de aquello que constituye la

identidad colectiva del barrio. Pero debemos decir también que en la feria la identidad no se muestra –y la comunidad no se expresa– si no es, justamente, en la forma de una búsqueda. La feria, entonces, formaría parte de algo así como el camino de la búsqueda de la identidad, o donde las personas del barrio retornan cotidianamente a buscar a la comunidad, a reconocerse como comunidad. Nuestra forma de percibir y de describir a la feria en los términos en que lo hemos hecho hasta ahora cobra sentido en función de esta idea. Por lo que se hace necesario, a continuación, exponer de qué manera la experiencia nos informa que **la comunidad –constituida a partir de la idea de barrio – aparece en base a un principio de reconocimiento que organiza significativamente la vida de la feria.**

Lograr una descripción de la feria como una realidad representativa de su entorno barrial, implica poder reconocer en cada feria aquello que la hace única. Mi experiencia de observación se llevó a cabo siendo yo consciente de la importancia de esta empresa. Resultaba lógico buscar una comunidad a partir de aquello que la distingue de otras, en este caso, buscar la diferencia entre una y otra de las ferias visitadas: ordenar, distinguir, trazar líneas. Y resultó ser que, efectivamente, la vivencia de cada una fue diferente a la de las demás. En mi recuerdo producen sensaciones diferentes, conforman imágenes diferentes, mundos diferentes, aunque constituidos, tal vez, en base a un sustrato común. Pero, aunque en base a lo anterior pudiese yo concluir con seguridad que no se trata de lo mismo, el problema aparece cuando me toca transmitir aquello que hace reconocible a cada una de las ferias como el lugar específico que constituye. Esto implicaría poder traducir, de algún modo, la complejidad y el universo de vivencias y sensaciones del que mi experiencia se ha nutrido. Se trata, qué duda cabe, de la dificultad del trabajo etnográfico. Una vez más, nos encontramos ante aquella paradoja que ya se nos ha hecho recurrente: así como ocurre a las personas con su barrio, la especificidad de la feria es enormemente clara en mi experiencia, pero no resulta tan fácil concretizarla en el texto, escribirla, armarla, nombrarla.

Sin embargo, la reflexión sobre este tipo de problemas nos conduce a poner atención a ciertas impresiones. Mientras pienso en qué es lo que hacía para mí a una feria diferente de la otra, no puedo dejar de lado a las personas con las que estuve en cada una. Si pienso en la feria de Santiago, por ejemplo, me parece que quien la tiñe del color particular que tiene en mi recuerdo es la señora María en su puesto de ensaladas; es Marcos Aburto con su personalidad fuerte y su gesto serio. Es, también, la disposición en que se encontraban ambas personas en sus escenarios propios, a algunos puestos de distancia uno del otro, y aún el recorrido que hacía yo cada día -del puesto de uno al puesto del otro-, lo que hace a la feria de Santiago ser para mí una realidad específica, la feria de Santiago y no otra. Y en función de ese recorrido es que mi experiencia va reconociendo matices, personas con las que me encuentro en el camino, que están también ahí todos los días y con quienes ya espero toparme cada mañana: El vecino de Marcos los días martes y viernes, don Eduardo, y la conversación que tuve con él el primer día de mi trabajo de campo, cuando mi contacto no había llegado y él me invitó a esperarlo en su puesto, ofreciéndome una silla para sentarme y un sándwich de desayuno; don Tito, uno de los pocos amigos íntimos de la señora María, con su puesto al frente del de ella. Y así tantos otros.

Partes de la feria son más planas. Las que se alejan de estos centros de reconocimiento, se acercan más a una primera mirada de cualquier feria. En esta primera mirada uno ve un conjunto de puestos parecidos, que se diferencian entre ellos por el tipo de productos que ofrecen (aunque no hay mucha variedad tampoco en este sentido). Lo que pudiese llamar la atención dentro de esta sucesión de puestos tendría que ser un producto específico ofrecido a buen precio, de buena calidad o novedoso. ¡Qué distinto es cuando uno tiene algún grado de familiaridad con la feria! Y de esta impresión creemos poder derivar una de las claves para encontrar a la comunidad en la feria, a saber, la feria es única y traslúcida - única, por hacerse traslúcida - sólo para quienes la viven en forma regular, para quienes son parte de ella. Y en este punto es necesario tener en cuenta que, por sus características y modo de funcionamiento, la feria libre hace

que la gran mayoría de quienes en ella se encuentran, tengan con ella este grado de familiaridad que los incorpora como parte de la misma.

Una persona, que visita regularmente la misma feria –es decir, llega hasta ella una o dos veces por semana- la hace *su* feria. Hacer de una feria *mi* feria implica, como hemos descrito, hacer propio un recorrido. Del mismo modo, el principal recurso a través del cual dentro de mi experiencia puedo distinguir entre una feria y otra - a cada una con sus colores propios y como un lugar específico - es, justamente, el recorrido que por ellas hacía en mis visitas diarias. Mi recorrido se fue armando como la trayectoria entre los puestos de los feriantes que iba conociendo y que me iban acogiendo como ayudante o como compañía durante unas horas cada día. Cada feria se fue armando en mi experiencia en función de aquellos rincones de la misma que se hacían familiares, de los rostros que se hacían familiares. Sólo en función de ellos se va distinguiendo todo lo demás, como verdaderos focos de reconocimiento. Del mismo modo, quien es parte de la feria, la conoce en función de un recorrido que hace propio, y por el contrario, quien la visita sin ser parte de ella la recorre sin dirección, sin ver mucho más allá de letreros con precios y calidad de productos que se ofrecen una y otra vez a medida que se avanza. En el primer caso, el recorrido se construye en base al reconocimiento y a la vez lo informa: otorga un sentido a la experiencia de la feria. Esta distinción fundamental entre las experiencias de quien es parte de una feria, por un lado, y quien no lo es, por el otro, nos habla del enorme alcance del reconocimiento que cada persona logra hacia su feria cuando ésta es incorporada a su vida cotidiana. Pero la relevancia de *reconocer* y *reconocerse* en la feria pareciera hacerse más patente mientras más reflexionamos sobre lo que ocurre en ella.

La feria es un lugar que nace cada día por la concurrencia y coincidencia de un número considerable personas en un mismo sitio. Pero es fundamental para comprender a la feria, tener en cuenta que, en ningún caso, dicha coincidencia es fortuita. No se trata de cualquier persona en cualquier sitio. En otras palabras y,

sobre todo, nadie que va a la feria –a una determinada feria– es una persona aleatoria. **La feria no permite que esto ocurra.** La forma en que se conducen las actividades e interacciones diarias en la feria pareciera informar, en todo momento, sobre esta característica. Lo que se dice y lo que se hace en la feria debe dejar en claro que no estamos frente a relaciones y quehaceres efímeros y anónimos, sino todo lo contrario.

Hemos visto, en primer lugar, que la existencia de la feria está basada y es pensada en función de un principio de continuidad que supera cualquier atención a límites pasados o futuros. Nada en la feria es *porque sí*, sino que todo en ella es *así porque siempre ha sido*. Como ya hemos mencionado más arriba, todo lo que es de la feria nace de la misma feria y nunca es fruto de la contingencia o de lo ajeno. Nada es cualquier cosa. Todo es reconocible. Hemos visto también, que el lugar constituido por la feria pareciera encontrarse en permanente combate contra el anonimato. La feria te muestra, te integra a lo común, te obliga a dejar de ser para los demás *cualquier persona* exigiéndote sacar tu personalidad. El tipo de diálogo que se ve en la feria parece siempre querer mostrar, hacer patente, el hecho de que ninguno de quienes lo sostiene es *cualquier persona* para el otro. Esto es claramente observable a partir de la idea, que también hemos destacado, de que la interacción diaria en la feria es –y procura mostrarse a sí misma como – parte de una relación que la trasciende. Este conjunto de características asociadas a la experiencia ferial nos hablan de su constitución en función del reconocimiento.

Desde su puesto, quien trabaja en la feria observa cada día desfilan frente a sí, a un caudal de personas que vienen y van. Lo que él o ella ve, no es lo que cualquiera de nosotros percibe cuando observamos, por ejemplo, el flujo de personas por una vereda concurrida. En su caso, no se trata de una muchedumbre indiferenciada, sino todo lo contrario. Si estamos con ellos podremos oír siempre algún comentario acerca de las personas que pasan por el puesto: que ella ha tenido una vida difícil; que ella tiene un hijo que trabaja en determinado lugar; que el alcohol lo tiene a él así; que él se dedica a cuidar a su

madre enferma; que ella no soporta a su hermana; que ella tiene dos hijos; que él tiene plata. En fin, el feriante, en su trabajo, se encuentra siempre en medio de un conjunto de vidas e historias. En la feria es capaz de distinguir e identificar a cada quién en función de su historia de vida y de percibir a cada quién con un grado de profundidad y densidad cuando menos apreciable. En la feria es común, de este modo, hablar de los otros, referirse a ellos. La feria no es un lugar ajeno al *pelambre*, más bien, en ella éste se da por descontado. Se asume además, que lo que haces en la feria -lo que muestras en la feria- es lo que estás dispuesto a compartir de ti mismo, pues en la feria no puedes esperar pasar desapercibido. Una vez más: la feria es el lugar para aparecer ante los otros. Y esto tiene como consecuencia que a todos se les reconoce al menos un poco más que superficialmente.

Lo mismo ocurre desde el punto de vista de los visitantes. La gente que va a la feria a comprar nunca va a cualquier feria. No es raro escuchar que *todo el mundo tiene su feria*, lo que equivale a decir que todo el mundo tiene su recorrido. El recorrido personal, configurado en función los caseros que un cliente visita cada semana, va a determinar un orden - una jerarquía, si se quiere – a partir de la cual la feria va adquiriendo profundidad y matices para quien la visita, como ya hemos expresado. De este modo, y así como los feriantes no ven en los visitantes a personas cualquiera, los visitantes no consideran que todos los puestos sean iguales e indiferenciados, pues reconocen en sus dueños a las personas singulares que son. Es posible, por ejemplo, que exista un conflicto con algún feriante y que, por lo tanto, jamás se le considere como un casero. De modo contrario, puede llegar a ser impensable dejar de comprar alguna vez al casero de toda la vida. En otras palabras, en la feria es fundamental considerar que nunca da lo mismo a quién comprarle. A mí me recomendaban por ejemplo que, si necesitaba comprar algo al final de la jornada para aprovechar de llevar a mi casa, no comprara en cualquier parte sino que mejor consultara a los que ya me conocían a quién me convenía comprarle. El hecho de que medie una relación de confianza –una relación, en definitiva– con quién me atiende en la feria es

fundamental, pues siempre está el riesgo de que su componente de informalidad haga al cliente víctima del no cumplimiento de un acuerdo, del aprovechamiento o del engaño por parte de un feriante desconocido. Y es por esto que la mayor estrategia del feriante para que sus ventas sean exitosas consiste en generar relaciones a largo plazo con sus clientes, para lo cual la forma en que se abre, aparece, se hace transparente ante ellos - en definitiva, su personalidad - es fundamental.

Cada día, entonces, el ir a la feria, para unos y otros, aparece fundamentalmente como un ejercicio de encuentro, de reconocimiento mutuo. Ya hemos visto como, para la relación de casería, es fundamental hacer patente y manifiesto este reconocimiento a través de gestos que complementan y maquillan la interacción comercial pura. Entre quienes trabajan en la feria ésta característica se ve exacerbada en la comunicación diaria, como también hemos descrito. La feria es un lugar de reconocimiento, lo que hace a cada feria para sus visitantes habituales única y transparente. La interacción no sólo está basada en el reconocimiento mutuo sino que debe mostrarse como una en que dicha característica es más importante que cualquier otra. Nos conocemos y sobre todo nos reconocemos en la intersección de nuestras trayectorias, en nuestro ir y venir. Nos reconocemos como parte de algo, nos reconocemos como parte de la feria, como parte del barrio, como parte de la comunidad.

Nuestras vidas cotidianas, nuestras vivencias más “reales”, íntimas y originales son compartidas en nuestra interacción en la feria, en nuestra experiencia de la feria. La feria recuerda eso, lo escenifica, nos ayuda a sentirlo. Nos permite percibir el vínculo al ponerlo en acción. Reconocerse y pertenecer son funciones que van de la mano. La feria es familiaridad y apertura. Hemos visto cómo el modo de ser en la feria invita a salir del anonimato e integrarse a lo común, y cómo todo lo que se hace en la feria demuestra un reconocimiento mutuo y permanente. Incluso pareciera ser que los códigos utilizados en la feria funcionaran de manera tal que no pudiese dejar de representarse, de mostrarse dicho reconocimiento.



Significativamente, características como éstas pueden también interpretarse en función de aquel sustrato de la feria que nos sitúa en la vivencia de la identidad. Desde la intimidad de la vida cotidiana, en la feria nos reconocemos a nosotros mismos en el reconocimiento de los demás. Cada recorrido, cada saludo, cada interacción en la feria hace explícito el *nosotros*, sin el cual la feria no existiría. Y nos interesa recalcar, una vez más, que este reconocimiento común experimentado en la co-presencia periódica, permite a las personas situarse en una dimensión de reflexión sobre la identidad.

### Principio de Inclusión

Pero si pensamos en las características de la feria en un nivel más general, nos daremos cuenta de que la experiencia de la identidad en ella tiene cualidades que, a primera vista, resultan algo curiosas pues, al mismo tiempo que nos muestra el vínculo comunitario a nivel del barrio, nos abre a la experiencia de la identidad en un sentido más amplio y heterogéneo. Tendremos entonces que considerar que **la feria nos sitúa en un diálogo sobre la identidad en distintos niveles.**

La frase *todos tienen su feria* nos habla, por una parte, de que la feria debe ser vivida desde una perspectiva local – íntima y personal si se quiere – es decir, que sólo se conoce la feria propia. Pero también nos habla de una característica más general e inclusiva asociada a la feria: si la feria está en todas partes, entonces es una experiencia que desde todas partes se comparte.

Para quienes se encuentran en la feria, el acceso local y cotidiano a este entramado significativo basado en el reconocimiento, permite experimentar la vivencia de la totalidad, de la inclusión en un universo cultural de tipo ya más abstracto, en una cierta lógica de sentido que incluye al resto de las ferias y que, por lo tanto, nos invita a considerar aquellas realidades constituidas por la comuna, la ciudad y el país. En este sentido – y una vez más –, la feria no restringe la idea de comunidad, no la delimita, no tiene para ella una respuesta.

Pues recordemos que la feria por naturaleza es también continuidad, y sus identidades deben incluir dicha característica. Ya hemos visto cómo la experiencia cotidiana de la feria integra a las personas en la continuidad y en la conformidad del tiempo y el espacio: la experiencia cotidiana de *mi feria* es la experiencia de *la feria*, de su expansión y de su historia. Por una parte toda feria está emparentada con otras ferias: todas tienen la misma historia. Por otra parte la experiencia de la feria es siempre la experiencia de un recorrido.

El paso de la feria y por la feria es un ejercicio de reflexividad: nos obliga a pensar la identidad en sus diferentes niveles, transversalmente. La trayectoria cotidiana de una persona se inserta en la trayectoria que es la feria, en el movimiento que llega y vuelve a llegar a su calle y a su barrio. La feria une trayectorias, las conecta. No sólo conecta las trayectorias personales de los habitantes del barrio, sino que también conecta cada una de ellas con la trayectoria de los feriantes por la ciudad y con la trayectoria de la feria en su recorrido por los barrios vecinos. Más allá de esto, la relación de las ferias con la ciudad es inmensa y se manifiesta en la labor del feriante cuya movilidad incluye la conexión del barrio con los espacios más centrales, tanto de la comuna como del barrio. Una conversación con Don Raúl sobre lo que ha sido su vida nos hace pensar que antiguamente la trayectoria del feriante cumplía este rol conector con enorme relevancia. Así como su memoria es especialmente sensible a las rutas y recorridos por la ciudad que acompañaran sus idas y venidas, también recuerda los eventos y sucesos que tuvieron sitio en distintos rincones de la ciudad, los antiguos nombres de avenidas, calles, parques y sitios de interés. También recuerda y comenta con gran precisión las ubicaciones originales de ferias, mercados, monumentos, construcciones y lo que sea que aparezca en nuestras conversaciones. Podemos inferir que, durante los años en que Don Raúl desempeñó su actividad en la feria, los feriantes cumplían el rol de verdaderos portadores de noticias y de historias de la ciudad. Entre los recuerdos de un antiguo feriante como él, encontramos las jornadas de fiestas patrias donde cantaba y tocaba la guitarra en la fonda de su familia. Recuerda una canción de entre todas las que cantaba, que hablaba del asesinato

de Alicia Bon. Se trata de un canto que se oyó en la década del cuarenta en la voz de los cantores y poetas populares y que hablaba de una joven de 17 años, asesinada en 1944 en el Camino de Pedreros (hoy Avenida Departamental), por cuyo crimen se culpó, en un primer momento, a su novio que era médico:

*Alicia Bon, mujer maravillosa  
Que la vida querías conocer  
Y te fuiste a pasear a punta de rieles  
Acompañada del doctor Pelissier*

*Veinte mil madres claman ¡justicia!  
¡justicia social!<sup>17</sup>*

El caso causó gran revuelo entre los capitalinos de la época. Don Raúl lo menciona como ejemplo del tipo de canciones que cantaba y llama la atención que se trate de una voz que narra, comenta y difunde el acontecer local entre los diversos barrios de la ciudad. Los antiguos feriantes como don Raúl llevan la historia de la ciudad en su historia propia. Ellos incluyen, y han incluido, en la experiencia barrial la experiencia de la ciudad en su conjunto.

La experiencia en la feria también incluye al barrio en el contexto de la comuna de la que es parte. En este sentido, no es raro escuchar caracterizaciones del *tipo de gente* que visita una feria en función de las características socioeconómicas de la comuna donde se instala. Según esta lógica, sería posible para cualquier persona saber cómo es una comuna determinada sólo visitando alguna feria que en ella opere. Además, las ferias se encuentran fuertemente compenetradas con la historia de las comunas – considerando la división administrativa previa a la actual -. Una feria puede, por ejemplo, nacer cuando nace una comuna o por la expansión de la misma, también puede haber cambiado su recorrido en función de la subdivisión comunal. Al mismo tiempo, el recorrido de cada feria está

---

<sup>17</sup> [http://www.poesias.cl/animas\\_y\\_animitas.htm](http://www.poesias.cl/animas_y_animitas.htm) Visitada el 6 de Octubre de 2012

fundamentado en la cobertura que debe hacer de la comuna. En general, como vemos, la relación de la feria con la comuna en que opera es bastante visible y determinante en el contexto actual<sup>18</sup>.

Este tipo de conexiones representan la otra cara de la movilidad de la feria: ésta, como hemos visto, es fundamental para comprender la naturaleza local de la feria, pero lo anterior es posible pues incluye también una salida. Para que la feria pueda volver al barrio tiene que salir de él. Del mismo modo, el ejercicio de reflexividad que hace posible pensar la identidad tiene una trayectoria de ida y vuelta, implica un salir al mundo y volver a sí (Giannini, 2004). El poder situarnos en lo común, en la comunidad, necesita de un movimiento que nos “saque” de ella y que relativice sus límites. Y no puede ser más que un movimiento, pues resulta difícil encontrar algo común –un punto de vista, una forma de vida, un estilo de conducta, expresión material o lo que sea– que no esté o bien fragmentado en partes más pequeñas y envolventes o bien englobado en partes más amplias e inclusivas (Geertz, 2002:258). Y por lo tanto no debemos buscar para el consenso un punto de partida o de llegada, sino que la identidad, tanto en general como en la feria, existe más bien en la forma de un tránsito constante entre estas distintas partes. La feria es este movimiento que nos sitúa en la vivencia de la identidad. Y la vivencia de la identidad incluye la percepción de las contradicciones y de los límites difusos. Implica reconocer que todos tienen su feria pero que ninguna feria es igual a otra: integra y distingue al mismo tiempo.

---

<sup>18</sup> Una situación como esta no es extraña si tenemos en consideración el hecho de que desde el año 1976, y con la derogación de la ley que regulaba a las ferias libres a nivel nacional, su regulación y normativa ha pasado a manos de los gobiernos municipales (Stillermann, 2006).

### 3. Comunidad y lugar

#### Valor local

La feria está definida en función de constituir un conjunto de experiencias particulares que ocurren en el círculo más local de lo local. Aunque, como hemos descrito, la experiencia local de la feria permita a quienes de ella participan concebir lo común, lo general (comuna, ciudad, país), lo hace de tal modo que nunca cambia lo uno por lo otro. La experiencia del conjunto nunca implica una salida de lo local para integrarse en lo general, no implica jamás una renuncia a su dimensión específica. El valor que se pueda atribuir a *La Feria* siempre debe partir de la experiencia cotidiana de la misma: la experiencia de *mi feria*. La feria tiene valor porque *todos tienen su feria* y el valor de la feria en general parte del apego que cada persona tiene por su feria. Esta consideración de valor es congruente con la idea misma de la feria. La feria no sería la feria, si no fuese para cada persona una feria particular, su feria particular. La feria no es la feria si no se vive, si no se accede a ella desde la perspectiva particular. En consecuencia, no se puede conocer a la feria, acceder a la feria auténtica, si no es desde la feria propia.

Diremos, pues, que **la feria es un fenómeno eminentemente local, que procesa la identidad en función de su naturaleza barrial**. La identidad concebida en esta escala debe comprenderse, según nos parece, teniendo en consideración el hecho de que se trata de una forma de experimentar el mundo desde una perspectiva particular. Así lo hemos hecho al describir el modo en que la experiencia de la feria se inserta en los procesos de reflexión cotidiana. Y resulta interesante, a partir de aquí, pensar en las consecuencias que este tipo de experiencia genera para el tipo de valor patrimonial que se puede asociar a la feria. En otras palabras, es necesario considerar qué es lo que ocurre con la definición misma del patrimonio cultural cuando lo observamos desde la perspectiva local y cotidiana. En este sentido, nos parece que aquellas

consideraciones respecto del patrimonio que incluyen su variante local tienen gran importancia pues reconocen, justamente, una naturaleza propia a las manifestaciones locales del patrimonio a partir de la experiencia particular que se tiene de las mismas. La inclusión de la dimensión local del patrimonio permite un giro radical en la percepción de lo que es el patrimonio en general que apunta, principalmente al hecho de que el patrimonio local se vive de manera diferente: es la experiencia cotidiana, en contraposición a la experiencia abstracta, lo que define al patrimonio en su dimensión local. Considerando en esta misma ecuación los procesos identitarios, deberíamos decir que el patrimonio a nivel local se define por la experiencia cotidiana de la identidad mientras que en otros niveles se define por la experiencia abstracta de la identidad.

Lo que define al patrimonio cultural en su dimensión local puede reconocerse en aquello que implica que manifestaciones como la feria se definan en su dimensión local, tan esencialmente como hemos advertido. Esto conlleva un intento por ir un poco más allá y comprender qué significa que la feria se encuentre inserta en la experiencia local, cotidiana, del barrio. La feria de una persona debe estar integrada a su experiencia próxima, o sea, debe encontrarse cerca de su domicilio, en las calles que comúnmente recorrería en su quehacer diario, dentro de su espacio caminable. Entonces, incluso ya a partir del escenario sobre el cual la feria se instala, sus visitantes perciben todo en ella como algo habitual y, en este sentido, como algo propio. Como hemos apuntado, la feria se reconoce gracias a – o a partir de – esta, su cualidad. Así mismo, desde el punto de vista del habitante de una ciudad de grandes dimensiones como es Santiago, ésta se conoce a menudo en dos niveles: el primero corresponde a éste nivel de la experiencia específica, siendo el segundo un nivel de gran abstracción (Tuan 2007).

No todos quienes habitan la ciudad de Santiago la perciben de igual modo, y no todos los rincones que componen la ciudad son percibidos de igual manera por cada uno de sus habitantes. Nuestra experiencia debe configurar diferentes

modos y estrategias para abarcar a la ciudad en su conjunto e incorporarla a nuestra vida. La ciudad es un sinfín de cosas y representa una enormidad de existencias. Santiago para cada persona es, al mismo tiempo, el lugar de la intimidad en la existencia concreta y la experiencia de lo que existe más allá de uno mismo. Y cada persona la vive integrando ambas dimensiones contrapuestas. Por un lado, la ciudad ideal se configura como respuesta a la necesidad de atribuir a sí misma cierto orden, a definirse en función de ciertos principios o ideales –que son determinados por quienes detentan el poder– (Tuan 2007). La ciudad ideal tiene, asimismo, un correlato en la comunidad bien integrada y delimitada: la comunidad ideal. Ambas se expresan en forma material y a gran escala. En Santiago la ciudad ideal se encuentra estructurada a partir de la centralidad de los espacios del poder eclesiástico y estatal en torno a los cuales se organiza el resto del espacio urbano (Salazar, 2003). En este extremo, la ciudad es un símbolo o una imagen mediante el cual uno puede orientarse, dentro del cual ubica su propio vecindario. En el otro, está justamente ese vecindario, con el que se vive y ha vivido en íntimo contacto (Tuan 2007: 259). El proceso histórico de formación de las ferias libres de Santiago puede ser descrito en función, justamente, de la oposición y lucha entre el tipo de comercio que hoy representan y los poderes de la ciudad ideal republicana encarnados en la Iglesia y el Estado (Salazar, 2003). Y se trata de una lucha por el espacio, en que este tipo de comercio es expulsado del centro y, en consecuencia, va insertándose y encontrando su lugar en el otro extremo de la percepción de la ciudad: en el contexto barrial. Se trata justamente de aquella dimensión de la ciudad opuesta a la ciudad ideal, donde se encuentran las actitudes y los estilos de vida de los ciudadanos comunes, cuya capacidad de alterar el mundo que habitan resulta limitada (Tuan 2007).

La ciudad comercial de la antigüedad – homologable al el espacio del mercado - sirve para ejemplificar aquella dimensión opuesta a la de la ciudad ideal. A diferencia de esta última, el mercado carece de orden social o espacial, pues su marco físico se desarrollaba lentamente para adaptarse al incremento de la población. La ciudad comercial es, entonces, no-planificada, adaptativa, expansiva

y desbordante. En este esquema el mercado aparece como espacio público, no idealizado sino que reflejo de las necesidades y la vitalidad de una ciudad: se trataría, justamente, del entorno de la vida (Tuan 2007). Éste se construye no en base a ideas abstractas de orden e identidad sino que, por el contrario, reacciona y se hace cargo de lo que ocurre, del desarrollo de los encuentros y desencuentros que son consecuencia manifiesta del vivir juntos, del compartir el espacio de la vida.

Desde esta perspectiva, la feria libre, tal y como es hoy puede entenderse en función de dicha contraposición siendo su génesis coincidente con un proceso a través del cual ésta se configura como representante de la dimensión ordinaria y concreta de la ciudad. Consecuentemente, nuestra descripción de la feria muestra cómo pareciera ser que en la base de su operar existe una reticencia a la abstracción de las personas y las relaciones: a cada persona se le reconoce como un ser concreto y las relaciones comerciales se despojan de cualquier elemento que las muestre como intercambios estandarizados o despersonalizados. Cada encuentro en la feria es un encuentro cara a cara que implica la proximidad de quienes en él participan. Toda relación que tenga lugar en la feria se construye en función del encuentro y el reencuentro patentes y manifiestos. La feria nace cada día en la co-presencia, en la vivencia común y concreta del paso ineludible de cada segundo específico. La feria aparece y se construye en la percepción inmediata del vínculo entre las personas. Ahí es donde aparece la comunidad.

### Comunidad real

La naturaleza local de la feria, que la integra a esta forma de vivir la ciudad, nos aparta de la noción de patrimonio concebida en términos abstractos. Así como en el contexto de la feria prima lo particular y específico, el patrimonio a este nivel no nace de una generalización. De hecho, cuando hablamos de patrimonio local nos estamos refiriendo “a las *localidades sin patrimonio*, o, mejor dicho, a las localidades con referentes patrimoniales de escaso interés más allá de la



comunidad” (Prats, 2005). La comunidad en este nivel tampoco surge de una generalización sino que, por el contrario, se constituye en la interrelación personal entre sus miembros. Se trata de “un mundo *conocido y de conocidos*” (Prats, 2005). La comunidad en este nivel es inseparable de la biografía de las personas. La biografía constituye el contexto para los encuentros y reconocimientos diarios que realizan a la comunidad. Siguiendo el mismo principio según el cual las manifestaciones del patrimonio local se relacionan intensamente con la biografía de los individuos y sus interacciones (Prats, 2005) la comunidad a nivel barrial no debe buscarse más allá de la manifestación tangible del vivir con otros que aparece a cada momento en la biografía de una persona.

En el ámbito local -en el ámbito del barrio- lo ideológico se torna *vivencial* y adquiere, en consecuencia, un carácter infinitamente más complejo (Prats, 2005). Aquella comunidad, que es ideal en la ciudad ideal - que es representada en grandes edificios y monumentos –, es “real” en el barrio. Decimos que es real en el sentido de que es advertida directamente por quienes la componen. Su percepción no se encuentra mediatizada por algo distinto del fluir de la vida misma, de la vida en común. **En definitiva, en el barrio –que es expresión de la realidad cotidiana– la comunidad no necesita ser imaginada.** La comunidad ideal sustenta la idea de nación, construida y percibida de manera esencialmente diferente a la comunidad del barrio. La primera es imaginada en tanto la comunión entre sus miembros emerge como una imagen en la mente de cada uno de ellos, independientemente de las relaciones concretas que entre los mismos puedan darse. Es posible imaginar a la comunidad puesto que, “independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” (Anderson, 1993:25). Y esta comunidad mediatizada justamente a partir de su emergencia como imagen requiere de la exaltación de lo común, lo homogéneo, por sobre las diferencias. Resulta fundamental, en este sentido, que la imagen contemple unos límites visibles y concretos, que contengan y definan a la comunidad. Además, para que sea percibida, la comunidad ideal debe llenarse de

contenido. Y no se hace patente de este modo más que en el discurso. La comunidad debe poder nombrarse, debe representar lo común en palabras y en objetos. La comunidad, en este nivel, es el nombre que le damos, es lo que se dice de ella, es puro discurso e imagen, **aparece sólo en su representación.**

La comunidad del barrio, por el contrario y como hemos indicado, no aparece –al menos fácilmente– en el discurso. Esta constatación, que en un comienzo nos provocara cierta perplejidad, resulta enormemente ilustrativa en este punto. La imposibilidad de nombrar y delimitar al barrio que, según suponíamos, estaba siendo representado en la feria, no tiene que ver con que éste no constituya una comunidad, tampoco tiene que ver con la no existencia de un vínculo entre éste y la feria. Más bien, nos muestra que la comunidad que buscamos es, en cierto modo, anterior al discurso. Su realidad, su constatación, se da en forma previa a la posibilidad de hablar de ella, de fijarla discursivamente. Y sospechamos, en este punto, que esta “forma previa” en que se realiza y constata la comunidad del barrio incluye la experiencia de la feria como elemento fundamental.

En su dimensión tradicional, el patrimonio cultural es siempre un recurso para la identidad, pues es una suerte de mecanismo para imaginar comunidad. La comunidad nacional (especialmente) es representada en las manifestaciones patrimoniales que constituyen la imagen de la nación y permiten su incorporación al discurso como si estuviéramos hablando de la nación misma. En el caso de manifestaciones como la feria, el valor patrimonial emerge de un modo totalmente diferente. La feria no representa al barrio, por lo tanto, su valor como patrimonio no reside en esa capacidad. A pesar de que hemos visto que la idea de la feria incluye una significación del tiempo y del espacio que se vincula con procesos de reflexión e identidad, cuesta registrarla como símbolo de la identidad de un grupo específico, característico y delimitado, así como cuesta crear una imagen de ella misma que atienda a dichas características. Por el contrario, la propia naturaleza de la feria pareciera querer impedir que se la pueda fijar, delimitar, reducir a una unidad, a un objeto, a un espacio fácilmente identificable y registrable como

símbolo de la identidad. Se niega a *representar* la identidad del barrio, se niega a *imaginarlo*.

A pesar de esto, nuestra descripción sí muestra a la feria como recurso para la identidad: en ella la comunidad sí aparece, pues en ella es que se reconoce. La feria como idea, como manifestación, como objeto, no representa lo que somos sino que alude a la experiencia directa y cotidiana de cómo vivimos, o más bien, de cómo vivimos juntos. De éste modo reconocemos lo que somos, reconocemos al *nosotros* que significa el barrio. La comunidad del barrio aparece concretamente –cobra realidad, se realiza–, gracias a eventos como la feria. Y, de este modo, la feria tiene un fuerte valor patrimonial, pues hace que la comunidad aparezca, que el barrio aparezca, no idealmente, sino cotidianamente. La experiencia en la feria, en su afán por sacar del anonimato, por convertirse en escenario para hacerse notar, por obligarte a hacer visible el reconocimiento mutuo en cada una de las relaciones que en este contexto tienen lugar, pareciera ser el ejemplo perfecto de un mundo conocido y de conocidos o, más bien, de un mundo que la gente reconoce y en el que se reconoce, pues todas sus características se estructuran en base a este principio.

En definitiva, **en vez de construir comunidad imaginada a través de representar al barrio, la feria realiza al barrio como comunidad en la experiencia cotidiana.** La comunidad en la feria no surge de un acuerdo. Su experiencia no define lo común, no construye el nosotros como algo situado más allá de nosotros mismos. En cambio, la comunidad en la feria se vive directamente, se encuentra inmediatamente situada, pues la feria misma proporciona el marco y la posibilidad de poner a la comunidad en acción. No entrega para ella respuestas, sin embargo, permite a sus miembros percatarse de que existe y, desde ahí, tal vez, convertirse en un diálogo que abre preguntas.

## Vocación de ser lugar

El “lugar antropológico” corresponde a aquella construcción concreta y simbólica del espacio que no puede por sí sola dar cuenta de las vicisitudes y de las contradicciones de la vida social, pero a la cual se refieren todos aquellos a quienes ella les asigna un lugar” (Augé, 2000: 57). Así, “en un mismo lugar pueden coexistir elementos distintos y singulares, pero de los cuales nada impide pensar ni las relaciones ni la identidad compartida que les confiere la ocupación del lugar común” (Augé, 2000: 60). Según esta misma perspectiva, el lugar también es histórico, pues esta conjugación de identidad y relación se define por una estabilidad mínima. No se trata de la historia como el tiempo que pasó y que ya no es. Más bien, nos referimos al hecho de que el lugar no se concretiza sino en y por el tiempo (Augé, 2000: 64) siendo su historicidad, entonces, la que permite pensar en la continuidad de las generaciones.

La centralidad del impulso que significa la experiencia en la feria para el reconocimiento – su tendencia a exigirnos reconocerla y reconocernos en ella –, guarda estrecha relación con la forma en que ésta inscribe en el tiempo un principio de inteligibilidad y, más aún, un principio de identidad. La temporalidad continua, periódica y circular que hemos registrado para la feria es la que permite la reflexión y la experiencia de la comunidad a partir del reconocimiento. Consecuentemente, la historia de la feria no es Historia, en sentido estricto, sino que es principio de identidad, de continuidad. La temporalidad de la feria es la temporalidad del lugar antropológico como universo de reconocimiento (Augé, 2000): nada en ellos, ninguna señal, es objeto de conocimiento pues se han heredado como mundos ya conocidos, como lo que siempre fueron. En cambio, en ellos todo se reconoce, se interpreta para ser reconocido. En este sentido, la feria es esencialmente diferente de los llamados “lugares de memoria”, que existen como testimonio del pasado y que son tan propios de la ciudad ideal –y a los que es fácil asignar un valor patrimonial–, pues estos, así como la historia, se esfuerzan por mostrar las formas antiguas para hablarnos de lo que somos

mostrándonos lo que ya no somos. La actitud reacia que descubrimos en la feria para señalar hitos y discontinuidades en su tiempo –para “escribir”, en este sentido, su historia– puede interpretarse como una negativa a convertirse en algo diferente de lo que fue: en tener que conocer su historia y conocerse, en vez de reconocerse en ella. Así como el lugar antropológico lo es para quienes se encuentran en él, la feria es histórica en la exacta medida en que se escapa a la historia como ciencia. Así como “el habitante del lugar antropológico no hace historia sino que vive en la historia” (Augé, 2000:60), la experiencia de la feria es experiencia de su historia, es vivir en ella.

La importancia de esta característica que define al lugar antropológico en la definición y comprensión profunda de lo que es la feria, nos habla de que ésta no sólo es un buen ejemplo de lugar, sino que, sobre todo, nos lleva a vislumbrar que **la feria puede comprenderse en función de su vocación de ser lugar**. Y esto es claro desde que comenzamos a preguntarnos (y a preguntar) por aquello que definiría a la feria como un lugar especial – y, en consecuencia – valioso para las personas. Las personas prefieren ir a la feria por el trato particular que en ella reciben, por la atención que sus caseros le brindan: en definitiva, por los vínculos de apego que con ella se generan. La labor de los feriantes implica un esfuerzo consciente por mantener estos vínculos de apego y generarlos, el éxito de su negocio así lo requiere. Aunque un día Gastón - feriante de Quinta Normal - no se sienta de muy buen ánimo, debe atender al público con una sonrisa, preguntarle cómo le ha ido, dejar que toquen los pimentones para examinarlos y escuchar que se quejen por los precios de sus productos, aunque asegure que los está vendiendo casi al costo. También debe hacer un esfuerzo por aguantar el mal humor de sus caseros, a pesar de que este se traduzca en una falta de delicadeza o de respeto hacia él. Todo por cuidar el vínculo, de modo que la experiencia de comprar en la feria –y la experiencia de ir a la feria– sea una experiencia significativa para las personas. Y no es extraño para nadie en la feria hablar de cariño para referirse a las relaciones que allí se generan. Las relaciones de casería más fuertes implican un cariño reconocido entre ambas partes. El cariño

por los caseros, la experiencia significativa que implica acercarse a comprarles, es traspasada a toda la feria de modo que la experiencia de la misma, la experiencia de ir a la feria, se hace significativa. La feria se hace significativa para las personas en función de su recorrido, como hemos apuntado más arriba. El apego por quienes se encuentran detrás de los puestos que definen *mi recorrido* se traspa a la feria completa, convirtiéndola en *mi feria*. De este modo, la feria deja de ser una experiencia abstracta, general, parecida a cualquier otra y pasa a ser la experiencia del lugar. Pues un lugar es justamente aquello que aparece, o más bien, se crea en forma concreta sobre el espacio abstracto, cuando para las personas que lo ocupan pasa a ser significativo y cuando éstas generan con él vínculos de apego e identificación (Cresswell, 2004). Ser un buen feriante, entonces, significa saber hacer lugar, saber crear lugar.

La vocación de ser lugar que es propia de la feria se relaciona también con el hecho de que ésta no puede ser restringida a una expresión material o a una imagen fácilmente identificable como símbolo de la comunidad para cuya identidad es recurso. La idea de la feria y su carga significativa son inseparables de la experiencia ferial, de su profundidad y movimiento, de su inmediatez y su temporalidad continua. No puede fijarse, como no se puede consolidar en ella al barrio. La feria hace aparecer a la comunidad del barrio, pero no idealmente (como una idea) ya que no se trata de un objeto que lo simbolice. La feria no es un símbolo sino que, más bien, debemos hablar de ella como de un universo simbólico, un universo de reconocimiento. Porque es propiamente un lugar, la feria, más que una cosa, corresponde a una forma de entender el mundo (parafraseando a Cresswell, 2004).

La descripción de la feria por parte de quienes en ella participan incluye recurrentemente su definición en relación al supermercado –y en menor medida al mall–, como su antítesis. No cuesta imaginar que los supermercados representan la mayor competencia para la feria en términos comerciales. Esto significa que las estrategias de la feria y los feriantes apuntan, principalmente, a ser mejores que

los supermercados. Incluso podríamos entrever, en lo que nos comentan los feriantes con respecto a este tema, que las ferias deben aspirar a ser como los supermercados, pero manteniendo su valor agregado. Este valor agregado corresponde, por paradójico que parezca, a aquello que las hace ser ferias y no supermercados. A aquello que las hace ser lugar, que es lo que tienen que reforzar día a día. Pues, así como la relevancia, el valor y el alcance del concepto de lugar se descubre en relación a la multiplicación de lo que se ha denominado “no lugares” en el contexto de la sobremodernidad (Augé, 2000), la relevancia y el valor de la feria se reconoce y comenta en relación a la proliferación de los supermercados y a su inserción en contextos barriales.

Pero, aunque en muchos casos se tenga la impresión de que está en vías de extinción, dentro de todo, la feria es un fenómeno que se encuentra totalmente vigente hoy en día, y logra competir fuertemente con los supermercados. Y nos parece que su éxito en este sentido tiene que ver justamente con su vocación de ser lugar. Para empezar, la gente la prefiere en función del apego que tiene hacia ella. Pero no sólo por eso. La feria de hecho es más conveniente que el supermercado en términos de precios y de calidad. El mayor orgullo de los feriantes, que se puede reconocer en cualquier calle donde haya una feria, es que su trabajo contribuye a regular los precios de mercado de los productos que comercializan. Es muy difícil que, en una conversación, un feriante no te asegure que, si no fuera por ellos, los precios de los alimentos en el supermercado serían aún mayores de lo que son. Y podemos hipotetizar que esto es posible gracias, justamente, a que la feria trabaja inserta en la dimensión local y cotidiana, a que opera en el día a día. La otra cara de esta cualidad es la movilidad constante de los feriantes. Éstos traen sus productos diariamente, frescos y en pequeña escala, adquiridos la mayoría de las veces, directamente de los productores en los terminales de abasto. La relación cara a cara que tienen con sus proveedores permite acordar precios moderados y los productos son vendidos unas horas después directamente al consumidor. Para vender productos frescos los supermercados, que operan a escalas mayores probablemente tengan mayores

costos. Pero lo más significativo en este caso nos parece que puede ser el hecho de que el precio de los productos no sólo depende de la relación del feriante con el proveedor sino que depende, principalmente del tipo de relación que existe entre el feriante y sus caseros. Al casero no se le puede vender productos de mala calidad ni muy caros, pues la relación de casería no es una relación como la que se tiene con una persona cualquiera. En este sentido, la condición de lugar de la feria podría contribuir a generar una especie de “colchón” o soporte en los precios de los productos. Y en este sentido, las causas del éxito competitivo de las ferias frente a los supermercados en términos de “conveniencia” serían las mismas que aquellas asociadas al apego.

La gente en la feria se da cuenta de que el valor agregado de la feria tiene que ver con que el supermercado, como el resto de los no lugares, mediatiza todo un conjunto de relaciones consigo mismo y con los otros que no apuntan sino directamente a sus fines: como los lugares antropológicos crean lo social orgánico, los no lugares crean la contractualidad solitaria. (Augé, 2000:98) De este modo se comprende que la vocación profunda de la feria por ser lugar apunte sobre todo a luchar contra cualquier gesto que permita pensar a las relaciones que en ella se dan como relaciones contractuales. En el supermercado pueden atenderte bien, pueden atenderte con una sonrisa, pero nunca será la sonrisa de alguien que te conoce desde hace años, de alguien que te reconoce cada semana y a quién tu reconoces. De hecho, el cajero no es quien te ofrece los productos, quien te los lleva, sino que son ofrecidos de manera impersonal por alguien – más bien algo – que jamás podrá saber ni entender que el precio o la calidad no te parecen convenientes. De más está decir, en este punto, que en la feria ocurre todo lo contrario.

La identidad constituye el lugar de la feria a través de las complicidades del lenguaje, las referencias del paisaje, las reglas no formuladas del *savoir-vivre* (Augé, 2000). El no lugar que es el supermercado, en cambio, crea la identidad compartida de la clientela. Esta identidad provisional necesita un anonimato



relativo (Augé, 2000) que despoja a las personas de su biografía, de su especificidad, y las convierte en individuos similares entre sí vinculados similarmente en la relación contractual. La feria, en su vocación de ser lugar, te saca del anonimato, no permite que te confundas entre la multitud. A ella llegas con tu biografía a cuestas y en base a ella te reconocen, te saludan, te exigen, hablan de ti a tus espaldas. Las determinaciones habituales de cada uno en la feria son tremendamente importantes e impregnan, como hemos visto, la experiencia de la feria y las relaciones comunitarias que en ella cobran vida. La enfermedad de un vecino del barrio –o de algún familiar suyo–, por ejemplo, es una de esas situaciones que se comparten en la feria más que en cualquier otro contexto. Una noticia como ésta será conocida por sus caseros, pues recordemos que ellos cumplen un rol de escuchar a quienes acuden a comprarles. Gracias a los comentarios de los feriantes –que, casi por definición, no pueden faltar jamás–, la noticia será conocida por la mayoría de ellos y de los visitantes de la feria. De este modo, la experiencia de la persona enferma o de sus familiares en la feria va a incluir el que se le reconozca como tal, a través de preguntas relativas al estado de la enfermedad o su mejoría, palabras de aliento o comentarios en general. Lo mismo va a ocurrir si alguien pierde su trabajo, sufre un accidente, tiene un bebé, está de cumpleaños, etc. Es más, no es raro que dentro de la feria se organicen colectas a beneficio o se pidan cuotas mortuorias o solidarias para tal o cual vecino en necesidad. En la feria cada cual debe ser una persona reconocible y, por supuesto, esto implica la consideración de cada individuo con sus características propias, en su situación actual y en su universo de relaciones. Es por esto que la timidez resulta tan incómoda en el contexto de la feria - y es casi impensable para el rol de feriante -, en ésta se valora el que la gente se muestre y comparta. De hecho, la feria se considera un lugar ideal para superar la timidez. Por el contrario, el espacio del no lugar libera a quien lo penetra de sus determinaciones habituales. La persona que va al supermercado sólo es lo que hace o vive como cliente. Su entorno, en ese momento lo aleja de las inquietudes de la víspera o del mañana (Augé, 2000).

Así como la feria se esfuerza por hacerle notar a sus visitantes que se les reconoce a cada momento, desatendiendo o lisa y llanamente omitiendo la dimensión contractual que pudiesen tener sus interacciones, al cliente del supermercado se le recuerda expresamente la existencia del contrato en cada caso. Las condiciones de circulación y uso de los espacios, en este caso, aparecen en forma de textos o palabras: mensajes que no tienen otros enunciadores más que las personas “morales” o instituciones (Augé, 2000). Carteles con consejos, normas, horarios y precios. En la feria, en cambio, todo es dicho por alguien.

Hoy en día, sin embargo, todos los puestos de la feria han incorporado letreros con los precios de los productos que ofrecen. Se trata de una forma de asegurar a las personas que recibirán un precio justo, pues les permite comparar y cerciorarse de que no se le cobrará más que a otros. Al respecto, y desde su puesto de frutas, Fabián, de la feria de Santiago, descendiente de una antigua familia de feriantes, me comenta que la feria ya no es como antes. Antes existía más confianza entre caseros, la relación era más importante. Ahora, en cambio, *la gente se fija sólo en los carteles*. Y es que la condición de informalidad asociada a la feria, la posibilidad siempre presente de que te puedan “hacer lesa” es la otra cara de la confianza que sustenta las relaciones de casería. La forma tradicional de asegurarte en la feria de que obtendrás productos de buena calidad y a un precio justo era conociendo a quienes te los vendían. En este sentido, la informalidad y el no hacer explícito los términos del contrato se pueden interpretar también como parte de la vocación de ser lugar de la feria. Si las reglas no son claras, la seguridad debe buscarse en el vínculo comunitario, en la confianza tácita, en el reconocimiento mutuo. Y en este sentido también se hace clara la disyuntiva y el conflicto propuesto por los procesos de modernización de la feria, pues estos incluyen una serie de medidas que apuntan en la misma dirección que la utilización de carteles, es decir, en la dirección contraria a la vocación de ser lugar.

#### 4. Un tipo especial de patrimonio

Muchos consideran que la feria es patrimonio, aunque no cuente con un reconocimiento formal, institucional. Este reconocimiento resulta fundamental en los procesos de construcción del patrimonio ya que se trata en definitiva de la acción que agrega valor a una manifestación cultural al convertirla en símbolo de un agregado humano. Aún así, resulta, de uno u otro modo, “natural” atribuir valor patrimonial a la feria –o al menos preguntarse por él– por parte de quienes tienen con ella un vínculo potente. Es un valor reconocible, aunque difícilmente conceptualizable en los términos tradicionales. Del mismo modo, nuestra descripción y reflexión sobre la feria nos permite reconocer en ella a una manifestación patrimonial, aunque claramente no se trata de una manifestación patrimonial cualquiera. En otras palabras, no se puede reconocer en la feria a una manifestación patrimonial si no emprendemos, al mismo tiempo, una reflexión acerca de lo que es el patrimonio en su variante cultural.

A lo largo de nuestra descripción de la feria, la hemos ido reconociendo en función de una cierta lógica de sentido que, lejos de alejarla de las consideraciones básicas asociadas al concepto de patrimonio cultural, parecieran querer hablarnos de él a cada momento. Esto nos lleva a pensar que la feria es reconocible como patrimonio y hace reconocible un tipo diferente de patrimonio cultural, operando en forma paralela al patrimonio tradicionalmente definido. De este modo, resulta útil tener en cuenta ciertas consideraciones a la hora de atribuir valor patrimonial a manifestaciones como la feria, consideraciones que apuntan hacia el reconocimiento de los distintos principios que sustentan la construcción del patrimonio. **En otras palabras, la feria nos permite pensar en, al menos, dos tipos de patrimonio contruidos en base a principios diferentes.**

Se trata, en definitiva, de una cuestión de percepción y escala. El patrimonio, entendido de manera tradicional, refiere a la comunidad en términos abstractos: a

la **comunidad imaginada**. Es un recurso para la identidad de un grupo humano en el sentido de que permite *imaginar* a la comunidad. Como es lógico, entonces, este patrimonio cultural es propio de la **nación**. Por el contrario, el patrimonio de la feria refiere a la comunidad en términos concretos (no imaginados), al vínculo percibido inmediatamente en la interacción cotidiana de las personas y al que, en base a esto, nos hemos referido más arriba como **comunidad real**. Se trata del patrimonio a escala local, vinculado a la realidad del vecindario o el **barrio**.

Mientras que la comunidad imaginada aparece sobre todo en el ámbito del **discurso**, en lo que se dice de ella, la comunidad real emerge en la **experiencia** cotidiana. Así mismo, el patrimonio tradicional contribuye a **representar** a la comunidad en el ámbito discursivo, mientras que el patrimonio de la feria contribuye a **realizar** a la comunidad en la experiencia. Esto incide directamente en el modo en que ambos tipos de patrimonio se manifiestan: el primero está compuesto de **cosas** (imágenes, objetos, música, textos) y privilegia a aquellas que cuenten con una materialidad bien definida y diferenciada. La expresión del segundo, en cambio, corresponde al universo simbólico del **lugar**.

Las manifestaciones del patrimonio tradicional, que para cumplir su objetivo deben ser fácilmente distinguibles como objetos delimitados y precisos, se registran como patrimonio a través de su incorporación a una lista de **Monumentos Nacionales**. Por su parte, los lugares patrimoniales, que no pueden ser capturados en una sola imagen y no pueden ser definidos como una cosa, deben ser descubiertos y registrados como patrimonio recurriendo a la **etnografía**.

### El valor etnográfico

El tipo de patrimonio que hemos descrito es, entonces, inseparable de la práctica etnográfica. Y ha sido, justamente, en medio de una jornada cualquiera en la feria, en mitad de una conversación trivial con algún casero, o en medio de un recorrido

entre los puestos, que han surgido las preguntas y las respuestas que dan forma a una reflexión como esta. Lo que había estado buscando era precisamente aquello que me hacía volver a la feria al día siguiente. Era lo que me hacía estar segura de que, si me limitaba a observar desde fuera, jamás podría hacer del valor patrimonial de la feria algo reconocible y menos comunicable. Y mientras más me acercaba a él, mientras más claramente creía poder percibirlo, éste se hacía más inseparable de mi propia experiencia en el campo. Así fue que comprendí que la feria, en su dimensión patrimonial, no aparece si no es como un lugar, no se deja conocer si no es como una experiencia inmediatamente compartida, e intentando llegar a ella en función de estos principios terminé de comprender que justamente en ellos reside su valor patrimonial: en la continuidad del tiempo y el cruce de las trayectorias que convierten a la feria en un lugar de reconocimiento, más que de conocimiento, y el modo en que esto obliga a la comunidad a realizarse, a experimentarse, a reconocerse más que a conocerse. Mi búsqueda del valor patrimonial de la feria siempre fue mi experiencia etnográfica de la misma.

En concordancia con lo anterior, diremos que el tipo de patrimonio asociado a las ferias es de naturaleza etnográfica. El patrimonio puede comprenderse etnográficamente en relación al tipo de valor que se asigna a sus expresiones. El valor patrimonial, en general, puede ser de diferentes tipos. Puede ser, por poner algunos ejemplos, histórico o de antigüedad; estético o artístico; documental; monumental. El valor etnográfico, por su parte, se ha relacionado a aquel que expresa la relevancia de un bien cultural a la hora de representar modos de vida pasados y presentes. También expresa los significados simbólicos de las identidades culturales de los grupos humanos. (Pereiro, 2006:7)

Para nosotros, decir que el valor patrimonial de la feria es un valor etnográfico, implica reconocer que se trata del patrimonio que refiere al lugar antropológico. El lugar real dotado de sentido en la experiencia de los sujetos. Éste corresponde al contexto en que la experiencia etnográfica se encuentra situada, pues incluye la dimensión de significado que subyace y articula la experiencia social. Esto es así

pues los datos descriptivos que la etnografía genera, corresponden en realidad a interpretaciones de la forma en que los actores, a su vez, interpretan su mundo y su actuar en el mismo, confiriéndole su sentido y su valor.

No es posible apreciar el aporte patrimonial de la feria, si no se considera el modo en que las personas que la visitan se encuentran insertas en el contexto del lugar. Se trata de aquel universo simbólico que les permite pensar la identidad y la relación en base a una estabilidad mínima en la continuidad histórica, pues es esta la cualidad que las hace patrimoniales. Por lo tanto, para que una manifestación etnográfica del patrimonio, como sería la feria, se haga reconocible como tal, es necesario abordar la descripción de la forma en que ésta aparece como lugar o se constituye como lugar patrimonial.

Si nuestra comprensión de la feria a través del prisma del patrimonio nos enseña que ésta es un lugar donde la comunidad se re-conoce, su reconocimiento como manifestación patrimonial exige acceder de algún modo a dicha experiencia de reconocimiento. Una vez más, enfatizamos en que la experiencia entendida de este modo tiene ciertas características esenciales: es la experiencia del mundo vivido, es experiencia cotidiana, localmente situada. En definitiva, se trata de una experiencia concreta y, en consecuencia, el valor patrimonial de lugares como la feria es posible de ser percibido sólo desde una experiencia determinada (la experiencia de la feria propia, de *mi feria*). Resaltemos, pues, que reconocer en la feria – y en manifestaciones como la feria – su valor patrimonial, exige (y nos ha exigido) acceder a la experiencia concreta de quienes la viven cotidianamente.

La realidad de nuestro entorno físico y social se acepta de forma subjetiva, como parte de nuestra experiencia y actitud frente al mundo. En otras palabras, toda verdad se construye en relación con una determinada experiencia: diferentes experiencias van a determinar diferentes percepciones (Tuan 2007). Esto significa, sobre todo, aceptar y colocar en el centro de nuestra reflexión, el hecho de que existe una diferencia primordial de percepciones con respecto a la feria, entre el

que es parte de la misma y quien la visita por primera vez. Esta diferencia, según creemos y según hemos indicado más arriba, es especialmente notoria en el contexto la feria, debido a los principios ya descritos en base a los que ésta opera. Desde una perspectiva más general, esta dicotomía corresponde a la diferencia de percepciones con respecto al entorno que se da entre el visitante y el autóctono (Tuan 2007).

Por lo general, podemos decir que sólo el visitante tiene un punto de vista respecto al entorno. El autóctono, por el contrario, tiene hacia él una actitud, derivada de su inmersión en la totalidad del mismo. La evaluación que hace el visitante del ambiente es esencialmente estética, es la visión de un forastero, y su punto de vista, siendo simple, puede ser enunciado fácilmente. En cambio, para el autóctono es más difícil expresar su actitud y, muchas veces, lo hace sólo indirectamente a través de conductas, tradiciones, folklore y mitos locales (Tuan 2007: 93). Como ocurre con el patrimonio tradicional, el punto de vista del forastero, su evaluación estética, puede ser plasmada y compartida directamente a nivel discursivo o visual. En cambio, para compenetrarse con las vidas y los valores de los habitantes del barrio, se requiere de un esfuerzo especial (Tuan 2007: 93). Se trata de un esfuerzo por acceder, desde - ¡y siempre desde! - una apreciación superficial del espacio a una percepción más profunda, que es la del autóctono. ¿No estamos hablando, acaso, del mismo esfuerzo intelectual que constituye una especulación elaborada en términos de “descripción densa”, como aquello que define a la empresa antropológica? (Geertz, 2005:21). La etnografía aparece, entonces, como la posibilidad de aproximarnos a este tipo de experiencia y, por lo tanto, como el medio para acceder a la percepción del valor patrimonial de manifestaciones como la feria, sustentado en la propia experiencia.

El acercamiento etnográfico nos ha permitido acceder a la experiencia del “autóctono”, pues estando dicho acercamiento definido en función del conocimiento local, nos ha exigido situar nuestra observación en medio de la feria como lugar. Mi comprensión de la feria tal y como se ha expresado hasta ahora,

necesitó de un ejercicio que me permitiera, hasta cierto punto, hacer de cada feria visitada *mi* feria. Esto quiere decir que me obligó, tal y como he descrito anteriormente, a definir un recorrido propio y focos de reconocimiento. En el contexto de la feria ésta es la forma de participar de la experiencia local, como hemos observado. Para conocer un lugar, en tanto lugar, hay que vivirlo. No queda otra. Lo mismo ocurre, entonces, con la feria: para conocerla no podemos dejar de aproximarnos al mundo vivido, de familiarizarnos con el universo de elementos que constituyen la cotidianidad de las personas. Y, consecuentemente, el valor patrimonial de la feria -vinculado, como hemos visto, a la realización de la comunidad del barrio- no puede ser concebido si no desde las profundidades de este universo. Su reconocimiento incluye la aproximación a aquel trasfondo de certeza (compuesto de lecciones y conocimiento práctico) en base al cual las personas conducen su vida cada día y a cada minuto, impulsando su capacidad de actuar y de crear. La observación del tipo de patrimonio que es la feria debe situarse, por lo tanto, en medio del fluir de la conducta, “donde las formas culturales encuentran articulación ... [y también] en diversas clases de artefactos y en diversos estados de conciencia; pero éstos cobran su significación del papel que desempeñan (Wittgenstein diría de su "uso") en una estructura operante de vida” (Geertz 2005: 30). Este trasfondo está sustentado en la vida en común: es el mundo compartido.

En consecuencia, la posibilidad de registrar la experiencia de la comunidad en el lugar antropológico constituido por la feria – y por tanto de registrar el valor patrimonial del mismo - requiere de un acercamiento mediado por la experiencia personal de “un observador determinado en un tiempo determinado y en un lugar determinado” (Geertz, 2002: 107). El acceso a los universos simbólicos de la vida cotidiana, inmediatamente situados, no pueden surgir más que del detalle radical del “estar ahí”. Del mismo modo en que la feria, como realidad eminentemente local y cotidiana, sólo puede concebirse en su densidad significativa desde la experiencia de la feria propia (*mi* feria). Una vez más, esto es así ya que, como no



se trata de cosas, sino de lugares, las manifestaciones etnográficas del patrimonio sólo “existen” en la experiencia.

Ahora bien, no es posible pensar en ningún tipo de patrimonio si no incluimos consideraciones respecto del tratamiento que se espera para sus manifestaciones en función de serlo. En otras palabras, el reconocimiento del valor patrimonial en cualquiera de sus variantes implica inmediatamente, para sus expresiones concretas, una consideración especial, materializada a través de procesos institucionales de identificación y registro. Para el caso del llamado Patrimonio Cultural Inmaterial (PCI), en Chile, estos procesos de identificación y registro, junto a las políticas de protección y conservación que de ellos derivan, presentan un desarrollo incipiente (CNCA, 2009:15). La falta de criterios unificados que permitan encauzar dichas tareas es comprensible si tenemos en cuenta las dificultades que propone un concepto como el de patrimonio inmaterial a la hora de intentar registrarlo y concretizarlo. Esta ha sido una de las inquietudes que ha animado también nuestra reflexión sobre el valor patrimonial de la feria. Si este valor aparece sólo en la dimensión de la experiencia concreta, e incluye la profundidad y la amplitud irrepresentables de los universos significativos que acompañan el fluir de la conducta, ¿de qué manera puede ésta experiencia ser registrada? Reconocer a la feria libre como expresión etnográfica del patrimonio implica no sólo indicar que la etnografía es el camino para acceder a su dimensión patrimonial sino que también - y en consecuencia- es la herramienta que tenemos para registrarla, para comunicarla.

Pues en su quehacer diario, el etnógrafo se encuentra en una posición epistemológica especialmente ventajosa para una tarea como ésta, y dicha posición tiene que ver con la temporalidad propia de la etnografía. El movimiento intelectual característico del análisis antropológico consiste en la búsqueda constante de “un equilibrio dialéctico entre lo más local del detalle local y lo más global de la estructura global de un modo tal que podamos formularlos en una concepción simultánea” (Geertz 1994:89). Así como nuestra aproximación a la

realidad de las ferias libres de Santiago implicó entrar en la forma de ver el mundo de los habitantes del barrio, al mismo tiempo incluyó un movimiento de salida hacia una visión externa, generalista y traducible. Y es en este movimiento donde aparece el valor patrimonial de las ferias. Para reconocer etnográficamente el valor patrimonial es necesaria una interpretación de este tipo, de la forma de vida de un grupo social, una que no sea “prisionera de sus horizontes mentales ni se mantenga sistemáticamente ajena a las tonalidades distintivas de sus existencias” (Geertz 1994:75 y 76). A través de la experiencia etnográfica, nuestra tarea ha sido comprender conceptos surgidos en la experiencia próxima, para colocarlos en conexión significativa con aquellos conceptos de experiencia distante, con los que los teóricos captan los rasgos generales de la vida social, como es el concepto de patrimonio cultural.

A partir de su acercamiento mediado por la experiencia, lo que el etnógrafo construye son relatos culturales. Del mismo modo, nos parece que la mejor forma – si no la única – posible para comunicar el valor patrimonial de las ferias, es a través de nuestro intento por narrar lo que en ellas ocurrió cuando las visitamos, de modo tal que un tercero pueda llegar a comprenderlas en su dimensión profunda. La dimensión etnográfica del patrimonio, en consecuencia, se identifica y registra cuando, como parte de su misión, el etnógrafo *escribe sobre* la experiencia social (que, desde su punto de vista se llama experiencia etnográfica). Esto con el fin de fijarla para que pueda volver a ser consultada. Pero lo que se fija no son los hechos puntuales como tales, sino su significación (Geertz, 2005: 31). Pues en el fondo lo que buscamos es acceder a la densidad significativa de un acto para hacerlo inteligible, ya que esto nos permite verlo como un fenómeno que tiene un sentido, es decir, que deja de parecer arbitrario.

La realidad inmaterial y significativa que revela a la feria libre como parte del patrimonio cultural, se manifiesta, en definitiva, en estrecha relación y como resultado de la práctica etnográfica. Si el valor patrimonial de la feria emana, como hemos visto, de su vocación de ser lugar, entonces su descripción en tanto lugar

nos permite hacer de ese valor algo visible y reconocible más allá de la feria misma. En otras palabras, la búsqueda de la dimensión etnográfica del patrimonio no debe perder nunca de vista el hecho de que la práctica etnográfica es inseparable del lugar en que se realiza, ya que el lugar antropológico “es, al mismo tiempo, principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa” (Augé, 2000: 58). El valor patrimonial que encontramos en la feria y del cual la feria nos habla, encuentra sustento en este principio. En consecuencia, la cualidad patrimonial de la feria no reside en su eficacia metafórica, sino en su capacidad como manifestación de ser relatada como una conversación, un diálogo acerca de nuestro lugar en el mundo. Mejor dicho, el valor patrimonial de la feria se hace visible cuando reconocemos que hablar de ella es lo mismo que observar a la comunidad del barrio realizarse una y otra vez, una o dos veces a la semana ... siempre y cuando no sea día lunes.



## Capítulo IV: Conclusiones

### 1. Sobre el método

Desde un comienzo, nuestro trabajo ha ido tomando cuerpo sobre la base de una aproximación fenomenológica a las ferias libres. El lugar central concedido a la experiencia cotidiana devenida etnografía, da cuenta de ello. La experiencia de la feria libre ha sido clave para comprenderla en su dimensión patrimonial. La comunidad y el lugar sólo *son*, sólo adquieren entidad, en la experiencia, y es en función de ella que hemos podido reconocer aquello que hemos llamado la dimensión etnográfica del patrimonio. En consecuencia, si algo hemos podido señalar hasta aquí, si hemos contribuido en algo a la comprensión de la feria y del patrimonio, quisiéramos recalcar el hecho de que todo lo dicho es inseparable de nuestra experiencia etnográfica, y de este modo, nuestra reflexión termina su recorrido volviendo al origen, integrándolo como parte del resultado.

Esta dinámica comprensiva circular, en que la experiencia -de unos- es el camino para acceder a la experiencia -de otros- (y decir algo desde ella), ilustra también el modo en que, en el contexto de nuestra aproximación a la feria, nos hemos encontrado frente a las problemáticas básicas del acercamiento fenomenológico, que al mismo tiempo son las que animan nuestra reflexión. Estando la feria tan fuertemente integrada al mundo de la vida cotidiana, al modo de ser en el tiempo y en el espacio propios de la vida de todos los días, se requiere un esfuerzo doble

para acceder a su dimensión significativa. La feria, en este sentido, pertenece al universo de lo que nos está más a la mano: al mundo del sentido común, de lo que se da por descontado y no necesita mayor explicación. Pero esto no significa que no podamos identificar una inquietud igualmente fuerte por ir más allá, por lograr una comprensión del fenómeno en toda su magnitud. Nuestro trabajo, entonces puede leerse como impulsado por aquella constatación recurrente en la reflexión fenomenológica, según la cual lo que nos es más próximo aparece, al mismo tiempo, como aquello que nos es más difícil de aprehender y como aquello que más necesita ser comprendido.

En este sentido, nuestro mayor aprendizaje aparece en la forma de un camino que guía la reflexión sobre la feria. Este puede ser definido cuando reconocemos que aquellas características de la experiencia de la misma, que nos parecieron en un primer momento más oscuras o paradójicas, son las que finalmente nos han abierto la puerta hacia lo más fructífero de nuestra reflexión. Así ocurrió, por ejemplo, con nuestra dificultad inicial para definir, en cada caso, el tipo de transacción o acuerdo –que ocurría ante nuestros ojos– entre quienes se encontraban en la feria. Dicha situación nos obligó a preguntarnos qué significaba que se omitiera la explicitación de la transacción, lo que más tarde cobró sentido y nos ayudó a comprender a la feria en base al principio de reconocimiento mutuo. Del mismo modo, nuestra perplejidad frente a la dificultad de las personas por hablar de su barrio indujo en nosotros la reflexión sobre el vínculo comunitario y nos guió en su búsqueda, hacia la experiencia común. Por último, la gran dificultad que encontramos al intentar describir a cada una de las ferias visitadas en función de aquello que la diferenciaba de las demás, nos guió en la dirección de la vivencia de la feria como un recorrido y desde ahí hacia todas las implicancias que esta idea conlleva.

En todos estos casos hemos sido testigos y protagonistas del modo en que el acercamiento mediado por la experiencia nos obliga a realizar un cambio de foco: siempre partiendo de una búsqueda que nace de nuestro propio contexto como

investigadores, la experiencia en el campo nos guía hacia algún lugar, pero al hacerlo nos descentra, nos descoloca, nos señala algo nuevo. Este movimiento constituye la clave de la comprensión de la feria que desde un comienzo hemos estado buscando, aunque, una vez más, tuvo que ser la misma experiencia de la feria lo que nos llevara a reconocerlo.

## **2. Sobre los conceptos**

### Patrimonio

Según la visión que hemos hasta aquí perfilado, el concepto de Patrimonio Cultural debe comprenderse a la luz de las inquietudes de las personas en su afán por dar sentido al mundo que habitan y al lugar que ocupan en él. Esto implica que, al mismo tiempo, dicho concepto (patrimonio) cobra sentido para la vida social en función de las características del mundo en que actualmente vivimos. Desde esta perspectiva, es útil pensar la idea del patrimonio como un instrumento que permite a las personas hacer distinciones y apuntar en determinadas direcciones, todo como parte de la conversación esencial e infinita sobre nuestras adscripciones y nuestros vínculos - primordiales y relacionales-.

Como se trata de un instrumento que asigna un lugar a ciertas manifestaciones de la existencia humana, el Patrimonio Cultural permite pensar en una suerte de anclaje. Esto es así pues responde a la pregunta por el *nosotros* intentando concederle, en definitiva, un *cuándo*, un *dónde* y un *cómo*. Tengamos en cuenta, en este punto, que asignar a una determinada manifestación la tarea de ser respuesta a dichas preguntas, no responde a la forzosa necesidad de reconocer en ella algo que es *de suyo*, pero tampoco responde a una decisión completamente aleatoria o circunstancial de alguien. En otras palabras, el patrimonio cultural se selecciona y se descubre a la vez. Su valor al mismo tiempo se concede y se revela. Su relevancia y peso emanan, en este sentido, justamente

del hecho de formar parte de una conversación en desarrollo, de un diálogo activo. En ellos el Patrimonio Cultural encuentra su sustento y significación.

Por lo tanto, el que se pueda pensar al Patrimonio Cultural como una suerte de ancla, no significa necesariamente que éste construya realidades rígidas. Más bien, se trata de una forma de abordar lo no resuelto, de aproximarnos a aquello que a veces pareciera enormemente volátil, armados con algo que atrae hacia sí un cierto peso, una cierta densidad significativa que nos permite decir algo al respecto. Así como no podemos dejar de preguntarnos por quiénes y qué somos, a pesar de que la respuesta pareciera ser cada vez más difícil de alcanzar, el concepto de patrimonio sigue siendo significativo, a pesar de que cada vez pareciera entregarnos menos respuestas. Frente a ambas problemáticas, que son parte de la misma paradoja, pareciera razonable dejar de buscar las respuestas más allá de - o como algo posterior a - su búsqueda misma.

Nuestro intento por describir la relación entre la feria libre y el patrimonio cultural ilustra cómo influye una comprensión la aquí expuesta en la forma en que este último se constituye, atendiendo a los requisitos tradicionalmente esperados para sus manifestaciones. Dichos requisitos apuntan hacia la condensación de significados en una expresión preferentemente material que sea testimonio de una identidad consensuada y homogénea de amplio alcance. Sin embargo, hoy en día se ha reconocido que la forma en que el patrimonio cultural contribuye a la construcción de identidades no debe reducirse a dicha fórmula y nuestro paso por la feria nos ha enseñado que existe otra manera de enfocar la cuestión. El Patrimonio deja de ser respuesta a las preguntas sobre quiénes y qué somos, para convertirse en un medio, en un lugar que nos sitúa en el centro de dichas consideraciones. Lo mismo puede decirse para la feria. Hemos constatado que la feria puede asociarse al patrimonio cultural, no por ser ésta una cosa que representa a la comunidad, sino justamente por tratarse de un lugar donde la comunidad se experimenta. Dicha constatación nos permite pensar en una distinción clara en relación a las formas de pensar el patrimonio, de la cual surge

un cierto tipo especial de patrimonio, que hemos descrito etnográficamente en función de sus características, y que toma forma en contraste con los principios del patrimonio tradicionalmente considerado.

Nos parece que ésta distinción, que hemos reconocido e intentado ilustrar aquí, puede resultar útil para abordar los procesos de definición y redefinición a los que el concepto de Patrimonio Cultural se ha visto sometido, en coherencia con su naturaleza, ser a la vez reflejo del pensamiento de la sociedad e instrumento para abordarlo. La caracterización de este “nuevo” tipo de patrimonio nos ha permitido encauzar la reflexión acerca de la idea del patrimonio y sus alcances, en función de un reconocimiento de los principios en base a los cuales éste puede constituirse, que han sido iluminados y han iluminado a la vez, nuestras ideas sobre comunidad e identidad.

Resulta interesante, en este punto, volver a poner énfasis en la naturaleza de un concepto como el de patrimonio cultural para dimensionar las proyecciones que un estudio como éste pudiese tener. Lo que podamos decir respecto de los principios que van aparejados al uso de una categoría como la del Patrimonio Cultural, no sólo nos permite “afinar” el instrumento sino que también nos muestra un camino hacia la comprensión de las formas en que las personas participan del diálogo de la identidad. Consideremos, en este punto, que la naturaleza del patrimonio a la que nos referíamos más arriba, tiene mucho que ver con el hecho de que se trata de una categoría que se encuentra en uso. No es un concepto acabado o puramente teórico, sino que se aplica a manifestaciones que forman parte de la vida de las personas y por lo tanto éstas deben enfrentar dicha posibilidad, de lo que ha derivado un enorme potencial crítico hacia el concepto. Así, los conceptos que son, en este sentido, tan “ajustables” y “permeables” como el de Patrimonio Cultural nos permiten hacer este camino hacia las formas actuales de vivir el *nosotros*.



## Comunidad

No habría sido posible relacionar al patrimonio con la feria - ni decir algo sobre el patrimonio a partir de nuestra experiencia de la feria -, si nuestro afán no hubiese ido de la mano con una preocupación por la comunidad, como concepto central para la comprensión de los temas que nos preocupan y conciernen. Siguiendo con la lógica que caracteriza nuestro trabajo, la búsqueda que hemos emprendido en este texto ha nutrido también nuestra reflexión acerca de lo que es la comunidad y aquello que la constituye. De esta manera, parece necesario hacernos cargo, aunque sea brevemente, de las posibilidades de atención conceptual que hacia la comunidad ha abierto nuestro paso por la feria.

La experiencia etnográfica nos ha permitido “encontrar” a la comunidad – en este caso, al barrio –, pues ésta se realiza en la feria. Pero decir esto implica atender a una idea de comunidad con características particulares. Más aún, nos invita a pensar –o re-pensar, si se quiere– en los fundamentos de la noción misma de comunidad. ¿Cómo es, entonces, la comunidad que encontramos en la feria? En primer lugar, su naturaleza se advierte en contraste con la noción abstracta de comunidad imaginada pues, a diferencia de esta última, no necesita ser mediatizada – en imágenes o discursivamente – para ser percibida. La comunidad del barrio se percibe en el instante mismo de la co-presencia y, por lo tanto, no debe buscarse más allá de la manifestación tangible e inmediata del vivir con otros, que aparece a cada momento en la biografía de una persona. Así, el vínculo comunitario se percibe al ponerlo en acción, de manera que el *nosotros* – y también el “*los otros*” - se hace explícito. La feria ha sido descrita como el escenario –el contexto, el entorno– que permite que esto ocurra.

Esta concepción de la comunidad como algo que ocurre “más acá” del discurso y de lo abstracto, acercándose así a su dimensión vívida y original, nos invita a conversar con aquellas propuestas teóricas que han enfocado el tema justamente

desde esta perspectiva. Su desarrollo se ha dado, fundamentalmente a partir del trabajo sobre el significado y los alcances del concepto de *communitas*.

La comunidad que encontramos en la feria no conforma una idea acabada, resuelta, sobre sí misma. Ésta aparece junto a la imposibilidad de ser contenida o constreñida de cualquier manera. En otras palabras, se expresa en la forma de una búsqueda más que como una respuesta. La idea de *communitas* nos aleja, justamente, de aquellas concepciones que presuponen para la comunidad un contenido y la entienden como *algo* que se tiene en común. Según estas definiciones, de las que pretendemos alejarnos, “la comunidad es una propiedad de los sujetos que une: un atributo, una determinación, un predicado que los califica como pertenecientes al mismo conjunto. O inclusive una “sustancia” producida por su unión” (Esposito, 2003: 22). Por el contrario, si prestamos atención al término *munus* del que proviene la palabra *com-munus*, su significado sería más cercano al de un “conjunto de personas a las que une, no una propiedad, sino justamente un deber o una deuda”<sup>19</sup> (Esposito, 2003: 29). Desde esta perspectiva, “la comunidad no es un modo de ser - ni menos aún de “hacer” – del sujeto individual. No es su proliferación o multiplicación. Pero sí su exposición a lo que interrumpe su clausura y lo vuelca hacia el exterior” (Esposito, 2003: 29). La forma en que hemos caracterizado a la comunidad en la feria sin duda expresa, desde una primera mirada, rasgos coherentes con una noción alternativa como esta última.

También resulta coherente con la concepción de *communitas* como aquella modalidad de interrelación social que emerge en los contextos de liminalidad (Turner, 1988). La comunidad del barrio, según hemos descrito, no depende de una diferenciación con respecto a otros barrios ni nace como una categoría dentro de la cual caben ciertas personas. Del mismo modo, *communitas* refiere a un vínculo social que se caracteriza, justamente, por expresarse independientemente

---

<sup>19</sup> Según documenta el autor, *munus* refiere a la obligatoriedad del don. Es “el don que se da porque se *debe* dar y *no se puede* no dar”. Es “la obligación que se ha contraído con el otro, y requiere una adecuada desobligación” (Esposito, 2003:28)

del establecimiento de distinciones y clasificaciones dentro del espacio social. De hecho, se comprende en oposición a éstas, que constituyen el sustrato de la modalidad social opuesta y complementaria representada por la estructura social. La estructura social es específica y tiene límites. Hemos visto como, en cambio, la comunidad que se realiza en la feria no depende de los límites temporales o espaciales, ni los admite. Así mismo, la *communitas* es, en principio, universal y sin límites (Turner, 2003). Al igual que la feria, que nos sitúa en un diálogo sobre la identidad en distintos niveles pero que jamás se cierra, jamás se resuelve, la identidad que se asocia a la *communitas* tiene un carácter abierto. Así como la comunidad que se realiza en la feria surge del reconocimiento de un vínculo humano esencial y genérico, la *communitas* “se manifiesta como una relación entre personas, una relación Yo-Tú (...), o un *Nosotros*, cuya esencia es inmediatez y espontaneidad” (Turner, 2003:531).

Estas consideraciones acerca de la “naturaleza espontánea, concreta e inmediata de la *communitas*, en oposición a la naturaleza regida por la norma, institucionalizada y abstracta de la estructura social” (Turner, 1988:133), constituyen sólo una muestra del modo en que nuestra experiencia de la feria puede integrarse a la reflexión acerca de la naturaleza del vínculo comunitario. Nos parece, en este sentido, que el presente trabajo representa un camino hacia consideraciones de este tipo y esperamos pueda contribuir con su mirada específica y localizada a la conversación esencial sobre el significado de *estar con los otros*.

### **3. Sobre la Feria**

La feria es puesta en valor como patrimonio a partir de su consideración en base a nuevas concepciones del espacio y el tiempo. Dentro de este esquema, aparece como opuesta a la forma de habitar el espacio cuya proliferación define a la sobremodernidad: el no lugar (Augé, 2000). En contraste con esto último, la Feria

puede ser definida en función de su vocación de ser lugar, hasta tal punto que su funcionamiento diario puede ser descrito como una lucha contra la posibilidad de *no-lugarizarse*. El modo en que se lleva a cabo esta lucha consiste en promover, potenciar y señalar al reconocimiento como principio y sustento de todo lo que en la feria ocurre. Esta característica implica, al mismo tiempo, un afán de la feria por asegurar que nada ni nadie en ella permanezca anónimo o pase desapercibido: nada en ella puede ser in-significante.

Al reconocer el valor patrimonial de la feria en base a estos principios, hemos abierto una ventana hacia las observaciones que de dicho reconocimiento derivan, en relación al futuro. Pues no se puede pensar en el patrimonio sin tener en cuenta las consideraciones temporales que constituyen su contexto. En ellas se incluye un componente de gestión asociado a las manifestaciones patrimoniales, vinculado generalmente a las ideas de protección y preservación. La acción sobre ellas comienza ya desde el momento en que se les registran como tales y trae aparejada, por supuesto, una reflexión acerca del modo en que éstas deben ser tratadas. El caso de la feria es curioso en este sentido: según nuestra propuesta, las mismas características que permiten reconocer para la feria un valor patrimonial son las que no permitirían que la feria se disolviera o dejara de existir como tal. La feria se define a partir de su vocación de ser lugar con sentido, es decir, permanentemente obliga a la comunidad a realizarse (más allá de simplemente imaginarse). De esta característica deriva su valor patrimonial. Pero esta consideración implica también que la misma feria se resiste a permitir principios ajenos al reconocimiento interpersonal sobre el lugar, como base de todo lo que en ella ocurre. En otras palabras, lo que define a la feria es lo mismo que la protege.

Frente a esta situación, incluso la idea misma del patrimonio puede ser cuestionada. Si lo patrimonial en manifestaciones como la feria se condice con aquellas características que la mantienen viva, en el sentido de que no permiten que se des-signifique, entonces ¿en qué cambia las cosas su reconocimiento

como parte del Patrimonio Cultural? Una vez más, la relación entre ambas realidades nos invita a ir más allá en la comprensión de cada una. En todo caso, nos parece pertinente incluir aquí, como insumo a la reflexión en torno a las preguntas que hemos abierto, un par de consideraciones al respecto.

En primer lugar, sería incauto pretender que el trabajo de registro etnográfico del patrimonio (si es que pudiésemos llamarlo así), que hemos plasmado en este documento, tuviera la intención de descubrir la realidad de la feria tal cual como es, siempre ha sido y será. Mirar la feria bajo el prisma del patrimonio intenciona la comprensión y definición que de ella pueda tenerse. Del mismo modo, no resulta pertinente pretender que el reconocimiento del valor cultural asociado a una manifestación, en cualquier caso, sea neutro en relación a los efectos que sobre ella pueda tener. Las consideraciones respecto al futuro, inseparables de los procesos de reconocimiento (selección y descubrimiento) del patrimonio, no deberían confundirse con un mero afán de preservación. De hecho, podría decirse que se trata justamente de lo contrario. Reconocer el valor patrimonial de la feria es consecuente con una nueva mirada que sobre ella se ha venido construyendo. Una mirada que informa e invita a un cambio en la forma de comprender al fenómeno, al lugar que ocupa en la vida social y a la forma de relacionarnos con ella. En consecuencia, la feria debería pasar a ser algo distinto de lo que siempre ha sido o, más bien, a jugar un rol diferente. Y esa diferencia podría traducirse, por ejemplo, en la anteposición y fortalecimiento de algunas de sus características o en la ampliación de su influencia social, siempre en función de aquellos de sus rasgos - y la lógica significativa en que se vinculan- que informan de su valor patrimonial. Pues ellos constituyen el lenguaje del diálogo sobre el *nosotros* que intentamos nutrir con las consideraciones del patrimonio en general. El desafío consiste en concebir toda consideración patrimonial de la feria en coherencia con su modo característico de ser patrimonio –en los términos que hasta aquí se han descrito– de manera que dicha consideración no implique transformarla en un mero recurso para imaginar la comunidad.

En segundo lugar, y ya en un terreno más concreto, diremos que una mirada desde el prisma del patrimonio podría resultar útil para enfocar u orientar los procesos específicos que está viviendo la feria hoy en día, y que comprenden la toma de decisiones por parte de quienes la sostienen y son sus protagonistas. Si hemos podido contribuir en la comprensión de las fuentes desde donde emana el valor de la feria y el trazado significativo a partir del cual éste se concretiza, entonces lo dicho aquí podría ser provechoso a la hora de pensar los procesos de modernización por los que las ferias están atravesando y que, como hemos dicho, no están exentos de complejidades y paradojas relacionadas, sobre todo, a la difícil tarea de cambiar sin dejar de ser lo que las hace ser ellas mismas.

## Bibliografía

Anderson, B. (1993) *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Augé, M. (2000) *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2009) *Registrar la identidad. El Patrimonio Cultural Inmaterial en Chile. Estudio del proceso institucional en el levantamiento de inventarios, catalogaciones y registros*. Santiago.

Cresswell, T. (2004). *Place: A Short Introduction*. Oxford: Blackwell

Esposito, R. (2003) *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu

García Canclini, N. (1999) Los usos sociales del Patrimonio Cultural. En: Encarnación Aguilar (ed.), *Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Granada, 16-33.

Geertz, C. (1994). *Conocimiento Local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós Ibérica S.A.

Geertz, C. (2005). *La interpretación de las Culturas*. Barcelona: Gedisa.

Geertz, C. (2002). *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. Barcelona: Paidós Ibérica S.A.

Geertz, C. (1996). *Tras los Hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Barcelona: Paidós Ibérica S.A.

Giannini, H. (2004) *La Reflexión Cotidiana. Hacia una fenomenología de la experiencia*. Santiago: Editorial Universitaria

Graham, B. Ashworth, G. Tunbridge, J (2000) *A geography of Heritage: Power, Culture and Economy*. London: Hodder Arnold

Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.

IEUT & OCUC (2010) *Análisis de la Situación de Ferias Libres de la Región Metropolitana y su Relación con el Transporte Público de Pasajeros: Informe de avance*.

IEUT & OCUC (2010) *Análisis de la Situación de Ferias Libres de la Región Metropolitana y su Relación con el Sistema de Transporte de Pasajeros: Informe Final*.

Kirshenblatt-Gimblett, B. (2004) Intangible Heritage as Metacultural Production. En: *Museum International*. No. 221–222 (Vol. 56, No. 1–2): 52–65.

Kuutma, K. (2009) Cultural Heritage: An Introduction to Entanglements of Knowledge, Politics and Property En: *Journal of Ethnology and Folkloristics*. Vol. 3, No. 2: 5–12.

Marquez, D. (2004). *Representaciones sociales del trabajo y relaciones sociales de trabajadores independientes pertenecientes al sector informal urbano: el caso de los coleros de las ferias libres*. Universidad de Chile.

Montecino, S. (2008) *Estado del arte del PCI en Chile* [en línea]  
En: <http://www.consejodelacultura.cl/portal/galeria/text/text582.pdf> (Visitado el 10 de Marzo de 2011)

Muñoz, A. (2004). Soberanía e identidad popular: sociabilidad en las ferias libres de la comuna de El Bosque en la segunda mitad del siglo XX. En *Anuario de pregrado*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

Pereiro, X. (2006) Patrimonio Cultural. O casamento entre património e cultura. En: *Adra: revista dos socios e socias do Museo do Pobo Galego*, N°1 (pp. 23-42)

Prats, LI. (2005) Concepto y gestión del Patrimonio Local. En: *Cuadernos de Antropología social*. N° 21. Buenos Aires: FFyL – UBA. Pp. 17-35

Salazar, G. (2003). *Ferias libres: espacio residual de soberanía ciudadana*. Santiago: SUR.

Stillermann, J. (2006) The Politics of Space and Culture in Santiago, Chile`s Street Market Vendors. *Qualitative Sociology*, 29(4).

Stillermann, J. & Sundt, X (2007) Embeddedness and Business Strategies Among Santiago, Chile`s Street and Flea Market Vendors. En *Street Entrepreneurs: People, Place, & Politics in Local and Global Perspective*, edited by J. Cross and A. Morales. London: Routledge.

Taylor, S.J, Bogdan, R. (1992) *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.

Troncoso, C. (2008). *La Feria Libre como fenómeno de centralidad transitoria Desafíos del diseño urbano ante las transformaciones de la actividad comercial ferial en Santiago El caso de una comuna mediterránea, Macul*. Pontificia Universidad Católica de Chile

Tuan, Y. (2007) *Topofilia*. Barcelona: Melusina



Turner, V. (1993) Pasos, márgenes y pobreza: símbolos religiosos de la communitas. En Bohannan, P. y Glazer, M. (Eds.), *Antropología. Lecturas* (pp.515-544). Madrid: Mc Graw Hill

Turner, V. (1988) *El Proceso Ritual*. Madrid: Taurus

UNESCO (1982) *Declaración de México sobre las Políticas Culturales*. Conferencia mundial sobre las políticas culturales. Ciudad de México [En línea] En:

[http://portal.unesco.org/pv\\_obj\\_cache/pv\\_obj\\_id\\_F6738ABFE74967624B9752C079285FA381780000/filename/mexico\\_sp.pdf](http://portal.unesco.org/pv_obj_cache/pv_obj_id_F6738ABFE74967624B9752C079285FA381780000/filename/mexico_sp.pdf) (Visitada el 3 de Agosto de 2012)

UNESCO (1989) *Recomendación sobre la Salvaguardia de la Cultura Tradicional y Popular*. [En línea] En: [http://portal.unesco.org/es/ev.phpURL\\_ID=13141&URL\\_DO=DO\\_TOPIC&URL\\_SECTION=201.html](http://portal.unesco.org/es/ev.phpURL_ID=13141&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html) (Visitado el 29 de Mayo de 2011)

UNESCO (2003) *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial*. París. [En línea]

En: [unesdoc.unesco.org/images/0013/001325/132540s.pdf](http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001325/132540s.pdf). (Visitado el 10 de Marzo de 2011).

### **Páginas de Internet**

Asof. A.G. Asociación Chilena de Organizaciones de Ferias Libres. <http://www.feriaslibresdechile.cl/organizaciones> (Visitada el 15 de diciembre de 2010)

De ánimas y animitas [http://www.poesias.cl/animas\\_y\\_animitas.htm](http://www.poesias.cl/animas_y_animitas.htm) (Visitada el 6 de Octubre de 2012)